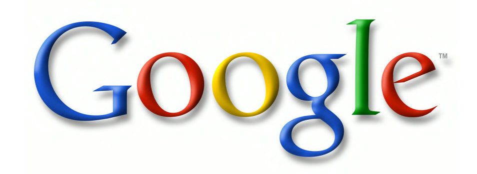



UC-NRLF
$B 287 979



PEDRO CESAR DOMINICI

LA TRISTEZA VOLUPTUOSA

NOVELA



MADRID
Imprenta de Bernardo Rodríguez.
1899

LA TRISTEZA VOLUPTUOSA

PEDRO CESAR DOMINICI

LA TRISTEZA VOLUPTUOSA

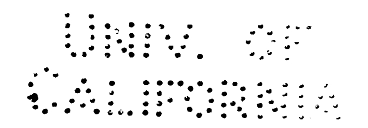
NOVELA



MADRID
Imprenta de Bernardo Rodríguez.
1899

PRIMERA PARTE

Era una gran Ciudad que transformaba los seres y dejaba en las almas refinadas sensaciones extrañas.



I

La Gare Saint Lazare estaba como siempre llena de viajeros, que accionaban nerviosamente, dando carreras en busca de algo olvidado á última hora, ó disputándose con los cargadores de equipajes, mientras las locomotoras silbaban de rato en rato, y los trenes entraban y salían pavoneándose como grandes señores. Besos y risas, y abrazos y lágrimas, todo se veía á la vez, en una enorme confusión; en tanto que las agujas del reloj marcaban friamente el tiempo, y los pasajeros, desde el andén, se hacían promesas y formaban planes para el próximo regreso. De uno de los trenes de la «Llegada» descendió un viejo muy afeitado, delgado, vestido de *sportman*, con un gran carriel en la mano, guantes de piel de Suecia, y un sombrero de paja algo fuera de moda, y detrás un joven de diez y ocho á vein-

te años, que lo seguía con aire azorado, y displicente.

Al salir de la estación, el viejo llamó un fiacre, hizo entrar al joven, y le dijo: «Yo iré á verlo mañana. Ya sabe, yo estoy en el *Grand Hotel*. Cúbrase bien para que no atrape un frío.» El coche trotó por la *Rue Auber*, y perdióse poco á poco entre la multitud de carruajes que van y vienen, rondando como cuervos hambrientos los sitios populosos.

No obstante haber entrado ya la primavera, esa tarde, un frío intenso se había apoderado de París, y esa lluvia fina, persistente, que cae durante días enteros sin dejar ver un solo rayo de sol, convertía la Gran Ciudad en un pueblo lloroso y triste, con sus calles llenas de lodo y el fastidioso gotear de sus árboles. Las terrazas de los Cafés, en donde días anteriores no cabía la gente, estaban desiertas, y los *garçones* del exterior agitaban nerviosamente las servilletas, contrariados de ver sus mesas solitarias mientras adentro los clientes charlaban indiferentes entre el ruido de los platos y el humo de los cigarros. Algunos pesados fiacres de invierno habían vuelto á aparecer, que los transeuntes miraban con cierta irritación acusándolos en silencio de prolongar el mal tiempo, y el cielo color de plomo, cubierto de nubes tormentosas que se arrastraban pesadamente en el espacio como grandes cuerpos macizos, no daba esperanzas de que el tiempo cambiase.

Los ómnibus corrían más aprisa que nunca, repletos de pasajeros, mientras en los imperiales alguno que otro, por necesidad, soportaba la intemperie, hastiado de no encontrar sitio en el interior. Los agentes de Orden público tenían que hacer mayores esfuerzos para ser obedecidos y evitar la aglomeración de los vehículos, mientras los cocheros hurlaban y se insultaban sin doble intención, más bien por costumbre que por cólera, y los caballos marchaban pacientes, trotando cada vez que se creían amenazados por el látigo, y resbalando cadenciosamente sobre el mojado pavimento.

Pero ánte los ojos espantados del joven forastero comenzaron á pasar, mientras el coche marchaba algo de prisa, algunos edificios de una majestad imponente, de una belleza sugestiva que él nunca había soñado, la gran Opera, el palacio del Louvre, el Instituto; y su cabeza le daba vueltas, aturdido de mirar tanta gente, de oir tanto ruido. Después, no se atrevió á volver á ver por las ventanillas, y permaneció triste, pensativo, temeroso del misterio, de todo lo que había de sucederle en aquella ciudad que los viejos de su tierra decían era para la juventud, más peligrosa que la guerra, más traidora que el mar. Y su alma meditaba en cosas lejanas, en cosas vagas y melancólicas, como con cierto presentimiento de extrañas transformaciones, de acontecimientos reveladores.

El carruaje había llegado ya al barrio Latino y se detenía en una de sus calles más solitarias. Atontado, sin poder darse cuenta de nada, el viajero entró en la casa, subió una larga escalera y tocó el timbre. Desde el día anterior lo esperaban. Don Fermín Doria, un rico comerciante de Sud América, hombre bonachón, que años atrás había pasado unos meses en la misma casa, había advertido al propietario.

Una vieja criada, gorda y pequeña, de cara insinuante, después de hacerle mil cortesías, hizólo entrar á un cuarto, elegante y sencillo, pero que pareció al forastero de un lujo extremado, como nunca había visto en los mejores hoteles de su pueblo. La criada descendió para ayudar á montar el equipaje: un baúl algo averiado y un saco de noche que comenzaba á resentirse de las muchas travesías que había hecho; y el joven quedó sólo, tratando de darse cuenta de su situación, sobrecogido de un temor inexplicable, y con ganas de regresar á su país. «Y pensar que tendré que quedarme aquí dos ó tres años—se decía.—Pero no, dentro de tres meses yo fingiré que estoy enfermo, y regresaré, aunque mis compañeros se burlen de mí. Es tan triste estar tan lejos de los suyos...» De repente se le vinieron las lágrimas á los ojos y encontróse infortunado, como en una prisión, porque él no se atrevería nunca á caminar solo por esas calles, con tanta gente y tanto ruido y en me-

dio á tanto peligro. Y pensaba en su madre viejecita, á quien tanto amaba, que tan triste había quedado con su ausencia. Recordaba perfectamente sus últimos consejos, cuando acostados los dos en una hamaca, en el largo corredor que daba al mar, y en donde se mecía ya desde la tarde con orgullo de cetáceo invencible el vapor de la línea francesa en que debía embarcarse doce horas después; élla, con sus manos entre las suyas, acariciándole con una voz suave y reposada, le decía: «¡Ten cuidado, hijo mío! París es una ciudad llena de atractivos para la juventud, y hay que ser fuerte y juicioso para no dejarse engañar con esos placeres pasajeros. Acuérdate de tu pobre amigo Vicente Cruz, á quien el Gobierno pensionó para que estudiase la música, y que ha venido á morir aquí después de seis años, tísico, y con grandes sufrimientos». Y él se defendía, y aun se creía interiormente un poco ofendido de verse comparado con su amigo. Todo el mundo en el pueblo estaba al corriente de que Vicente Cruz era un muchacho sin seriedad, que no dormía todas las noches en casa, y á quien vieron muchas veces entrar al «Club». Mientras que él era insospechable, y modelo de buena conducta, tanto, que el tío Fermín no había vacilado en hacerle venir á Europa á continuar sus estudios de medicina. Pero su pobre madre continuaba aconsejándole, como en un loco deseo de salvar á su hijo, y de

llegar á verlo admirado y respetado en toda la comarca. Y ahora sonreía tristemente al ver los temores infundados de su viejecita. «¿Cómo imaginarse que él podría soportar la vida en esa gran ciudad por mucho tiempo?» Al contrario, al encontrar un pretexto se iría otra vez á su aldea inolvidable, calurosa y tranquila, en donde los naranjos florecen todo el año y son tan bellos los crepúsculos. Y al pensar así, el joven se volvía á ver en aquella última noche, cuando habiendo quedado sólo en el largo corredor, la hamaca se movía monótona, y el chirrido estridente de las alcayatas producía un sonido lúgubre, mientras en el mar el buque igualmente se balanceaba, y las luces fijas de sus mástiles se le antojaban los enormes ojos de un mónstruo que lo llamaban para devorarlo y que, como en los cuentos de los niños desobedientes, fatalmente se cumpliría el castigo del cielo.

El equipaje había sido colocado en un pasadizo que estaba á la entrada del departamento, cerca á la cocina, y la criada ordenaba toda la ropa en un armario de espejo, limpio y coquetón como para una recién casada. La vieja charlaba nerviosamente, sin detenerse un instante, dándole noticias de los americanos que habían vivido en la casa, y contándole sobre cada cual una historia llena de peripecias, de la que el huésped apenas se daba cuenta, por las pocas palabras de francés que comprendía. «Su-

pongo que el señor va á comer hoy en casa, dijo de repente, con un tono amable y socarrón... Y no hará como esos señores, que desde la primera noche se van al D'Harcourt y á Bullier, y al mes ni abren un libro ni se acuerdan de la pobre familia. El señor estudia medicina, no...? Pues voy á presentarle un locatario, que habla español, y que ya tiene en la casa como un año. Va todas las mañanas al Hospital de niños. Es seguro que vendrá esta noche, porque desde antes de ayer está de pleitos con su amiga, y se recoge muy temprano. Muy simpático muchacho, aunque algo brusco, y no tiene mucha fuerza de voluntad para evitarse disgustos.. » Oh! Los jóvenes, los jóvenes...! Y la vieja criada salió murmurando, para aparecer después con un mantel que tendió en la mesa redonda del cuarto, unos platos, un cubierto y una botella de vino. Ya era de noche, y apenas se escuchaba como un trueno muy lejos, el ruido que venía de la calle en donde los estudiantes, á pesar de la lluvia casi imperceptible que seguía cayendo, cantaban canciones y reían alegremente como en un día de fiesta.

El recién llegado, después de haber comido con bastante apetito, se sintió de nuevo dominado por la tristeza del país ausente, y el temor al peligro de la gran capital se hacía más fuerte en todo su sér, tan extrañas le habían parecido las historias que acababa de escuchar de

los labios de la vieja criada... «Será verdad que es París la perdición para los hombres, y que su belleza es como la belleza del pecado?... Y entonces, por qué lo felicitaban todos en el pueblo y los que ya habían vivido en la Roma Moderna lo envidiaban, y al despedirlo en el muelle suspiraban y ponían los ojos blancos, como recordando delicias desconocidas y placeres que nunca han de volver?... No es posible, se pierde el que quiere perderse; él no iba á cambiar sus sentimientos y sus ideas por el simple hecho de venir á una ciudad muy grande, que al fin y al cabo sería como todas, llena de vicios para el vicioso, sana é instructiva para el hombre honrado, educado en la religión y en los santos principios».

Y fatigado de tantas emociones, con una extraña inquietud en todo su sér, buscó en el sueño el descanso para su espíritu, acostándose en su gran cama de tres colchones, bella y limpia como un tálamo de novios, olvidando por primera vez hacer las oraciones que su buena madre le había enseñado en su infancia, y recordando, casi dormido, cómo iban desapareciendo las costas de su pueblo, mientras en el muelle la familia agitaba los pañuelos, y el buque, insensible, marchaba á toda prisa mar adentro.

II

«...Adelante...» Don Diego Hernández empujó la puerta y entró al cuarto. Correctamente vestido, con un largo sobretodo marrón, sombrero de copa, y guantes, el compañero de viaje de Eduardo Doria tenía el aspecto de un viejo parisiense acostumbrado á las comodidades y á la vida de gentilhombre. En efecto, era la décima vez que visitaba París, y ya se había habituado á venir todos los años á pasar los meses de la primavera, y á tomar, como él decía, fuerzas para gastarlas en América. Había pasado su juventud trabajando en el comercio, y á los cincuenta años se había retirado de los negocios, dejando á su yerno encargado de la casa, que, como siempre, tenía buenas entradas. Su firma era de las más respetadas en la Bolsa, y una vez el Gobierno de su país, para salir de una crisis económica, le ofreció la cartera de

Hacienda. Hombre práctico y perspicaz, comprendió muy pronto el juego del Gobierno, que quería abrirse créditos é inspirar confianza con semejante nombramiento, y renunció el cargo un mes después, sin pedir ni dar explicaciones. Sin embargo, desde entonces tenía un poco la manía de la política, é interiormente, aunque él no se lo dejaba adivinar, deseaba volver á ser Ministro, Gobernador ó algo de importancia. Esperando que llegase el momento, se había hecho escribir un opúsculo: *Estudio comparativo de nuestras finanzas*, en donde, entre otras cosas, sostenía que el tesoro debía manejarse en arca de cristal, y que la bancarrota de los Gobiernos de América provenía del abuso de no limitarse á pagar el presupuesto y del deseo de lucro de algunos altos empleados. El folleto produjo buena impresión entre los comerciantes, que en cada cambio de Gabinete corrían la voz de que don Diego iba á la Hacienda, cosa que los del Poder no pensaban ni por asomo. Pero él repetía después á sus íntimos, con aires de misterio, «que sí, que le habían insinuado el asunto, pero que no aceptaba, porque él no quería meterse en esos embrollos de la política».

Amigo de muchos años de D. Fermín Doria, compañero de negocios, y de ideas muy semejantes en la manera de comprender las cosas, éste esperaba el viaje de su amigo para entregarle á su sobrino, recomendándole su instalación, y de

distraerlo un poco al principio, para que el muchacho no echase de menos á la familia y al pueblo, evitando, por supuesto, hacerle conocer aquellos lugares soeces de Montmartre adonde lo había llevado D. Diego una noche y que tan fatal impresión había producido en su espíritu. Hombre circunspecto y amigo del orden, D. Fermín había asignado á su sobrino cuatrocientos francos de pensión, advirtiendo á su comisionista que en los casos de gran apuro en que el muchacho se atreviera á pedirle algo más, se lo diera, pero diciéndole que le estaba prohibido hacerlo, y reprendiéndolo un poco para que ésto no se repitiese con frecuencia.

—¡Cómo!... ¡Está usted todavía en la cama!...

—¡Ah!... Es usted D. Diego. Le pido mil perdones; pero estaba fatigadísimo, y he dormido, sin recordar que usted podría venir...

Y Eduardo no se atrevía á saltar del lecho, pensando que sería irrespetuoso vestirse delante del Sr. Hernández, y que un joven como él no debía permitirse semejante acto delante de un hombre mayor... D. Diego lo sacó de estas vacilaciones, diciéndole:

—Bueno. Mientras usted se viste yo voy á charlar con «Monsieur Jean». Almorzaremos juntos, y verá usted algo de París... Pero no se distraiga, porque son ya las diez.

«Monsieur Jean», el propietario, era

un hombre viejo, obeso, casi redondo, con un cuello grueso de apoplético, piernas muy cortas y pies demasiado grandes, que pasaba horas enteras echado en la cocina en un gran sillón, sin preocuparse por nadie, y dejando á la criada, que era la verdadera dueña de la casa, que dispusiera á su antojo de todo. Es verdad que élla lo acompañaba desde doce años atrás, y que tenía entera confianza en su honradez y en sus conocimientos del negocio. Esto no impedía que la criada lo regañase de tiempo en tiempo, cuando perdía en las carreras de caballos, su única pasión, ó refunfuñase cuando ganaba. Aparte *Le Petit Journal*, «Monsieur Jean» no leía sino *La Cote des Courses*, *Le Jockey*, *Le Sport*, periódicos de carreras, y pasaba el día tomando notas para los caballos que debían ganar el día siguiente, y enterándose de los que estaban en toda forma, de las caballerías y de los ginetes. Generalmente él no iba sino una vez por semana á Longchamps, su pista favorita, ó en un caso extraordinario, cuando alguien de mucho saber le revelaba como gran secreto, un *tuyau*, que debía dar mucho dinero.

—¿Y el Sr. Doria está siempre bien? —preguntó el propietario con su voz cavernosa, casi sin timbre, después de haber hecho muchas corteeías á D. Diego.

—Sí señor. Por allá no se enferma nadie. Nosotros poseemos un clima maravilloso, una primavera perpetua, y en

cuanto á salubridad, la América es el primer país del mundo. Sin que le quepa á usted la menor duda. ¡Oh, si ustedes tuvieran nuestra naturaleza y la riqueza de nuestro suelo!

Y D. Diego continuó alabando sin medida al Nuevo Continente.

—Ese es el país de la verdadera libertad, el único, tal vez, en donde la democracia existe sin reparos de ninguna especie y en donde no es posible que vivan los anarquistas. La igualdad completa, comprende usted, completa

Siempre le sucedía lo mismo. Él tan enemigo de las cosas de su país, en cuanto hablaba con los extranjeros, se deshacía en alabanzas y en exageraciones, defendiéndolo todo, como en un deseo desesperante de convertir su desorganizada República en un país á la altura del más civilizado; y hablaba sin darse cuenta de lo que decía, moviendo los brazos y la cabeza, de nuestra armada, que estaba, como el ángel del castigo, custodiando la frontera para impedir que ningún soldado extranjero manchase con su planta usurpadora el suelo nacional; de nuestra marina, pequeña en cuanto al número, pero con buenos acorazados y, sobre todo, muy buena tropa; del servicio militar obligatorio, de las elecciones para Presidente, por el voto directo, el sufragio universal, no como en Francia que lo nombra el Parlamento. Parecía más bien que relataba los sueños que los buenos patriotas tenían por allá;

pero con cierta buena fe, sin que su corazón de hombre honrado le criticase ese lirismo que se permitía á tantos centenares de leguas de la patria.

—Pero no, qué ha de haber allí fiebres —continuaba.—Es decir, hay como en todas partes; pero no epidémicas. Esas son cosas de los periodistas que no hallan qué inventar para hacernos mal.

—Pero ustedes tienen siempre guerras civiles—se atrevió á agregar Monsieur Jean—lo que impide que los europeos vayan á establecerse porque no tienen seguridad para trabajar...

—Oh! Eso es falso, falsísimo. Los europeos ignoran enteramente lo que pasa en América, y eso á mi modo de ver, es á causa del idioma español, que nadie habla hoy, y de la decadencia de España que ha perdido su antiguo poderío, y que ya ni tiene literatura, ni bellas artes, ni ciencias.

—Perdón, pero no comprendo qué tienen ustedes que ver con la España, ni con el idioma español, puesto que en América no hablan sino inglés.

—¡No, amigo mío!...

Y D. Diego comenzó á explicar, con cierta cólera contenida, al desorientado propietario, que estaba medio arrepentido de haberse metido en ese terreno, como Centro y Sud América no eran lo mismo que la América del Norte, en donde si hablan inglés porque perteneció anteriormente á la Inglaterra, y exajerando siempre la extensión de nues-

tros territorios, la belleza de nuestros cielos, nuestra infinita variedad de frutas, flores y pájaros, la riqueza incalculable de nuestras minas de oro.

—Ve usted. Hay lugares en que no hay sino bajar hasta el río, y usted encuentra en sus arenas piedrecitas de oro...

«Monsieur Jean» lo escuchaba con gran atención, pero de repente recordó que era domingo y que debía almorzar temprano para vestirse é ir á Auteuil, en donde había una gran carrera de obstáculos, en que jugaba más de cien francos, siempre con la esperanza de ganar con los caballos que no eran favoritos. Ya se veía de regreso, en uno de los grandes carros, tirado por seis caballos, escuchando los gritos de los conductores que se abrían paso entre tanta gente, trayendo en el bolsillo dos mil francos de beneficio; y sonreía con malicia creyendo su triunfo seguro, y pensando en la cara que pondría la criada cuando él le mostrase los billetes de banco.

—¿Y tienen ustedes por allá buenos caballos de carreras?...

—¡Oh!... Nuestros caballos no tienen igual—replicó don Diego.

Mientras el viejo propieterio sentía como un intenso calofrío de emoción, pensando en lo que iba á suceder á eso de las cuatro en la bella pista de Auteuil, donde la yerba recién cortada despide un olor agradable á campo y hace

renacer en su alma los recuerdos de su niñez, cuando corría como un loco sobre la verde *pelousse* de Saint-Ouen.

El sol, que había estado vacilante y tembloroso todo la mañana, se había decidido por fin á aparecer, y lo había hecho con todo esplendor, en un cielo muy azul, sin ninguna sombra, en plena primavera. En las calles, los gorriones saltaban alegremente, con la seguridad de que nadie se atrevería á contrariarlos. Sólo aquel que ha pasado los tres meses del invierno en París, cuando los jardines semejan grandes campos de algodoneros, y la nieve cae días enteros, silenciosa y triste, en tanto que la gente va de carrera por las calles, con pesados sobretodos y guantes gruesos de lana, huyéndole al viento frío que corta la cara y quema la nariz y las orejas, entrando á los hogares á acurrucarse cerca de la chimenea, sin poder respirar libremente, rodeados de crepúsculos melancólicos y de horas de infinita nostalgia, como asistiendo á una lenta é interminable agonía, puede imaginarse cómo la alegría lo invade todo cuando comienza á brotar de las entrañas de la tierra nueva vida, y los árboles se cubren de hojas y los pájaros cantan. Es como un renacimiento para cada alma. Una fiebre de locura se apodera de los seres, y se siente la sangre que corre caliente por las venas, clamando á gritos por la juventud, y un himno sagrado vibra en el

aire, entonado al amor y á la voluptuosidad.

Una brisa agradable que traía fragancias lejanas de lilas y miosotis, soplaba sobre los boulevares, en donde la gente dominguera, vestida de nuevo, se había apoderado de las aceras y subía el boulevard Saint Michel hasta llegar á la plaza del Chatélet. Eran las obreras de toda la semana: cajeras de almacenes aprendices de modistas, confeccionadoras de sombreros, señoritas semiburguesas que han sabido conservarse honestas entre tantas tentaciones, vigiladas de cerca por las mamás, y que solamente pueden gozar de los placeres de la calle en los días de fiesta, terminando estas correrías en las Tullerías ó en el Luxemburgo, para escuchar la música, alegres y satisfechas de haber aprovechado el tiempo y de poder respirar al aire libre, gozando de la belleza externa de la ciudad.

Don Diego Hernández y Eduardo Doria entraron al *Café Vachette*, uno de los más elegantes del barrio Latino y cuya clientela era en su mayoría extranjera, preferido desde muchos años por los estudiantes americanos. Después del almuerzo todos venían al salón del primer piso á tomar café, que el gerente decía ser legítimo de la América, traído expresamente para éllos. Y allí echaban sus partidas de billar, sin haber sacudido enteramente la indolencia del trópico, charlando y discutiendo sobre

cualquier cosa, entre risas, chascarrillos é indirectas. Habían convertido el salón en un pedazo de la América Latina, donde reinaba la fraternidad que sueñan por allá nuestros hombres de Estado, la generosidad propia de nuestra raza, y cierto desdén por el dinero, gastando cada cual más de lo que poseía, y ayudándose todos para llegar con algunos francos hasta fines del mes. La mayor parte eran estudiantes de Medicina, que visitaban con bastante regularidad las clínicas y los hospitales, algunos, médicos ya, para perfeccionar sus conocimientos, ótros, para llevar á sus países el tan deseado diploma de la Facultad de París. Con menos frecuencia venían algunos jóvenes pintores, músicos y escultores, que tenían sus estudios un poco más lejos del barrio, y que, apasionados con sus obras de arte ó por cierto espíritu de *bohemismo*, preferían estar distantes del centro y aislarse de los compañeros. A las dos de la tarde y á las nueve de la noche estaba allí toda la banda, leyendo los últimos cablegramas y comentando los acontecimientos del día, acalorándose y defendiendo sus opiniones como en un Congreso del cual se esperase el voto para resolver las dudas é invenciones de los periodistas, y generalmente esto terminaba con chistes y farsas que alguien prudentemente deslizaba para traer la paz, en tanto que el patrón, enormemente gordo, cuyas comidas pantagruélicas terminaban con

una bien sazonada ensalada de diferentes clases de hojas y yerbas, se había quedado dormido delante de la mesa de sus amores, roncando como un cerdo, y cuyo gruñido inarmonioso se esparcía por toda la sala produciendo una consiguiente onda de hilaridad y de malos deseos. De cuando en cuando venían del otro lado del Sena personajes importantes de nuestra política, banqueros y ricos hacendados, á pasar una hora con los estudiantes, y esa noche se hablaba de cosas serias y se tomaba CHAMPAGNE brindando por la prosperidad y el porvenir de cada país, pero quedando después todos silenciosos recordando los aires de la patria y los afectos sinceros y solícitos de la familia ausente.

Después del almuerzo, don Diego condujo á su joven compañero al primer piso, á fin de tomar el café arriba, con los compatriotas. Habían llegado ya unos diez ó doce, á quienes fué presentado sin cortesías ni fórmulas, y fué recibido como un hermano que venía á vivir la misma vida de estudiante y á identificarse con ellos en los mismos sentimientos y bajo el gran cielo de la Francia, que amaban como un segundo cielo de la libre América. Eduardo Doria encontróse menos sólo, y se entregó lleno de alegría á conversar con todos como si los conociese desde muchos años. Su alegría aumentó al saber que uno de sus grandes amigos de la infancia, Carlos Lagrange, confidente de sus

primeras tristezas y á quien no veía hacía tres años, se había venido de Londres y estudiaba Filosofía y Literatura en la Sorbona. Algo como un gran alivio inundó su alma, y por algunos momentos, á la sola idea de volver á ver á su amigo, vivió en el pasado, en la época en que estudiaban Latín y Griego y redactaban un periodiquillo revolucionario en el colegio contra uno de los profesores, de quien querían vengarse, y en donde Lagrange publicó sus primeros ensayos literarios.

—¡Cómo! ¡Tú aquí!—gritó su amigo al entrar.—¿Y desde cuándo? No te perdono que no me hayas avisado tu viaje. ¡Cuánto gusto hubiera tenido en ir á esperarte á la estación!

A Eduardo Doria se le humedecieron los ojos, y apenas pudo articular, dándole un estrecho abrazo, con muchas ganas da llorar.

—¡Si yo te creía todavía en Inglaterra!...

Y mientras don Diego hablaba de política y de finanzas con el tono de indiferencia que le era peculiar al tratar de estas cosas, y decía horrores de su país y de nuestros gobiernos, asegurando que allí estaba todo por hacer, y que tocaba á los jóvenes moralizar y regenerar la patria, los dos amigos, retirados en un rincón, después de una pausa sugestiva en que sus espíritus volaron tras los recuerdos en el mar de la vida, como esas tristes gaviotas que en el Océano, al

acercarse á una isla silenciosa, van tras los buques, tristes y fúnebres, se entregaron á llenar el vacío de tres años de ausencia, en que sus dos almas gemelas no habían vibrado al unísono, separándose momentáneamente para entrar con mayor fortaleza en las luchas ignoradas.

Cuando Eduardo Doria, pasada media noche, entró en su casa, un gran anhelo de soledad lo dominaba. Estaba como fuera de sí, sin tener voluntad para pensar, sin poder reflexionar en nada, ébrio de emociones. Desde la tarde había quedado fascinado en los Campos Elíseos, cuando desde la plaza de la Concordia contempló la grandiosa avenida, que sigue recta y ancha, llena de árboles florecidos, perdiéndose á lo lejos como una vía misteriosa, entre jardines y palacios, como aquellas que los caballeros de las leyendas atravesaban, locos de amor para libertar á las princesas encantadas, y en donde muchos perecían cegados por la belleza del camino. Los miles de carruajes que subían y bajaban en hileras interminables, daban todavía vueltas en su cabeza. Al pasar delante del Arco de la Estrella, que allí se alza imponente y fiero, orgullo de los hombres, con sus piedras blancas llenas de relieves y sus estatuas colosales, tuvo deseos de gritar; pero luego, al penetrar en el Bosque de Boloña, embriagado por el aroma voluptuoso de las acacias, en una calma

aparente, quedóse como en un sueño, con los ojos muy abiertos, viendo apenas el gran lago de agua plateada, en donde los cisnes de ojos tristes nadan majestuosos y sobre el cual las palomas revolotean en un deseo insaciable de amar y de gozar.

Después, fueron á comer á un magnífico restaurant de la *Rue Royal*, para terminar la noche en *Folies Bergére*, en donde comenzó á sentir cosas extrañas, un desasosiego desagradable que lo hacía sufrir. Sin saber por qué estaba nervioso, intranquilo, contrariado, y una honda tristeza se apoderaba de todo su sér, produciéndole como una laxitud en el cuerpo y un repentino tedio de la vida. Tuvo miedo de continuar en aquella sala llena de luces y de perfumes, en donde mujeres muy hermosas paseaban con toda libertad, entre el lujo y la elegancia más exquisita, y en la escena, bailarinas de trajes sutilísimos ejecutaban una celebrada pantomima, finalizando con un gran paso de baile de sesenta ó setenta figurantas, vestidas con gasas vaporosas, blancas, rojas, azules, vestales y sacerdotisas que columpiándose al ritmo de la danza, arrojaban flores traídas en ánforas á los pies de la más bella, que, cubierta apenas con un velo suavísimo, hacía la Afrodita inmortal, la indestructible diosa del amor y del placer.

III

Carlos Lagrange había alquilado un departamento amueblado en la *Rue de Rennes,* tal vez la calle más elegante del barrio Latino, que comienza en el Boulevard Saint Germain y continúa con sus altas casas nuevas y limpias, hasta terminar en la Gâre Montparnasse, viejo y feo edificio, sin estilo alguno arquitectónico, con sus dos subidas pesadas y fatigosas, hechas de duras piedras que ni el agua humedece y que están siempre secas, como tostadas por un eterno sol de estío. Había escogido este sitio, porque estaba un poco fuera de las calles generalmente habitadas por los estudiantes, y por consiguiente, era más tranquila, no obstante estar muy cruzada de ómnibus y tranvías. El departamento era también muy cómodo para él, compuesto como estaba de un salón y de tres alcobas.

Había convertido el salón en una especie de estudio, que daba á la calle, adornado con bastante gusto, dominando de un lado un magnífico espejo de marco veneciano, del otro, un escritorio que había hecho construir á su capricho y que tenía encima una pequeña biblioteca, compuesta de sus poetas, críticos y filósofos preferidos. Sobre la mesa del centro, entre retratos de escritores célebres y recuerdos de su viaje á Italia, se mantenía de pie una Venus Capitolina, la mejor que había encontrado entre las copias no muy costosas, pero de admirables líneas y con una cabeza de grandes rasgos de artista. Decía siempre con cierto respeto al enseñarla á sus amigos: «El que ha hecho esta copia llegará á ser un verdadero escultor.» En el salón no tenía sino dos cuadros, copias en cromo-litografía. Uno, á la derecha del espejo, representaba á la deliciosa Gioconda, de Leonardo de Vinci, con aquella sonrisa enigmática que ponía á sus mujeres el gran maestro. A la izquierda, un sujeto sobre *Rolla* de Musset, impregnado de voluptuosidad, y que tenía como epígrafe los versos del poeta:

«Ainsi tous deux fuyaient las cruautés du sort.
L'enfant dans le sommeil, et l'homme dans la mort.

Lagrange era seis años mayor que su amigo; su padre, exministro de Francia en una de las repúblicas de América, habíase casado en el Perú con una her-

mosa limeña de grandes ojos negros y de carácter voluntarioso, pero después del saqueo de Lima por las tropas chilenas, abandonó el país, y fué á establecerse á otra de las repúblicas, más al norte, en donde la paz era completa y no se pensaba en la guerra civil, trayendo consigo á su señora y á su hijo, que tenía los mismos grandes ojos negros de su madre y el mismo carácter voluntarioso.

Carlos Lagrange comenzaba á gozar de cierta reputación literaria. Su último libro, *Paradojas filosóficas*, produjo un torbellino de polémicas entre clericales y librepensadores, y hasta el autor había aprovechado el momento para escribir una brillante defensa de las teorías de Spencer, con ironías insultantes y un lujo de argumentaciones que enfureció mucho más á los católicos, quienes trataron de ridiculizar el tema y terminaron criticando unos versos algo prosáicos que Lagrange publicó en sus primeros ensayos literarios. Sin embargo, él no había sido siempre anticatólico. Fué más bien indiferente á las cuestiones religiosas, respetuoso de todas las creencias, y sin preocuparse mucho de las propias, hasta la noche de la muerte de su padre, en que desesperado se echó á la calle en busca de un sacerdote que complaciese al pobre anciano, que había pedido, creyéndose iluminado por la fe, los santos óleos. A las dos de la mañana, medio loco, como si solicitase la salva-

ción de su padre, llamó á la raída puerta de una sacristía. Un fraile flacucho y mal humorado le contestó en un tono seco, con voz metálica, que él no era el cura de la parroquia, y que le estaba prohibido salir á esas horas. Voló donde el señor cura, y después de estar golpeando durante media hora, febril y colérico, apareció en el balcón un cura gordinflón y reposado, con una nariz chata á manera de aldaba, que le dijo le buscase un coche porque estaba fatigadísimo de todo el día. Después de esperar largo rato, pasó un carruaje, cuando llegaron á la casa, el pobre señor acababa de morir, preguntando por su hijo, en los brazos de su esposa.

Carlos sintió una inmensa desesperación. No haber podido recojer el último aliento de su padre, no haberle dado un último beso, no haber oído su voz que lo llamaba y tenido entre sus brazos su cabeza caliente aún, tal vez extrañando la ausencia de su hijo en el momento de la muerte. Y fué presa de una crisis nerviosa, y lloraba á gritos, pareciéndole adivinar la mirada empañada de su padre que lo buscaba en toda la estancia como un ciego busca la luz que ha huído de sus ojos. Desde entonces, un fondo de rencor quedó en su alma contra los culpables de aquel martirio horrible, y, en su manía de generalizar, condenólos á todos, creyendo cumplir un deber de humanidad desenmascarando á los falsos apóstoles, y dejando

caer sobre ellos toda la hiel de su pluma. En efecto, una nueva era de lucha se inició contra el clericalismo, y una parte de esa generación que dormitaba indiferente, despertóse al escuchar una voz sincera que anunciaba los peligros futuros si se perdonaban las prerrogativas del momento. Los católicos pretendían formarse en partido político, y los viejos ascetas dirigían una poderosa propaganda. Fundaron los jóvenes periódicos enemigos, instaláronse sociedades, y de escándalo en escándalo, los clericales desistieron de sus propósitos y abandonaron la partida para época más propicia. Tres años después, muerta su madre, Carlos Lagrange huyó para Europa con el alma destrozada, y dedicóse á viajar y á estudiar, escribiendo poco, por la propia satisfacción, por una necesidad de su organismo, por hacer algo, como él decía, pero con cierta tristeza de vivir, indolentemente escéptico, sin soñar con la gloria, deseando tan sólo ser dueño de su voluntad y disponer de sí mismo sin dar cuenta á nadie de sus actos. Su carácter tenía esos bruscos cambios, de neurópata, decían algunos, de hombre que vibra y en quien el sol influye notablemente. Su alma era una planta. Vivía con la atmósfera, y, cosa rara, en los días de pleno sol en que el cielo es intensamente azul, y más verdes están los árboles y más trinos cantan los pájaros, su espíritu se hacía avieso, y pasaba horas enteras pensati-

vo, irresoluto, negándose las más de las veces á salir de su cuarto, como si fuesen horas de duelo para su espíritu aquellas en que la naturaleza se viste de fiesta. Sin embargo no amaba el campo ni deseaba la soledad. Las ciudades más bulliciosas eran sus preferidas, y decía con desdén de Roma, que «era un pueblo en donde no se veía gente sino los domingos en la *Vía del Corso*». Suspiraba deseando las mañanas obscuras, por que no sufría el martirio de la belleza; tenía miedo de volver á amar; había sido muy desgraciado en sus amores, y cuando sus amigos le decían que era necesario que se casase para que fuese feliz, él les respondía riendo, como para chancear, pero creyendo vagamente en su destino: «Soy como el personaje de la tragedia griega. Lo que toca el soplo de mi aliento, perece.»

Habíase formado su teoría filosófica, una mezcla de panteismo y de darwinismo, que explicaba á su manera, con cierto refinamiento, más propio de un soñador que de un hombre de ciencia. En el fondo, más que un convencido, era un curioso, un revolucionario, que se complacía en contrariar al público y en despreciar la opinión de la mayoría. Su Dios no era la Providencia de los católicos, el Juez cruel é inexorable que anda tras los hombres como un espía, para castigarlos y tomarles cuenta exacta de todas sus acciones. Sostenía que el cristianismo era una bella doctrina, imposi-

ble de llevarse á la práctica, y que Jesús, al imitar á Buda y á los filósofos de la India, habría debido continuar en la lucha por sus ideas y no dejarse crucificar, imitando á Sócrates, á quien envenenaron en medio á sus discípulos, por ser el más santo de los hombres; de ahí que el mundo, al cambiar de teoría, no hubiese ganado nada en la práctica, y que la injusticia y la maldad reinasen hoy con más fuerza que nunca. El Papa, prisionero en el Vaticano, ha quedado siendo un símbolo, publicando encíclicas, cuyas ideas lo hubiesen llevado á la hoguera hace tres siglos, y soñando con atraerse la iglesia ortodoxa, mientras los protestantes ganan cada día más conciencias y más prosélitos. En cuanto á sus teorías sobre el arte, era todavía más intransigente: el arte es grandioso, encierra el alma del universo, y las mediocridades no pueden vivir en su seno; la obra de arte que no lleve el sello del genio debe rechazarse como inservible é indigna de veneración.

Y leyendo y escribiendo pasaba el tiempo en su discreto salón de la *Rue de Rennes*, soñando con el pasado, sin fe en el porvenir, creyéndose fuerte porque tenía el derecha de disponer de su persona y de su vida; presa á veces de terribles nostalgias, en que recitaba á Hamlet, y se tendía indolentemente días enteros sobre el sofà, llenando el cuarto con el humo azulado de su pipa turca, que flotaba en el aire en espirales ca-

prichosas, como pensamientos y ensueños de poetas moribundos.

Desde temprano lo esperaban dos de sus amigos, que comenzaban á estar impacientes, curioseando todo el salón para pasar el tiempo, leyendo una revista ilustrada de la América, y criticando las costumbres de por allá, terminando con las frases de siempre, que repetían después de algunos minutos de silencio, mirando displicentemente hacia el techo, y balanceando una pierna sobre la otra: «Y estar destinados á vivir en esos países.»

«Pero qué porvenir te espera á tí que eres pintor, al llegar á tu país», decía nerviosamente Sánchez, un muchacho alto y fuerte que accionaba siempre, de aspecto poco simpático por su brusquedad, y de una franqueza casi salvaje, pero de buen corazón, y de ideas sanas y honradas.

«Nosotros hemos tenido grandes pintores, que han obtenido primeras medallas en París, y que nunca han llegado á hacer dinero con sus cuadros, ni el Gobierno se los ha comprado. Hemos tenido músicos de gran talento, que han regresado para ser escribientes en un ministerio. Si nuestros poetas y literatos,—los buenos, se entiende—escribieran en francés, en inglés ó en alemán, estarían todos ricos; pero allí se ven cosas muy raras, y casi siempre un Doctor es el Ministro de la Guerra, y un General el Ministro de Instrucción

Pública y Bellas Artes. Qué país!... Qué país!» Y accionaba siempre aun cuando no hablase, en tanto que Iriarte, el pintor, sonreía con su aire melancólico, sin preocuparse mucho de lo que decía su amigo ni de que sus cuadros se vendieran ó no, como convencido de que el artista debe trabajar por la obra de arte, por el don superior concedido solo á algunos de los elegidos, de crear, de dar forma á lo que vive en su intelecto, engendrando por la necesidad de obedecer á la cultura de su espíritu, como engendra la madre para que se cumpla la ley de la procreación. Y pensaba contemplando la Venus tres veces santa, que sobre la mesa en desorden mostraba su busto perfecto, y la pureza de sus líneas inmaculadas. «De qué sirven sus riquezas al millonario si no es capaz de experimentar el placer interior, refinado y único de comprender la obra de arte? Es verdad que los artistas han degenerado, y que hasta los más célebres han hecho de la pintura una profesión lucrativa, pintando solamente para vender sus obras, las más de las veces pagadas de antemano, diciendo el comprador lo que desea ver en el lienzo, como un pedido que se haga á cualquier comisionista, y que el pintor de hoy no sueña sino con la vida de los placeres, con poseer un magnífico hotel en la avenida del Bosque, y una villa en Saint-Germain, ó en Biarritz, ó en Niza, en donde dar tertulias y llamar la atención con sus

equipajes y sus caballos de pura sangre, ó con la elegancia de sus fluxes cortados por el mejor sastre de Londres. Pero, acaso el arte no es siempre el alma del universo? Acaso la naturaleza ha variado porque sus intérpretes hayan perdido el ideal? No, el arte que no reconoce patrias ni fronteras, no puede morir por el *dandismo* y el *flirtaje* de los artistas. Estamos en una época de transición, enfermiza para todos, y es necesario trabajar para formar nuevas almas.» Y en tanto que su amigo continuaba hablando de las *rarezas*, como él decía, de su país. Iriarte seguía pensando en el artista moderno, recordando que los autores de todas esas obras maestras que hoy van á visitar en peregrinaje los curiosos y los apasionados, ni siquiera se preocuparon en firmarlas, y que allí viven anónimas y rodeadas de misterio, muy diferente de lo que se estila hoy que con banquetes ó *interviews* se lleva la partida ganada. Recordaba sin odio, pero con una amarga decepción, como habían rechazado en el salón su último cuadro: *la Magdalena*, porque inspirado en el Tintoreto había imaginado á la pecadora arrepentida en el momento de su muerte, demacrada, convulsiva, desmayada por la agonía; y el jurado le hizo decir que su Magdalena estaba demasiado fea. Ese mismo día aceptaron el cuadro de uno de sus compañeros, que presentó una Magdalena muy hermosa, envuelta en un manto azul, que dejaba adivinar

sus formas elegantes y voluptuosas, casi copiando el gran cuadro del Corregio. Pero él no desistía de ciertas ideas que quería poner en práctica, y había comenzado ya su nuevo cuadro para el próximo salón, *El Suplicio:* una mujer que ponía una cara convulsiva, mientras los verdugos le quemaban el cuerpo con hierros rojos ardientes. Quería ver si se atrevían á decirle que era fea esa figura, para entonces probarles que ninguna mujer podía ser bella en semejante momento.

Daban las once cuando entró Lagrange, acompañado de Eduardo Doria, y se deshizo en excusas por haberse retardado tanto. Pero lo cierto era, que desde hacía dos meses se había dedicado enteramente á enseñarle París, á su amigo, á iniciarlo poco á poco en los secretos de la estética, haciéndolo visitar los museos, el Panteón, los Inválidos, Nuestra Señora, las Bibliotecas, todo lo que pudiese contribuir á una rápida evolución en sus ideas y en sus gustos; y estaba contento, su amigo no parecía un recién llegado, en sesenta días comenzaba á asimilar de una manera increible lo que de intelectual y refinado existía en la gran Ciudad, con un deseo de conocerlo todo; nervioso y de fuerte salud, era infatigable, se había echado como un desesperado en esa vida del visitante curioso á quien no le conceden sino pocas horas de permanencia en un lugar, y que no quiere olvidar ni un

solo detalle importante, digno de ser observado. En la noche, después del movimiento de todo el día, se iban á los teatros á descansar el cuerpo, haciendo trabajar la inteligencia. La comedia francesa y la gran ópera, habían sido los más frecuentados. Cuando oyó el *Lohengrin* cantado por Van Dick, y la Carón, y cuando vió *Œdipe roy,* hecho por Mounet Sully, se sintió orgulloso, como si hubiera aumentado de tamaño, feliz de haber podido medir el genio de Sófocles en la interpretación magistral del trágico francés, dichoso por no haber vacilado en aceptar la grandiosidad de la música de Wagner. La música había sido su pasión favorita, tocaba bien el piano, y había compuesto algunos Nocturnos que fueron muy aplaudidos, deseando el Gobierno pensionarlo para que se dedicase á estudiar armonía y composición en Milán; pero el tío Fermín, que no entendía gran cosa del arte, y que le repetía á toda hora, que eso no era porvenir para un hombre serio, sino una distracción buena para la gente rica, lo hizo desistir de sus proyectos, y lo obligó á estudiar medicina; sin embargo, él no olvidaba su piano, que amaba como á una mujer prohibida, y de tiempo en tiempo, entre unos capítulos de higiene y otros de fisiología, se huía á su cuarto y se entregaba solitario á interpretar á Beethoven y á Chopín, ó se olvidaba del cuaderno, y seguía improvisando melodías llenas de tristezas

y de quejidos dolorosos, que después no recordaba, sometido como estaba á las arduas vigilias del estudiante. Y era lo que más envidiaba, la gloria del compositor. Revelar un estado de alma por medio de arpegios y armonías, hablando un lenguaje universal, comprendido por todos, pudiendo vivir en el pasado, no con los recuerdos que al fin se secan como las flores y van al polvo, sino con la vida única de los sentimientos, de la pasión, del amor y del dolor. Volver á amar la misma mujer que se creyó olvidada para siempre, volver á sufrir por ella, reviviendo los antiguos florecimientos de un amor sepultado en la nieve de los años al solo ritmo mágico de un piano que canta, ó de un violoncello que solloza. Razón tenía Lagrange para estar contento, un cambio repentino había comenzado en el alma de su amigo; él tan estudioso meses atrás, no se había preocupado por visitar las clínicas y los hospitales, sus libros de medicina estaban en un rincón de su cuarto, y la mesa de trabajo yacía llena de fotografías y de libros de crítica y de historia. Un nuevo sér germinaba en su cerebro, y las ideas que trajo de su pueblo y que á todo trance hubiera querido conservar, desaparecían rápidamente, como un inmenso campo de trigo devorado por la insensible llama de un incendio.

Carlos tocó un botón, que se disimulaba al lado de la chimenea, y presentóse

una muchacha, con muy buenos colores en la cara, y ese no sé qué de la campesina, que hace pensar inmediatamente en la buena leche y en la brisa refrescante del río. «¿No se ha levantado todavía la señora?» preguntóle. «La señora se está vistiendo», respondió la criada con una voz tímida, de persona no acostumbrada á ver gente de fuera. «Bien, dígale que la esperamos para ir á almorzar, y denos un poco de brandy.» «Es apetitosa la criadita», dijo Sánchez, sonriendo maliciosamente. «Lo que significa que no durará muchos días en la casa», replicó Carlos. Luciana está cada día más celosa, y hasta las criadas la asustan. Las mujeres son muy extrañas; como para ellas la vida no tiene sino un objeto: amar y ser amadas; se imaginan que el hombre no piensa de día y de noche sino en la misma cosa. Vaya usted á hacerles comprender que cuando estamos por la calle no corremos detrás de otra mujer, ó tenemos una cita ó pensamos en una futura traición».

Luciana entró, saludando amablemente con la cabeza, mientras se ponía sus guantes, de un amarillo color de paja muy seca; su sombrero estaba adornado con plumas blancas y azules, medio cubiertas por un velo muy sutil, de puntos del mismo color. El traje era todo gris claro; *toilette* casi de estío y cortado en esa forma que las modistas llaman *costume de tailleur*. Luciana era de un tipo bastante general entre las france-

sas; sin ser grande, estaba vestida de modo á parecer más alta, bien ajustada, sin fatigas, habituada á llevar siempre el corsé. De ojos negros y vivos, más dispuestos á expresar la cólera y la desconfianza, sabían también hacerse amables y esparcir en todo su rostro una aureola de amor. Su boca era grande y sensual; boca para ser besada todo el tiempo; boca de amiga, de compañera de juventud; y aunque todo su cuerpo respiraba voluptuosidad, en los momentos en que se quedaba pensativa, con la cabeza inclinada á un lado, la frente serena, y sus cabellos, de un suave tono de oro, caían sobre el pecho y la espalda, como formando un marco para su cara; toda ella rodeábase de un aire de inocencia y de candor, tomando un aspecto de niña voluntariosa á quien la mamá no ha traído los dulces y los juguetes prometidos para que fuese juiciosa. Amaba furiosamente á su amigo; para ella no existían los términos medios; incapaz de fingir, después de muchos días de vacilación, en que Carlos la esperaba á la salida de los almacenes del Louvre, en donde trabajaba hasta extenuarse para ganar unos cuantos francos, se entregó á él con toda su alma, sin condiciones, con la sola promesa de que él no la olvidaría jamás. Sus padres, humildes obreros de la *Rue du Temple*, no quisieron verla más, si no seguía en su trabajo, y ella, apasionada y ciega, como una mariposa que busca la luz, fué á quemarse,

las alas en los brazos de su amante, y á tener una nueva casa, en donde era complacida y mimada, y que ella alegraba con su belleza y con su risa. Carlos había tomado aquella unión como una distracción agradable, sin darle mucha importancia, creyendo que le sería muy fácil romper en cuanto se le hiciese pesada la cadena, que hasta ese instante no le había dado sino regocijos y alegrías, salvo algunos ratos de mal humor, en que Luciana se ponía insoportable con sus celos, y en que lo amenazaba con darle la muerte y suicidarse después, escenas que terminaban con lágrimas de parte de ella, y con besos y caricias de parte de él.

El *Duval* más próximo estaba lleno, como siempre, y aunque era ese el restaurant donde solían ir con más frecuencia, tuvieron que esperar que la directora, una señora alta y muy flaca, vestida siempre de negro, de aspecto enfermizo, les hiciese preparar una mesa para cinco personas. Las criadas bajaban y subían la gran escalera cargadas con platos, que los clientes aguardaban con impaciencia, siguiéndolas con los ojos por temor de ser olvidados. Todas con el tradicional vestido negro, con un peto blanco, entreabierto para meter las cartas, y un casquete también blanco, que llevaban prendidos á manera de gorras, como formando parte del peinado, y que desde lejos las hacía aparecer con cierto aire candoroso

de Hermanitas de Caridad. Los hombres iban siempre á las mismas mesas, prefiriendo aquellas que servían las muchachas bonitas, que ponían buena cara con la esperanza de mejor propina, y que ellos enamoraban mientras comían las frutas y el queso, acabando la botella de vino entre sonrisas y largos suspiros.

Grande fué la sorpresa de Luciana al ver entrar á su amiga Marieta, á quien creía en Venecia, según su última carta de hacía un mes, pero no igual á la que experimentó Eduardo Doria al sentir á su lado á la única mujer en quien pensaba de rato en rato, cuando sus visitas á los museos le dejaban el espíritu tranquilo. De noche, en los teatros, sin darse cuenta, la buscaba distraídamente entre los palcos y balcones, con el deseo de llegar á encontrarla, por el inocente placer de contemplarla desde lejos, sin atreverse á esperar nada de élla. La había encontrado algunas veces por la calle, sobre todo al regresar de visitar á su corresponsal, en la *Rue Le Pelletier*, y sólo una noche había logrado verla en la Opera Cómica; cantaban la *Manón* de Massenet, y ella estaba arriba, en un palco, dejando fuera de la barandilla de *pelouche* muy rojo su manecita bien guantada, y que él hubiera deseado besar muchas veces. Esa noche, ella había observado que el joven no la quitaba los ojos un sólo instante, y por distraerse lo había visto fijamente con el binóculo, encontrándolo bastante simpático, con

sus cabellos muy negros y su ancha frente de hombre pensador.

Luciana le ofreció un puesto en su mesa, y al sentarse frente á Eduardo, lo reconoció inmediatamente. Durante el almuerzo, él no habló una palabra, en tanto que ella, nerviosa y contenta, encantadora con su elegante traje todo blanco, de tela muy gruesa, con puños y cuello de hombre, y un sombrerito redondo de paja, que tenía á un lado un pájaro de ojillos de cuenta, charlaba y reía contándole á su amiga las curiosidades de Italia: los cocheros que llevan todos grandes paraguas para no mojarse, la ropa tendida en cuerdas sobre los balcones, viéndose balancear los calcetines y las camisas y los pañuelos que se secan al sol, algunas mujeres que andan con bastones en la mano en pleno día, los hombres que fuman unos cigarros muy largos con una vela encendida por delante; y ambas reían como dos locas, entre las chanzas y exageraciones dichas por Langrange para divertirlas, y los gritos semi-indígenas que daba Sánchez, mientras atacaba con un apetito de ogro, digno de mejor mesa, un despechugado pichón con *petits pois*, limpiándose á cada momento el bigote lleno de salza, y poniendo ojos dulces á la criada, que contaba en un rincón su puñado de fichas numeradas, recibidas de la Caja en cambio de dinero.

Eduardo creía soñar al verse sólo en su casa con Marieta, á quien el día anterior imaginaba intocable como una diosa. No se hubiera nunca atrevido á hablarle, si ella, por la tarde, en el salón de la *Rue de Rennes*, no se hubiese sentado á su lado, á confesarlo y á enloquecerlo con sus ojillos burlones, y un vago perfume de voluptuosidad que salía de su cuerpo como el aroma de una flor.

Allí le dijo que la amaba, que desde la noche en que había escuchado la música penetrante de Manón, se sentía desgraciado, y sufría en silencio, pensando cruelmente en élla, como piensa el que tiene sed en un manantial de agua cristalina. Ella reía y lo desesperaba con sus dudas é ironías, pero en lo íntimo de su sér experimentaba una grata sensación inexplicable al verse amada sinceramente por un hombre,casi un niño, que venía de un país desconocido, ignorando los peligros y los refinamientos del placer, y que se entregaba á ella todo entero, feliz de obedecerla, dispuesto á probarla por cualquier medio su pasión, idealizándola y contemplándola, como á la suprema belleza de que tanto le habían hablado en su lenguaje mundano los artistas y los poetas. Un deseo repentino de romanticismo se había apoderado de élla, vivir con él una vida de poesía y de candor, volviendo á ser la niña honesta y sana de sus primeros años, abandonando la atmósfera as-

fixiante en que por desgracia había caído, siendo otra vez casta, como cuando huyó loca de amor, en los brazos de su primer amante, dejando para siempre su familia y su pueblo. Se complacía en hacerlo sufrir, en hacerle creer que nunca le pertenecería, y cuando Eduardo, con los ojos humedecidos, llevando en el alma un tormento que le quemaba todo el sér, tomó el sombrero, desesperado, para salir á la calle y estar sólo con su dolor, élla lo detuvo, y conmovida, frente á la Venus vencedora, que parecía mover su seno majestuoso, como las ondas del Océano, le dió un beso de fuego en los labios, los ojos contra los ojos, embriagándolo con su aliento, como en un paroxismo de amor, y le dijo fuera de sí, con una voz ronca y temblorosa. Yo te amo... Yo te adoro...

Eduardo creyó morir de emoción, desvanecido, se dejó caer sobre el sofá, mientras élla volvía á tomar su aspecto, sereno y confiado, de reina adorada; y Luciana, que adivinaba lo que había sucedido, entraba sonriendo y satisfecha, trayendo en la mano un manojo de rosas rojas y de lilas perfumadas para adornar la estancia, abriendo de par en par los balcones por donde penetró una bocanada de aire fresco, y desde donde se veía descender, entre claridades de oro y grana, uno de esos últimos crepúsculos sugestivos de primavera, en que el sol, como un vidrio empañado se oculta lentamente en el horizonte.

IV

A fines del estío, huyéndole al calor sofocante de la estación, resolvieron irse al campo á veranear, y pasaron muchos días pensando el sitio, prevaleciendo al fin la opinión de Luciana, que deseaba ir lejos de París, hacer un largo viaje de recreo, á un lugar donde nadie los conociera, y poco poblado, para gozar de verdadera libertad. Escogieron un pueblecito pintoresco á las orillas del Marne, y una mañana, muy temprano, tomaron el tren y partieron alegres y felices, éllas, riendo y cuchicheando como pájaros madrugadores, éllos, con cierta seriedad artificial, previéndolo todo, é imaginándose ser ya hombres casados. Habían alquilado dos casitas unidas por un jardín, con una sola reja, que daba al río, y que cerraban de noche para evitar que los perros del vecindario entrasen á molestarlos y á romper

dos hermosos geránios que el mayordomo les había recomendado especialmente. Desde las ventanas se contemplaba un camino angosto y largo que conducía á la floresta, poblada de grandes árboles, de alisos florecidos, y de frondosos tilos, los más bellos de la comarca, según repetían los campesinos con orgullo. Atravesando un puente de hierro, en cuyo extremo vivía un viejo cojo, alquilador de botes, que fastidiaba á los clientes relatándoles cómo habían perdido los austriacos la batalla de Solferino, en que fué herido defendiendo al emperador, se llegaba á la plazoleta en donde se estacionaban los tranvías de vapor que comunicaban interiormente todos los pueblos. Los domingos por las tardes era ese el sitio más concurrido, muy frecuentado por militares y ciclistas que descendían al Gran Hotel, una mala fonda de tres pisos, con un corredor delante lleno de mesas, y en donde vendían cerveza *legítima* de Poucet, como lo anunciaba un gran cartel con letras rojas. A veces llegaban saltimbanquis y equilibristas, que en el centro de la plaza, rodeados de gente, en diversos grupos, alzaban gruesos pesos de hierro, enseñando en un cartón con números, los kilos que pretendían levantar; ótro, daba saltos mortales, y caminaba de cabeza, con los pies mal calzados hacia arriba, y haciendo muecas con la cara; ótro, en fin, que era el *clou* del espectáculo, mascaba vidrios, dejan-

do para finalizar los más gruesos y difíciles de triturar, fondos de botellas y de vasos, que hacían sentir calofríos y grima á los espectadores, que les tiraban centavos y se alejaban formando comentarios y filosofando rústicamente sobre los necesitados de la vida.

Desde temprano se levantaban para bañarse en el río, en la parte más solitaria, algo distante de la casa, y al regreso deteníanse á esperar que pasasen las vacas para beber leche fresca y espumosa, en tanto que el perro color plomizo del conductor daba saltos de contento al reconocerlos, y que Carlos tomaba datos sobre las ideas políticas y sociales de los lugareños, divididos todavía en monarquistas y republicanos. El placer de Marieta era llegar bajo los tilos en los pesados medios días, y echarse largo á largo sobre los sahuquillos, con la cara al cielo y los ojos entreabiertos, dejando ver el comienzo de sus piernas bien ajustadas en las medias negras y sus botitas amarillas, siempre muy lustrosas, como en la ciudad; mientras Eduardo la hacía cosquillas para obligarla á sentarse, y élla, con los párpados pesados de sueño, se adormitaba, vencida por la hora, refunfuñando contra los mosquitos que la chupaban su sangre. Entonces Eduardo se extasiaba contemplándola, feliz de poseer aquella criatura deliciosa, que en un momento de romanticismo se le había entregado, abandonando el lujo á que estaba habi-

tuada, por el amor sincero y apasionado de un niño, y élla era dichosa, sintiéndose deseada con pureza, como se ama á una novia ó á una esposa, sin la maldad de los hombres, hambrientos de placeres falsos y viciosos.

En una de esas tardes bajo los tilos, en que Eduardo le besaba las mejillas enrojecidas y tibias con el sopor de la siesta, y élla le retiraba suavemente la cara. con sus manos amorosas, para que no la despertase de un todo, sentóse de repente, y acariciándole la cabeza, con movimientos nerviosos de gata mimada, preguntóle: ¿Tú me amas siempre?... Te adoro, replicó él... ¿Después de tres meses?... Te amaré toda mi vida... Cásate conmigo entonces, le dijo, seremos tan felices estando juntos para siempre, sin pensar en la separación.... ¡Oh! Y cómo adoraría yo á mi maridito!...

Eduardo no supo qué contestar. Vacilante, sin atreverse á mirarla, y contrariado, con un gran ardor en el pecho, sufriendo cruelmente, sin haber nunca imaginado semejante proposición, quedóse mudo de sorpresa; mientras Marieta, poniéndose en pie, y sacudiéndose con indiferencia el vestido, lleno de hojas amarillas y de animalejos inofensivos, le dijo con voz conmovida, mirándolo fijamente con sus ojos melancólicos: «Ya sabía yo que tu serías como todos»...

Ella se fué adelante, descendiendo muy despacio el estrecho camino de la

floresta, llevando abierta su sombrilla color celeste, reflexionando en la tristeza de su existencia y en su fatal condena de vagar solitaria por el mundo. Eduardo la seguía á alguna distancia con la cabeza baja. Era la primera vez que pensaba en el pasado de su amiga y sufría horriblemente, recordando á la pobre viejecita, que tan lejos de su amor vivía, al tío Fermín, que tantos sacrificios había hecho para educarlo, á las niñas de su pueblo, y en especial á Isabel, una chiquita delicada y sencilla como un lirio del valle, á quien había enamorado y á la que había ofrecido escribir todas las semanas, al llegar á París, sin haberle cumplido una sola vez su palabra. Pensaba que no había vuelto á estudiar medicina, y que en sus cartas hacía creer á su familia que vivía en los hospitales y sobre los libros, que se había hecho aumentar su pensión á 600 francos, fingiendo tener cursos preparatorios con nuevos profesores, y que apesar de eso, pasaba trabajos por la falta de dinero, y comenzaba á contraer deudas y á hacerse sospechoso al corresponsal por sus pedidos. Recordaba los consejos de su buena madre, proponiéndose ser más fuerte y tener voluntad para vencerse en sus tendencias al placer; pero al ver á Marieta con su bello cuerpo gracil y erguido, irresistible en su humilde traje campestre, con su donaire voluptuoso, que marchaba delante silenciosa y enojada, un martirio infinito le

oprimía el alma, y tuvo ganas dc correr, de alcanzarla, de arrojarse á sus pies, y decirla que sí, que sería su esposo, su esclavo, todo lo que élla quisiera hacer de él, pero que no lo abandonase, que fuera misericordiosa con su pobre corazón; y un miedo repentino de perderla para siempre lo obligó á apresurar el paso para unirse á élla y pedirla perdón.

Cuando entraron al jardín en donde vagaba un intenso olor de resadá, Luciana, desde el balcón, al observar que Marieta había tirado con fuerza la reja y que Eduardo venía detrás, como sin querer llegar hasta élla, les gritó con una voz amable y burlona: ¿Cómo que han tenido su primera disputa los novios?...

Después de la comida no salieron, como acostumbraban, á dar una vuelta por el pueblo, temerosos de que una nube que amenazaba caer los empapase, ó los hiciese volver á la carrera. Marieta, empeñóse antes de comenzar una partida de *manilla*, en tirarse las cartas para saber qué cosas les auguraban, pero antes, para interesar á Luciana, que era mny supersticiosa, quiso tirárselas á Carlos, resultando, después de caer muchas cartas, entre las que se repetían la dama de corazón y el as de pic, que Carlos la engañaba con una rubia, Luciana se ponía colérica de ver siempre en el juego de su amigo la misma rubia, deseando saber si sería más bonita que ella, y todos reían ante ese ataque de

celos intempestivos. Tocó su vez á Eduardo, á quien nunca habían tirado las cartas, y que estaba esa noche silencioso, dominado por ideas sombrías, quizás porque Marieta no había hecho enteramente las paces. En su juego todo fué negro; casi todos los pics, y las peores cartas de la baraja, el valet de trefel, le anunciaba también desgracias. El aullido lúgubre de un perro se dejó oir del lado fuera, impresionando de tal modo á Marieta, que abrazó á su amigo, llena de miedo, recordando que la noche anterior había soñado con serpientes. Y Eduardo, dichoso de volverla á tener á su lado, amorosa y complaciente, después de sus dudas y tormentos, se entregó á ella para hacerla olvidar la escena de la tarde, con toda la pasión que corría por su impetuosa sangre de meridional.

El día amaneció muy bello; la lluvia tibia que había caído por la noche, había refrescado la atmósfera, y el viento del Norte soplaba con fuerza, alejando algunas nubes pesadas que se habían quedado rezagadas, aisladas, en medio del cielo azul. Dos birlochos algo viejos y derrengados, de ruedas altas y fuertes, de esos que se alquilan en los campos para que los viajeros dirijan ellos mismos á su capricho, esperaban á la puerta, vigilados los caballos mansos y andariegos por un muchacho aldeano, de tez rosada, vestido de dril, y que daba vueltas entre las manos á su cachucha, mirando de tiempo en tiempo hacia la quinta que

mostraba sus ventanas sin balaustres, coronadas de enredaderas, en el fondo del jardín.

En el confín del oquedal aparecía un sol de otoño, grande y redondo, con una luz fortísima que dañaba la vista, y al descender las gradas de piedra de la entrada, Marieta lo mostraba á sus compañeros con aire de triunfo, mientras prendía claveles en los negros cabellos de Luciana y metía entre los ojales de su corpiño botones fragantes de rosas amarillas.

Montaron en los coches, tomando éllas las riendas, nerviosas y complacidas, y balanceando éllos las fustas para amenazar á los caballos, que cogieron, como conocedores del terreno, el sendero más ancho á la entrada del bosque, dejando atrás un surco continuo de las ruedas sobre la tierra recién húmeda, y en el aire el sonido armonioso de los cascabeles que se perdía poco á poco en el ambiente sereno de la campiña.

Al llegar á la arboleda del centro, en donde los álamos se yerguen majestuosos, y el camino sigue siempre plano, principiaron las bromas, alabando cada pareja su caballo como más brioso y más veloz, y picándose el amor propio, hasta que se cruzaron apuestas, fatigando las pobres bestias, no acostumbradas á semejantes atropellos, que corrían empapadas echando espuma, castigadas por el golpe incesante del látigo, entre los gritos coléricos que daba Marieta al sen-

tirse derrotada y las angustias de Luciana, que temía volcarse con los saltos del cabriolé.

Detuviéronse al fin en la granja que hacía de límite al bosque, y agasajados por los dueños, resolvieron quedarse allí á almorzar.

Sobre un árbol corpulento, á gran altura, había sido construido, como una enorme casa de palomas, un piso sólido y seguro, en donde preferían comer los visitantes, con una mesa para seis personas, sillas, un espejo, y hasta colgadores formados con cabezas de ciervos.

Subíase por una empinada escalera en espiral, presentándose un panorama sorprendente: el Marne con sus aguas muertas, se movía muy lejos, apenas envuelto en una luz glauca, reflejo de la verdura de los árboles, y de cada orilla, extendíase una fila de pueblos paralelos, construídos todos del mismo modo, con sus casas rojas y sus torres cónicas, entre inmensas planicies cultivadas, y rectas rayas de humo negro que de trecho en trecho brotaban de algunas chimeneas contrastando con el fondo azul del cielo y con el vaho blanquecino que, como aliento de las poblaciones, flotaba sutilmente sobre cada aldea.

Después del almuerzo, entre los últimos vasos de licor, hubo besos y risas, ternezas de corazones jóvenes, en medio á la purificante libertad del campo, sobre la elevada copa de un viejo roble. Al regresar en los birlochos derengados, no

hubo apuestas ni carreras, los caballos marchaban á su antojo con su pequeño trote de bestias de alquiler. Los hombres guiaban y éllas con las pupilas brillantes, recostadas sobre los hombros de sus amigos, regando distraídas flores silvestres sobre el suelo, entraron á casa, borrachas de sol y de amor.

V

La casa del señor Farigne, el corresponsal de Eduardo en la *rue Le Pelletier*, era, como todas las destinadas á almacenes y negocios al por mayor, expresamente construida y con las comodidades indispensables para el oficio. Una ancha puerta cochera conducía á un pasadizo, con su calzada y sus aceras para los de á pie, interrumpido por grandes patios, que servían de depósitos á las mercaderías, mientras se enviaban á su destinación, y cuyos techos eran de vidrio para evitar la lluvia, corriendo el agua en el estío incesantemente sobre los cristales inclinados, á fin de refrescar la atmósfera, pesada y asfixiante por la falta de aire. La oficina estaba en el primer piso, con sus puertas llenas de timbres, y era un constante ruido de campanillas, por los que entraban y salían.

A la derecha estaba la caja, con avisos sobre las horas de pago y recomendacio-

nes para la entrega del dinero, llena de empleados, que apenas daban á basto el último día de cada mes, en que llegaban las facturas y los cheques de plazo, el cobro de intereses y de deudas y otros réditos propios de las casas de banca y comisión. Al frente estaba el *bureau* del jefe, precedido de una antesala, seria y correcta, con pocos muebles, decorada con una tapicería oscura, con flores de lis, y que tenía una mesa larga en el centro, donde había bultos para escribir, plumas y tinta, periódicos de la Bolsa, guías de vapores y de ferrocarriles. En el extremo, un portero de uniforme, estaba de pie, cerca á la entrada del escritorio, yendo y viniendo con tarjetas y recomendaciones de los solicitantes. El señor Farigne, aunque ya muy rico, tenía el hábito del trabajo, y era tan exacto en sus horas de oficina como el último de sus empleados. Había vivido algunos años en la América del Sur, sobre todo en la Argentina y en Venezuela, en donde comenzó su fortuna con unos contratos de vapores fluviales para la navegación del Plata y del Orinoco, protegido por los gobiernos de ambas repúblicas, y con los cuales se enriquecieron también unos cuantos ministros que entraron en la especulación, y aunque hacía muchos años que no regresaba á esos países, se interesaba en las cosas que pasaban por allá, hablando con entusiasmo de sus grandes fuentes de riquezas naturales y de la hidalguía de

sus habitantes. En su salón se discutía siempre sobre la América, y en sus fiestas de familia nunca faltaron amigos y personajes americanos. Esa mañana se encontraban allí algunos de ellos que, en tanto que llenaban las formalidades para recibir el dinero, charlaban sobre la próxima reunión del Congreso y sobre los planes de guerra que forjaban los del partido caído, para llegar al poder. El más apasionado era un joven flaco y amarillo, bilioso, que había venido á tomar las aguas de Vichy, y que, después de dos meses, todavía no había encontrado hora de dejar á París, yendo todas las noches al Moulin Rouge á ver bailar el *schotisch* y el *cán cán*; discutía con el doctor Ortega, un viejo abogado, pequeño de cuerpo, que tenía un movimiento nervioso en la nariz, hacia un lado, como si fuese á estornudar. El viejo este, clerical empedernido y moralista, que atacaba la inmigración y la instrucción como progresos que dan origen á la impiedad en el pueblo, no se le había ocurrido ir una sola vez á misa desde su llegada, y pasaba las noches en los cabarets de Montmartre, con el consuelo, sin embargo, de que al volver á su país echaría todas sus suciedades en un confesionario, al oído poco escrupuloso de un cura amigo; y así estaba contento porque, aunque es cierto que no entraba en sus hábitos lavarse con frecuencia el cuerpo, lograba al menos llevar por dentro limpia la cabeza.

El señor Farigne estaba esa mañana algo contrariado. - «¿Ha avisado usted al joven Doria de venir á verme?...» — preguntó con esa voz suave del que está acostumbrado á ser obedecido, á un amanuense, que desde la entrada del patrón se volvía todo ojos tratando de adivinar lo que éste podía necesitar.— «Sí, señor, esta mañana temprano ha debido recibir mi carta, no quise ponerle un telegrama para no alarmarlo.

—¿Sucede algo de nuevo?...—preguntó el abogado.— «Sí; malas noticias para este pobre joven. Su padre, un gran amigo, murió en mis brazos en nuestra última excursión á la Guayana, y ahora, quince años después, me toca á mí anunciarle la muerte de la madre.»—El antiguo explorador quedóse pensativo, como recordando aquellos tiempos tan lejos ya, cuando en su afán de riqueza, cansado de vejetar como empleado en una aduana francesa, salió una tarde en una barca de Marsella, con viento hacia la América, en busca de fortuna. Cuántos trabajos inútilmente bajo aquel clima traidor de la Guayana, respirando la muerte, abrasado por un sol de fuego, pero con una sed insaciable de oro, abriendo la tierra, y creyendo encontrar en cada zanja, como el maná por tantos siglos deseado, la beta aurífera, inagotable é infinita como su ambición. Vanos esfuerzos, hasta que al fin deshecha la salud, tiritando de fiebre huyó á Caracas, y de allí pasó á Buenos Aires pa-

ra hacerse millonario, cuando menos lo pensaba, sin trabajos de ningún género, viviendo cómodamente en un buen hotel. La fortuna no viene á quien la llama, pensaba; cada vez que en las minas trabajaba por cuenta de la Compañía, como jefe de sección, encontraba filones de oro, de donde la empresa sacaba fortunas colosales; cada vez que se iba por su cuenta, con una cuadrilla de peones, el vientre de la tierra se hacía estéril, y la roca dura é inservible respondía al golpe seco de las picas, quedando al fin los zapadores extenuados, con los rostros sudorientos sobre la tierra movida, sin atreverse á desistir, llenos de esperanzas, seguros de que algunos metros más abajo estaba el deseado tesoro que los haría regresar felices para siempre á las soñadas costas de Francia.

Mientras tanto, el bilioso bañista de Vichy y el viejo moralista lúbrico, bajaban las escaleras enceradas del almacén, con nuevos billetes de banco en los bolsillos, debilitados de la orgía de la noche anterior, en la que el abogado solterón, había, medio beodo, cantado canciones lascivas en español, entre las burlas de los *garçones* y las risas argentinas de las muchachas alegres, que encontraban bestia aquel extranjero de aire jesuítico, de traje algo sucio y de tez carrasposa.

Desde la escena bajo los tilos había guardado Eduardo remordimientos de conciencia, y ahora, que estaba de regreso á su tranquilo cuarto de estudiante, meditaba, afligido, en su porvenir, pensando en la familia y comparando sus ideas actuales con las que había traído de su pueblo, perfumadas con la honestidad y el buen ejemplo de sus mayores. Había comenzado á estudiar y á visitar los anfiteatros de anatomía, para preparar su primer examen, pues debido á la influencia del ministro de su país, había logrado que le perdonasen las pruebas del Bachillerato; y estaba dispuesto además á romper con su amiga, buscando un pretexto saliendo fuera de París, para olvidarla más pronto, contemplando nuevas ciudades y nuevos paisajes. Pero Marieta, que observaba que algo extraño pasaba por el cerebro de su amante, por sus largos silencios en que se quedaba con los ojos muy abiertos, mirando fijamente un mueble cualquiera, por sus conversacionos evasivas en cuanto ella le hablaba de sus proyectos para el invierno, por una infinidad de detalles que á ella, refinada y suspicaz en las lides del amor, no se le escapaban, preparábase también á la lucha, segura de vencer.

—«Él me ama, yo soy la más fuerte» —se decía—y cada día hacíase más cuidadosa en su *toilette*, más extremosa en sus caricias, enloqueciéndolo con su coquetería y haciendo por todas partes

triunfar la elegancia de sus formas, y el esplendor de su belleza.

Eduardo, sin embargo, se hacía también más fuerte, releyendo las cartas de sus parientes, colocando sobre la mesa el retrato de su buena madre, y escribiendo con más frecuencia para su pueblo, á fin de estar en más intimidad con su pasado, en más contacto con sus recuerdos, insistiendo al propio tiempo en su viaje á Londres, bajo pretexto de haber sido llamado por D. Diego Hernández para asuntos importantes. Su deseo era acabar de una vez, sin reflexionar, por un acto de suprema voluntad, con aquel abismo de voluptuosidad hacia donde se sentía fatalmente arrastrado, comprendiendo que si no era vencedor, estaba perdido. Y sabía que la amaba, que sufriría lejos de ella, que las primeras horas de ausencia iban á ser eternas para su alma, llenas de sufrimientos y de martirios, mucho más desde que los celos comenzaban á quitarle la calma.

Creía encontrarla indiferente y sentía una sorda cólera mal disimulada, cuando ella le relataba con entusiasmo sus viajes por Suiza é Italia, en pleno invierno, atravesando las montañas blancas, como gigantescos bloques de sal, en donde un sol muy triste refractaba sus rayos entre colores de iris, como visto con un gran espejo, y el tren marchaba leguas enteras, todo rodeado de nieve, como en un inmenso lago de leche, pareciendo el horizonte muy cerca, fácil de

agarrar con sólo extender la mar o fuera de la ventanilla del vagón. O le explicaba su nostalgia en Venecia, en aquella ciudad dormida, silenciosa como un cementerio, que el agua muerta de los canales y la indolencia de sus góndolas hacían más lúgubres y en donde ella había vivido suspirando por París, su París delicioso y único, fuera del cual, todo era triste y todo era feo. Eduardo, enardecido, ni la escuchaba, pensando que en ese largo viaje ella no estaba sola, y que al hablar de eso tenía que pensar en el otro. Ese otro, que lo ponía de mal humor, y que penetraba en su corazón como una afilada punta, torturándolo y fastidiándolo dolorosamente. Cada vez que Marieta se entretenía en hablarle de su pasado, poníase sombrío, contestando á sus preguntas con brusquedades y malas crianzas á las que ella no estaba acostumbrada, siguiéndose escenas desagradables para ambos, en que él salía tratado de inculto y mal educado, y en que ella, con su cara muy seria, se retiraba á un rincón á hacer como que leía, esperando que su amigo viniese humildemente á suplicar la paz, á pedirle perdón, ofreciendo dominar sus momentos de rabia y de despecho, perdón que le otorgaba á condición de que cumpliese su promesa. Por fin un día él le suplicó que no la hablase nunca de su pasado, porque esas cosas le hacían mucho daño á su espíritu, y ella reía, contenta de verle celoso, comprendiendo ahora

sus asperezas y sus ideas negras, y repitiéndole al oído entre besos y caricias, abandonada voluptuosamente al presente, sin una sola sombra de ese pasado que él odiaba, y que ella también hubiera querido borrar para siempre, á fin de amarlo sin malicia y sin comparaciones.

—¡Oh!... Qué niño eres. Y cuánto te amo!...

En su inmenso amor por Marieta, él iba tomando, sin sospecharlo, todos sus gestos, todos sus movimientos, viéndose á veces de tal modo penetrado del aspecto exterior de su querida, que estando solo, se creía estar con ella, y por la calle entablaba conversaciones consigo mismo, haciendo coqueteos con la boca y la cabeza, como si su amiga marchase con él, confundidos los dos en un mismo cuerpo. Y sin embargo, en aquella pasión carnal que sentía por Marieta existía una inexplicable onda de castidad, él se engañaba voluntariamente á sí mismo, y la veía pura, virginal, como á la más candorosa de las novias.

Cuando Eduardo Doria salió de la casa del corresponsal, llevaba un peso enorme en la cabeza, los ojos inyectados, y la mirada extraviada, vacilante, sin saber por dónde marchaba, ni qué hacía. Cogió por los grandes boulevares, y descendió á toda prisa, nervioso y agitado, tropezando con los transeuntes, y corriendo hacia donde había más gente,

hasta llegar extenuado á la Plaza de la República. Siempre que había sufrido una gran desgracia, la primera idea que se agitaba amenazadora en su cerebro era la del suicidio. Protestar contra las leyes de la naturaleza, rompiendo para siempre con la vida. Era un grito rebelde contra el dolor, un temor al sufrimiento, que lo dominaba, encerrándole en un círculo egoista, y haciéndolo gritar fuera de sí: «Yo no quiero sufrir.» A pesar de que el Sr. Farigne lo había prevenido con todas las precauciones de que puede rodearse un hombre inteligente, el golpe había sido seco, porque Eduardo, desde las primeras palabras, lo había comprendido todo, y ahora que su cabeza ardía, encontraba estúpido que pretendieran engañarlo como á un niño. Su primer momento de dolor, fué rabioso, con cólera contra la Providencia ó lo que fuese, que envía las criaturas á la tierra para hacerlas padecer, ocupación que encontraba poco digna de un Dios. Una confusión de doctrinas y de ideas venían á embrollarse en su cerebro extraviado, mientras corría por las calles, atropellado por los carruajes, seguido á veces por miradas curiosas que lo encontraban raro. «¿Es un castigo para mí? ¿Y por qué? Suponiendo que yo fuese culpable de algo, ¿debo yo adorar á un Dios vengativo, con pasiones pequeñas, de hombre cruel, que no me concede siquiera el derecho de defenderme? Y élla, la pobre viejecita, tan creyente, tan buena

con todos, incapaz de desear mal á nadie, que pasaba su tiempo haciendo caridad, ¿de qué la acusaban? ¿No es cruel, no es horrible, verse morir en una cama, dejando tras de sí sus afectos, los seres queridos abandonados para siempre, en una lucha en que el dolor y la injusticia salen siempre triunfantes? Está bien; si somos los más débiles, debemos por lo menos protestar contra esa fuerza desconocida y pensante, que nos ha echado al mundo condenados al sufrimiento, y que sabiéndolo preveer todo, con el abuso despótico del más fuerte, nos destroza el alma como el más despreciable de los sicarios.» Está bien que se nos diga que es una lucha desigual entre el Mal y la Debilidad, entre la Fuerza y el Esclavo, pero que no se pretenda hacer sagrada una teoría que tiene como base el eterno camino de lágrimas por donde se perpetúa la humanidad, como ley, el temor á la fuerza suprema, como ideal, la mezquina recompensa póstuma después de una vida de miserias y de humillaciones.

Eduardo subió tristemente la escalera de su casa, paso á paso, agarrado á la baranda, como sino pudiese con su cuerpo. Tuvo necesidad de detenerse en el primer descanso, con los ojos muy abiertos, y en la frente un surco sombrío de desesperado. Al dejar de oir el ruido de la calle comenzó á darse cuenta de la horrible realidad, y las lágrimas empañaron sus ojos, que de coléricos habíanse tornado en dulces y vagos.

Al llegar á su cuarto, Lagrange, que lo esperaba lleno de angustias, le tendió sus brazos fraternales, y él se arrojó en éllos, encontrando al fin alguien que pudiese comprender su pena, y estalló en sollozos, sollozos de un indecible desconsuelo, sin reflexiones y sin vituperios, nobles y espontáneos, y murmurando sobre el pecho varonil de su amigo palabras tales de honda amargura, que Carlos no pudo impedirse de llorar, removiendo todas sus tristezas pasadas, y enviando nuevos recuerdos aflictivos sobre las tumbas solitarias de sus padres.

Marieta había esperado discretamente que pasara el primer encuentro entre los dos amigos, pero desde una hora antes miraba por el balcón, nerviosa y llena de miedo, temiendo no le sucediese algo al saber la noticia imprevista; él, que esa misma mañana le había hablado con amor de su madre adorada; comenzaba ya á impacientarse, deseando que Lagrange saliese á buscarlo, cuando entró Eduardo, y ella se escurrió sin ser vista al cuarto contiguo. Cuando él la vió aparecer toda vestida de negro, emocionada y pudiendo apenas contener sus lágrimas, tuvo un segundo acceso de dolor, y ella, sentada á su lado, le besaba las manos tiernamente y le suplicaba se calmase, por su salud, con su voz mimosa, como quien consuela á un niño, pasándole sus manos blancas y elegantes por la ardorosa frente. Después, fatiga-

do, con los párpados hinchados y las mejillas enrojecidas, en medio de un prolongado silencio que nadie osaba interrumpir, él recostó su cabeza ardiente sobre el seno de su amiga, experimentando un gran alivio físico, quedóse dormido escuchando el tic tac cadencioso de su corazón, sin que ella hiciese un sólo movimiento, siguiendo atentamente su respiración entrecortada, mientras Lagrange en la mesa más próxima, leía algunas páginas admirables de la *Filosofía Natural.*

Fué todo un largo mes de tristezas. Las primeras cartas recibidas del tío Fermín, llenas de detalles sobre la enfermedad. La pobre señora en sus últimos días, no pensaba sino en su hijo, deseando tenerlo á su lado, y llamándolo en sus momentos de delirio, ó cuando después de un largo sopor, la morfina le permitía darse cuenta de su estado, calculando el número de leguas que los separaba, siguiendo pensativa el vasto Océano, y murmurando entre sus labios rígidos y secos, delgados y amarillentos como un papel. «Imposible». «No llegaré á tiempo». La habían hecho creer que su hijo vendría, y en efecto el tío pretendió llamarlo, pero los médicos le aseguraron que la enferma no viviría más de seis días. ¡Oh! ¡Qué de martirios en aquella pobre casa durante dos semanas! Su única hermana, casada con un ingeniero, que vivía en el interior del país, vino volando al pueblo á ayudar morir á la madre.

Las conversaciones en voz baja, á escondidas, entrecortadas con gemidos y crisis de nervios, para volver aparentando tranquilidad á la estancia infestada con los olores de los medicamentos, que en la ventana se alineaban en frascos y botellas, á medio comenzar, en donde se descubrían las vacilaciones de los médicos que ya no sabían qué cosa prescribir para complacer á la familia. Y después, el día de la muerte, un domingo, en la madrugda, la brisa del mar había refrescado la atmósfera, la casa estaba llena de gente, y la pobre viejecita se extinguió como una luz, sin fuerzas para morir, hasta el último instante en que abrió los ojos, inmóviles ya como de vidrios, y se fué, bañado el rostro por las lágrimas de su hija, y apretando convulsivamente la mano del tío Fermín, que le dijo, sollozando, con su voz seca y fuerte: «¡Hasta mañana!» Y el día siguiente, el entierro, al cual asistió todo el pueblo, conduciendo en hombros el féretro, hundido entre flores todas blancas ó moradas, como se estila por allá. Y luego, la inmensa casa solariega, con sus grandes sótanos y sus fuertes muros de piedra, que parecía haber quedado desierta con la eterna ausencia de la anciana que la había habitado durante tantos años.

Eduardo desesperábase al leer todas las noticias que de su pueblo recibía. Cómo hubiera deseado estar allí, al lado de su madrecita; vivir con ella sus últi-

mos instantes, tener su parte íntegra de dolor, haber visto y sentido todo lo ocurrido; mientras que ahora era un pesar imaginativo, una escena de tragedia, formada á su capricho, como leída en un libro, y vivida más en los recuerdos de su infancia que en las tristezas del presente. Recordaba las malas acciones, sus desobediencias de cuando era niño, los momentos desagradables que la había hecho pasar. Un día, que huyó de la escuela con otros compañeros de su edad, y se fueron á la montaña á matar garzas, y á bañarse en el agua fría del arroyo, que caía desde lo alto, formando encajes de espumas, y conversando cosas melodiosas. Ya entrada la noche, cuando comenzaban á encender los faroles y la campana de la iglesia llamaba á la salve, volvió á su casa todo lleno de lodo, desgreñado y pálido, y con una fiebre muy fuerte que puso su vida en peligro. Su madre había llorado loca de angustia, sin saber su paradero. Lo recibió con enojo, pero al verlo enfermo, olvidó todo para cuidarlo y mimarlo como al más obediente de los hijos. Y aquella otra vez, cuando élla por hacerle un gran regalo, le había comprado un bulto para meter sus libros, hecho con cordones morados, y que tenía una gran asa para llevarlo en el brazo, y él lo lanzó furioso, diciendo que eso sólo lo usaban las mujeres. ¡Oh! si hubiera sabido en aquel tiempo que las madres también morían, cómo nun-

ca le habría causado el menor pesar á la suya, y hubiera vivido de rodillas, contemplándola y amándola por los días aciagos en que ya no la poseyese más.

Recordaba el cementerio del pueblo, en plena campiña, donde su madre lo conducía los días de fiesta, después de la misa; y volvía á ver el jardín de su padre, los hermosos rosales rodeados de agua para impedir que los bachacos los destruyesen; las dalias, inclinadas perezosamente sobre los tallos, como con tedio de vivir, los dos sauces silenciosos, que dejaban caer sus frondosas ramas sobre la tumba, coronada con una cruz de hierro con puntas doradas. Y se veía de regreso por el camino del cerro, sin pensar en nada, corriendo inocentemente tras las mariposas, y deteniéndose desde lo alto á esperar á su madre que subía muy despacio, reflexiva y triste, con profundas amarguras en el rostro, pero con el consuelo de poder ir á *visitarlo* cada domingo, llevándole siempre flores, muchas flores, malabares y jazmines, lirios y heliotropos, las que poseyesen más aromas para que *él* no quedase luego tan abandonado.

Por las noches, al acostarse, en la oscuridad, se imaginaba el cadáver de su madre con los miembros rígidos y yerta aquella santa cabeza que él tantas veces había besado. Creía ser él también un cadáver, y permanecía inmóvil sobre la cama, sin atreverse á hacer ningún movimiento, y conteniendo la respiración

como si estuviese muerto. Por la mañana al abrir los ojos, sorprendido por la claridad del alba que atravesaba con un tinte azulado las cortinas de la alcoba, parecía ver huir en el aire, como una gasa vaporosa, la sombra de su madre que había obtenido en las regiones eternas el permiso de ver á su hijo, en recompensa de esas largas horas de ausencia en que tanto lo había deseado.

VI

Algunos meses después, pasado ya el invierno riguroso de ese año, en que el Sena se había helado y necesariamente habíase suspendido el tráfico de los vaporcitos que como grandes peces lo cruzan, ligeros y graciosos, Eduardo, todavía algo impresionado con su desgracia, y fastidiado de la vida de estudiante en el Barrio Latino, que encontraba estúpida desde el momento en que había decidido no engañarse por más tiempo y abandonar la medicina, profesión, como él decía, indigna de un artista, había alquilado un departamento del lado del Bosque de Boloña, casi en las fortificaciones, para llevar una vida campestre en medio de la cultura y el refinamiento de París, y fortificar así su alma, que él sentía en un peligroso período de transición.

En efecto, después de la muerte de la

madre, su manera de raciocinar y de entender el objeto de la vida había cambiado por completo. Todas sus dudas y vacilaciones se transformaban, y en el fondo de su sér germinaba, como una nueva planta, otro *yo*, algo degenerado en sus ideas y sentimientos, un escéptico á su manera, creyendo en Dios y en el alma, pero no en las felicidades del otro mundo, y mucho menos en que ese ideal supremo que él entendía por Dios se entrometiese en las cosas de la tierra, ni como protector ni como vengador de los humanos. Hecho el mundo, sin objeto alguno, el hombre, como la planta, como el mineral, están sometidos á las mismas leyes en la evolución del tiempo. Con el fin de la vida, que es solamente un movimiento, la materia no perece, se transforma; y esa fuerza que él entendía por alma, y que poseen en la misma esencia, pero en diversos grados de perfección el hombre, el animal y el vegetal, tampoco perece; sigue su transformación hacia el supremo ideal, pero sin conservar ni sensaciones, ni ideas, ni memoria, ni voluntad, cosas todas que no pueden existir sino en contacto íntimo con la materia. Es un absurdo creer que los muertos recuerdan, ó sufren, ó gozan. Para darnos una idea exacta de lo que seremos después de muertos, no tenemos sino que pensar que hemos pasado á través de los siglos en la muerte, y que, por consiguiente, no es ese un misterio para nos-

otros. En aquel tiempo, ¿sufríamos, gozábamos, recordábamos? No. Luego entonces, ¿por qué ese temor pueril á un estado que nos es más conocido que la vida? La muerte es nuestro estado natural; la vida es lo anormal, lo misterioso, lo ilógico. Que cada cual se rodee de toda la poesía que desee; las religiones y sus ideales son detalles sin importancia, que no han de revelarnos nada en el misterio de la existencia y que no merecen discutirse, porque todas tienen como base lo que exista más allá de la tumba. Pensemos solamente en el enigma de la vida, en esa santa unión de la materia y de la fuerza, que es la que engendra todos los dolores, y la única que puede mostrarnos todos los placeres.

Habíase entregado á leer filosofía, prefiriendo los autores alemanes; pero una vez conocidas las diferentes teorías antiguas y modernas, formóse una más enfermiza que las ótras, sin dar mucha importancia á las divagaciones, y con el deseo de llevarla á la práctica. La manera de esperar la muerte era su mayor preocupación. La juventud es la vida; desde que comienzan la vejez y las enfermedades, ya no se vive, se espera la hora del tránsito, y nada más; y puesto que la verdadera vida no dura sino un instante, la época del placer y del amor, amemos y gocemos, que tiempo de sobra tendremos para pensar y padecer.

Sin embargo, Eduardo Doria era el menos egoísta de los hombres, y jamás llegó á su boca la copa del placer sin que quedasen en sus labios heces de amarguras desconocidas. El amor apasionado que sentía por Marieta, estaba siempre mezclado con tristezas y desengaños; y cuando después de esos instantes de suprema felicidad, en que ambos, como dos palomas, olvidaban el mundo, aislados y silenciosos, con las almas rebosantes de alegría, él abría la ventana, y allí, solos, acariciando con una mano los cabellos negros y sedosos de su amiga, entregábase á contemplar la obscuridad del bosque, imaginándose percibir voces lejanas que lo llamaban detrás de los árboles, espectros de sus dolores futuros que le hacían muecas y burlas para significarle que esa felicidad de poseerla era efímera y falaz, y que muy pronto el olvido y la separación vendrían diligentes á tocar á su puerta. Entonces la veía y la besaba dolorosamente, como á una futura muerta de su alma, que había de llevarse consigo un pedazo de esa juventud y de ese placer que en su filosofía representaba la verdadera existencia. Y ella, sin sospechar esos martirios ocultos, creyéndolo dichoso, sin una sombra de melancolía, respondía á sus besos con nuevos besos ardorosos, sonreída y deliciosamente voluptuosa. Luego lo traía hasta el piano, y él se entregaba á improvisar; sus dudas y sus nostalgias transformábanse en

arpegios y armonías, que terminaban por entristecerla, y Marieta respetaba sus pensamientos, y lo seguía, recostada en un rincón del salón, colocando sus pies chiquitos y nerviosos sobre un cogín azul, sin atreverse á interrumpirlo, pero sin prever que fuese ella la causa de esas tristezas no vividas. Eduardo pensaba, entre tanto, que con los nuevos amores desaparecen las virginidades de las impresiones, y que al extinguirse la última sensación, la vida es el hastío, como al reventar la última cuerda de una cítara, el instrumento se hace inútil. Esta criatura que yo amo tanto, tal vez mañana no tenga en mi alma reflejo alguno. Olvidarla es comenzar á morir con mi pasado. Ella, que me ha revelado una nueva vida, que ha hecho vibrar en mi sér células dormidas, cuya existencia yo nunca sospeché; ella, por quien yo he sufrido y amado, también está destinada á perecer en el incesante movimiento de las cosas. Y su alma lloraba en el piano las penas que han de venir. Al fin Marieta, de pie, detrás de él, le tapaba la boca con sus manos perfumadas, y Eduardo se las besaba como dos tesoros inestimables, temiendo que ese dolor del mañana no se aproximase á grandes pasos, y creyendo que cada beso impreso sobre su suave cutis, disminuían la cuenta de los que fatalmente le faltaban para llegar al del olvido y la separacion.

—Tú eres muy malo, le decía. ¿Por qué

tocas esas cosas tan tristes? Al oirte me imagino que estoy sola en un valle desierto, y que te he perdido para siempre. ¡Oh! si yo supiese, qué de cosas alegres te compondría para festejar nuestra felicidad y nuestro amor. Tócame algo de Manón. ¿Te acuerdas cuando tú me querías comer con los ojos, aquella noche en la Opera Cómica? ¡Qué raro! Y, sin embargo, algo extraño me decía que yo debía amarte. La noche siguiente volví á oir Carmen, y te busqué por todas partes. Yo me decía: pero qué torpe, cómo no piensa que yo podía estar aquí. ¡Qué extraño es todo éso!...

Entonces Eduardo, para distraerla, le tocaba el dúo del primer acto, cuando De Brieux invita á Manón á huir á París. Haciéndola reir, imaginándose escuchar á la joven provincial, vestida con su saya corta, que respondía al caballero, juntando las manos, como si la invitasen á ir al cielo: *¡A París!... ¡Tous les deux!...* Pero Eduardo no pensaba en Manón, pensaba en ella y la veía arriba en el palco, dejando fuera de la barandilla de *pelouche* muy rojo, su manecita bien guantada, y que él había deseado besar muchas veces. ¡Cuán cambiado se sentía en tan corto tiempo!... Si estaría destinado á no conocer que era feliz, sino cuando la felicidad había ya huído, por la comparación de las horas transcurridas. Esos recuerdos de sus primeros días de amor, le mortificaban. Eran sensaciones desaparecidas para siem-

pre, exhaladas por su alma, como la esencia odorífera de un ánfora, y ahora podía amar otras mujeres más bellas, más seducientes, pero ya no volvería á experimentar del mismo modo sus viejos deseos, sus primeros delirios de amor, cuando al llegar de su país, fascinado ante aquel brusco cambio entre su pobre aldea y la esplendente ciudad que llena el mundo con sus bellezas tentadoras, la vió, y la amó, apasionadamente, con los deliquios de un triste efebo ante una diosa pudorosa, sin atreverse á tocarla, creyendo fuese un sueño que aquella mujer deliciosa, vestida de seda, con joyas y oro sobre su cuerpo, llegase á ser toda suya. Y la había amado en esos primeros días con humildad, feliz de obedecerla como un esclavo, contemplándola por la noche horas enteras, mientras ella dormía como un niño, hundida la cabeza entre las almohadas, con su rostro sereno y conforme de quien no tiene conciencia de la vida.

—Y pensar que todas esas sensaciones han muerto ya para siempre en mi alma.

Los amigos de su pueblo lo envidiaban porque él vivía en París, sin darse cuenta de la gravedad que ese acto encierra para un degenerado hijo de europeos en un país exótico, que al encontrar su medio de acción, se desarrolla fatalmente y se dirige con pleno conocimiento de sí mismo hacia la muerte. ¿Y acaso no lle-

gará, dentro de algunos años, el día en que sea él quien los envidie, porque ellos seran los fuertes, los equilibrados, y poseerán todavía sus sensaciones vivas, sus deseos latentes? Ellos, los sanos de espíritu, robustecidos en el campo, con fe en la lucha, con la alegría de vivir para la familia y para la patria. El, joven de cuerpo y de salud, como ellos, pero llevando en su organismo los vicios de una raza no mezclada, será tal vez en esa época un desgraciado, que por haber vivido demasiado de prisa, ha agotado sus últimas células sensibles entre refinamientos intelectuales y deseos irrealizables. «Mi alma semejará entonces un hosco cementerio abandonado, poblado de cruces, con sus inmensas puertas cerradas, y sólo del lado fuera crecerá esa yerba estéril que nada logra marchitar. ¿Qué hacer entonces? ¿Hacia dónde buscar la calma?...»

Marieta habíase al fin dormido sobre el sofá, envuelta en una semi obscuridad rojiza que reflejaba la lámpara coronada de un gran *quinqué*, en el centro del salón. Y Eduardo continuaba insensiblemente tocando cosas tristes en su piano, dando formas á esos escépticos pensamientos de su cerebro, sin atreverse á contemplar desde el balcón la soledad del bosque, temeroso de escuchar todavía detrás de los árboles los espectros desesperantes de sus dolores futuros.

LA TRISTEZA VOLUPTUOSA

SEGUNDA PARTE

Fué una pobre alma siempre atormentada, rodeada de dolores y de ensueños voluptuosos.

I

Era el 6 de Junio, y Longchamps, como todos los años, ofrecía al extranjero un espectáculo maravilloso. Se corría el *Grand Prix*, doscientos mil francos para el caballo que llegase primero en la tercera carrera, y era ese un día en que el lujo y la elegancia de la gente rica se mostraban muy exigentes. En las tribunas ya no había más sitios, repletas hasta la arena, en donde hombres y mujeres, montados sobre sillas, observaban con largos anteojos, llenos de emoción, aguardando el momento de la lucha. Un sol abrasador quemaba el suelo, y la atmósfera se hacía pesada; las sombrillas, los abanicos y los pañuelos no descansaban. En la tribuna del centro se esperaba la llegada del Presidente de la República y de los ministros, con el aparato militar de estilo. Una larga fila de coraceros custodiaba la entrada,

con sus cascos brillantes, de donde salían gruesos mechones de cabellos negros, que caían sobre las espaldas atléticas de los soldados, dándoles un aspecto romanesco de héroes invencibles. Era allí en donde las mujeres del gran tono lucían sus exquisitas *toilettes*, refinamientos costosísimos, obras maestras de las grandes modistas. La nobleza se disputaba esa tarde en riqueza y elegancia con las artistas y las *demi-mondaines*, y eran siempre ellas las que salían vencedoras, calificando á todas las otras, é imponiendo la moda con sus trajes caprichosos de amorosas refinadas.

Un suave aroma de lilas vagaba sobre el campo, como un hálito sensual de juventud y primavera. El cielo estaba intensamente azul. Y abajo, en la inmensa *pelouse*, medio millón de almas vibraba y se movía como una tormentosa ola humana, yendo y viniendo, con lápices y periódicos, tomando notas y consejos sobre cada carrera, dirigiendo miradas de impaciencia hacia el poste central, en donde debían aparecer los números de los caballos y los nombres de los *jockeys*. La multitud deseaba la hora del azar. La pista, ancha y limpia, cubierta de yerbas, perdíase de uno y otro lado, en figura de elipse, y el musgo era todo verde, ligeramente humedecido para suavizar el calor, pareciendo á la distancia todo salpicado de oro por los rayos del sol. En la sombra, bajo el ropaje lujurioso de los árboles, los curiosos,

los que no venían en busca de emoción ni de dinero, gozaban de una tarde excepcional en que aquel campo poético y deshabitado habíase transformado repentinamente en una ciudad populosa.

Los forasteros se distinguián por el aspecto de asombro ó de curiosidad que se revelaba en todos sus movimientos, y los ingleses en particular eran los más fervorosos visitantes en ese día. Amantes del *sport*, venían esde Londres á discutir la superioridad de sus caballos, aunque hacía ya algunos años que no lograban ganar el premio; sin embargo, apostaban por el honor de sus razas, por espíritu de disciplina y de orgullo británico. Los vendedores de billetes no podían atender á todos los pedidos, y en las taquillas permanecían centenares de personas, unas detrás de otras, haciendo cola, sin poder adelantarse hasta las ventanillas, furiosas y vociferando contra la impericia de los empleados, que, sin embargo, eran maestros en el arte de sellar cartones y despachar compradores. Cerca á la reja de salida estaban agrupados, como abejas en una colmena, los que solicitan los últimos datos y las impresiones de los caballericeros, variando sus juegos al saber que tal caballo había dormido mal, ó que tal otro en la prueba de la mañana había corrido admirablemente y estaba en toda forma.

De repente, del lado en donde los caballos de las apuestas paseaban, envueltos en grandes mantas, para evitar que

se enfriasen y tenerlos siempre fogosos, conducidos paso á paso por los muchachos del oficio, corrían hombres, como alocados, atropellando á todo el mundo, y dando gritos para prevenir á los que esperaban del otro lado de la pista, diciéndoles con claves y signos los caballos que iban á ganar; y los otros, con los rostros desfigurados, echaban á correr á su vez hacia las taquillas de venta, como si ya sintiesen entre las manos las ganancias que creían seguras. Era un delirio de esperanzas y de deseos ocultos, en que cada uno se veía de regreso con los bolsillos repletos de billetes de banco y de luises de oro.

Las dos primeras carreras pasaron sin interés alguno, muy de prisa, como para cumplir el programa, y al fin, un murmullo general semejante á un lejano trueno sordo se dejó oir en la extensa planicie. El sol había bajado un poco, y la brisa comenzaba á soplar del oeste. En la tribuna del centro, las apuestas particulares se hacían exajeradas entre los amos y partidarios de cada favorito. Los caballos saltaban á la pista elegantemente, haciendo cabriolas y coqueteos, reconocidos por los colores de los *jockeys*, y el público, por el impulso de la salida, se daba cuenta de la fuerza de cada contendor. El *starter* bajó la bandera, y los catorce aspirantes desaparecieron en un pelotón, en medio á un silencio glacial. Los hombres fumaban sus cigarros nerviosamente, las mujeres agitaban sus

sombrillas cerradas dando golpecitos sobre las sillas, y los que tenían anteojos no quitaban la visual del pelotón, que se veía muy lejos como una masa informe en movimiento, entre el ramaje desmayado de los árboles, sobre la menuda alfombra que formaba el cesped. Por la primera vez pasaron los caballos delante de las tribunas, los favoritos iban prudentemente en segundo término, los que tenían menos probabilidades, pretendían, adelantándose, ganar distancia á la llegada. *My Queen*, una yegua alazana inglesa, llevaba cincuenta metros de ventaja, seguida de cerca por *Le Nestle* que le hacía el juego para fatigarla; los ingleses gritaron: ¡hurra! para animar al *jockey*, y los otros caballos comenzaron á acortar sigilosamente las distancias. *¡Derobé!* gritaron miles de voces al unísono, grito, que fué seguido de discusiones y de palabras fuertes. *Merlín*, el segundo favorito, se había caído, tirando fuera al ginete y corriendo á escape desensillado en otra dirección. Desde ese instante los pechos se ensancharon, y todas las arterias latieron con más fuerzas; faltaban apenas cuatrocientos metros para llegar al *poteau*. Las gentes de los anteojos gritaron emocionadas, señalando los que iban á la cabeza. Al llegar á la línea recta un intenso escalofrío se apoderó de todos los seres, y todos daban gritos, accionando con los sombreros y con los bastones, de una manera grotesca, con las órbitas ensan-

chadas y los ojos inyectados, como en un paroxismo general; pero la lucha se había entablado decididamente entre *Yanthis*, el favorito, y *Quickly* el favorito inglés, seguidos de *Omnium*, el *outsider* más dado por la prensa, del cual podía esperarse una sorpresa, que avanzaba con gran ímpetu, ganando terreno, en medio al más espantoso tumulto. Unos segundos todavía de máxima emoción. Los tres corceles volaban, incitados por el látigo, y los *jockeys* se inclinaban hacia adelante, apenas apoyados los pies en los estribos, pareciendo muñecos automáticos tirados por una cuerda para agitar las piernas y los brazos. Un estruendoso aplauso saludó á *Omnium* que había triunfado por medio cuerpo. El caballo continuó corriendo, perdiendo poco á poco el impulso, hasta detenerse, siempre entre los gritos entusiastas de la multitud, que veía vencer con el noble bruto al honor ecuestre de las razas francesas.

La tensión nerviosa calmábase en todo el campo, y la concurrencia se extendía por todas partes, cambiando impresiones, con esa laxitud espontánea que se apodera de las grandes masas humanas después de los grandes esfuerzos. La brisa del oeste seguía soplando, refrescando las pasiones y las iras taciturnas de las esperanzas desvanecidas y de los deseos no satisfechos, y ante la vista del público, la naturaleza imponía su misteriosa serenidad en la belleza silenciosa

de aquella clásica tarde de primavera.

En la *pelouse*, en un magnífico carruaje, frente á frente de la gran tribuna, desde donde se veía distintamente la elevada casucha de los jueces, estaba Eduardo Doria con una graciosísima cantante de los *Cafés-conciertos*, muy cortejada y alabada por todo París, y por la cual habían dado escándalos algunos jóvenes elegantes del gran mundo. Delgada y bien formada, con su talle flexible como un junco, Niní Florens era la gracia misma. En su cara vagaba incesantemente una sonrisa picaresca que era el tormento de los hombres que se le acercaban, y cuando reía de veras, sus dientes, blancos y pequeños, se asomaban maliciosos á una boca grande de labios rojos y sensuales. Contaba apenas veinte años, y sobre la escena parecía una muñeca, con sus trajes muy cortos, sus enormes sombreros extravagantes de plumas colosales y sus zapatitos de raso con grandes tacones. La fastidiaban entonces, haciéndola cantar canciones picantes, con una vocecita ligeramente ronca, que agradaba al oído, y al poco rato era ella la dueña del público, y daba saltos y hacía piruetas, dejando ver sus fondos de encajes vaporosos y sus ajustadas mallas color de carne. Burlábase cruelmente de sus adoradores, haciéndolos sufrir; complacida de verlos humillarse y suplicarle como á una reina. Cuando alguno de ellos se creía más seguro y llegaba hasta imaginarse que

lo amaba, Niní, escogiendo la noche en que su amigo estuviese más apasionado, loco de amor y de deseo, lo abandonaba por más ó menos tiempo, castigándolo, como ella decía, para que no fuese malo con su mujercita.

Aquel que le entregaba su corazón, lo recibía al fin destrozado, y la convalecencia era terrible y funesta para muchos. Su gran fama comenzó desde un drama en que fué ella la heroína. Un periodista, despechado por los desdenes de la cantante, se propuso vengarse escribiendo contra ella en varios periódicos. Niní, herida en su amor propio, y profundamente ofendida por las burlas que hacían de ella sus compañeras de bastidores, juró vengarse. Comenzó á ponerle buena cara y á sonreirse, y coqueteaba con él, fijándole sus ojos voluptuosos y electrizándolo con sus miradas de fuego. El periodista terminó por caer en la red hábilmente tendida por las manos de la artista, y al fin se entregó á ella, ébrio de pasión. Niní jugaba con su alma como una gatita mohina con un ratón; se fingió enamorada y después de obligarlo á hacer mil locuras, en un período de tres meses, una noche se fué de París, escribiéndole una carta, y enviándole los artículos en que él tan injustamente la había atacado. El joven le pidió perdón, la siguió, se arrastró á sus pies como un siervo, y pasados algunos días horribles, de pena infinita, viendo que el alma de su amiga era in-

flexible y que para él la vida sin ella sería un martirio, decidió darse la muerte, encontrándolo la portera una mañana, bañado en sangre y con el retrato de su insensible amada sobre el pecho. Esta tragedia, de la cual no conoció el público sino una parte, convirtió la linda cantante de la *Scala* y el *Alcázar d' Eté*, en una estrella de la escena. Sus salidas lo anunciaban grandes carteles que conducían por las calles más concurridas hombres vestidos todos iguales, con sombrero de copa y largos sobretodos, y sobre los boulevares se leía por las noches el nombre de Niní Florens en caracteres de fuego. Muchos habían quedado arruínados por causa suya, pero ella reía siempre, indiferente á todos los dolores como una estatua de mármol cuyas líneas de perfección engendrasen pasiones y delirios orgiásticos, fuentes de los más exquisitos refinamientos y de los más detestables desvaríos. Su secreto estaba en no amar, y su mayor placer consistía en hacer sufrir ó gozar á los hombres por su sólo capricho, manejando los sentimientos como una máquina con ayuda de mañas y resortes, por su sola voluntad de mujer hermosa.

Eduardo Doria había comenzado á derrochar una parte de su fortuna con la indomable y seductora cortesana. Tres años después de la muerte de su madre, su tío Fermín, viejo y achacoso, que no había logrado olvidar el gran pesar de esa desgracia, murió también, nombran-

do á su sobrino su único heredero, y dejándole cuatrocientos mil francos, fruto de un arduo trabajo de treinta años, llenos de privaciones y de sacrificios. Eduardo liquidó los negocios y se trajo para un Banco inglés casi todo el dinero, colocándolo de cualquier modo y gastando al propio tiempo el interés y el capital, sin preocuparse mayormente de si se disminuía ó no, dedicándose á hacer la vida de señor, viviendo con gran lujo y en los círculos más escogidos del París gastador, teniendo algunos amoríos y aventuras, hasta caer bajo las garras delicadas de Niní, á quien amaba rabiosamente, sin el menor asomo de idealismo, por sus encantos corporales, por sus trajes de seda, y los refinamientos de sus *toilettes* sobre la escena, en donde ella era la más fascinante y degenerada criatura.

Estaba sometido á sus caprichos y vivía lleno de miedo, previendo los dolores que le esperaban, sabiendo ya que no tendría fortaleza para decidirse á romper esos lazos indestructibles de la materia rebelada. Era un placer doloroso. Por un instante de suprema dicha, pasaba días enteros con el corazón acribillado á flechazos, y su amiga, de rato en rato, complacíase en hundir ó sacar las flechas de la herida, sometiéndolo á un perpetuo martirio que aumentaba gradualmente su pasión. Esa tarde misma, mientras en Longchamps la alegría y la esperanza se habían dado cita para

aquella espléndida fiesta del *sport*, en medio á la pureza conmovedora del campo, entre las últimas brisas primaverales, Eduardo había padecido cruentamente. Niní, de pie sobre los cojines del coche, no quitaba el anteojo de un grupo de *dandys* de las tribunas que igualmente la veían, y le hacían señales con mucho disimulo. Eduardo no osaba enojarse temiendo empeorar su situación, conociendo el carácter de su amiga, pero por su rostro pasaban sombras de cólera contenida, y su boca se contraía nerviosamente. Ella lo veía de soslayo, entre sus grandes y negras pestañas, comprendiendo todo lo que pasaba en su interior, pero con la curiosidad de ver si él se atrevería á protestar. La tarde había sido un martirio para él, y se sentía fatigado, extenuado de no poder desahogarse con alguien.

Al regresar, detuviéronse en el *Pavillon Chinois*, que está á la salida del Bosque de Boloña, como con los brazos abiertos para impedir á los paseantes entrar en él, y desde donde comienzan como misteriosas Vías sagradas las dos más bellas Avenidas que jamás pudo soñar el ingenio humano. Ocho filas de carruajes bajan y suben cómodamente entre árboles y jardines, entre hoteles y palacios suntuosos, hasta llegar á la Plaza de la Concordia, en donde el Obelisco pulcro y primoroso, colocado allí con verdadera coquetería femenil, preside el derrame incesante de los vehículos que

se dirigen hacia el París bullicioso y alegre, en donde laten las arterias vitales de la ciudad, ó por detrás, hacia el inmenso Jardín de las Tullerías, ó hacia los lados, para salir por la Magdalena ó por la Cámara de Diputados, que se contemplan desde lejos como dos cíclopes de piedras, llevando en la frente como aquellos de que nos habla la fábula, el templo, el ojo ciego de la fe, el palacio, el ojo luminoso de los derechos del pueblo.

En el *Pavillon Chinois*, como todos los días, había música. Los tziganos, de casacas rojas con franjas de plata, tocaban en sus violines danzas húngaras y rapsodias desconocidas que invitaban á estar tristes, pero la concurrencia, distraída con el movimiento y la vista del exterior, ni siquiera hacía atención al roce melancólico de los arcos sobre las cuerdas. Eduardo, sin embargo, meditó en cosas tristes, y el final de esa tarde fué cruel para su espíritu. «Cómo es posible?... Yo, rico y joven, rodeado de comodidades, no soy feliz.. Es tal vez el amor que me hace desgraciado, ó es el abuso de amar que me ha hecho inconforme. Si esta mujer fuese buena y amable, ya la habría olvidado, como ha pasado con las otras. En el fondo, sin amar es imposible la vida, pero siento que este tormento de cada nuevo amor, está matando mis sentimientos. Por qué no poder dominarme? Hay tanta gente que no ama en el mundo!»

Pero Eduardo Doria, á medida que

avanzaba en la vida refinada, se hacía más exigente en sus gustos y costumbres. Lo que años atrás constituía para él una felicidad, era hoy un placer baladí que lo dejaba en la más completa indiferencia. Vivía buscando nuevas sensaciones, pero éstas no permanecían en su organismo sino muy cortos días. Necesitaba que corriese siempre por su sangre una pasión fuerte que lo dominara y asediase sin descanso como á un enemigo que hay que perseguir y destruir. Y cosa extraña, cada mujer que había amado, desaparecía totalmente de sus recuerdos, sin dejar en su sér ni la sombra de una sensación. Cuando en las calles, en los paseos, se encontraba con alguna de sus antiguas pasiones, mujeres adoradas hasta la locura, en cuyas bocas había conocido la orgía de los besos, en cuyos cuerpos mórbidos y perfumados había aprendido nuevas estrofas para el poema inmortal del deseo y la caricia, no experimentaba la más pequeña emoción. Aquellas mujeres, una vez olvidadas, era como si jamás hubiesen existido, como si nunca hubiesen ocupado sitio alguno en su corazón, y quedaban para siempre borradas de su alma, sin siquiera dejar en su memoria el sabor nostálgico de los amores muertos.

En los meses de transición, en que pasaba de un amor á otro, meses de absoluta tranquilidad, en que el olvido, como un bálsamo reconfortante, había restañado todas sus heridas, y en que él se

entregaba á leer filosofías, el tedio de la vida lo dominaba, encontraba la existencia sin objeto ni razón de ser, y hasta dudaba de la realidad, imaginándose cosas raras, delirios é impresiones de bebedores de éter y de láudano. «Será verdad que yo existo—se preguntaba—ó pasará con las almas lo que sucede con la luz de las estrellas? Ese astro que envía su luz á la tierra y que emplea tantos años para llegar hasta nosotros, podría no ocupar sitio alguno en el espacio desde hace muchos siglos, y á nosotros nos parece que existe realmente, allí, visible ante nuestros ojos y nuestros telescopios, sin embargo, todo es una ilusión de los sentidos. Qué de extraño tendría que mi alma esté muerta desde años atrás, y que yo crea vivir, cuando únicamente estoy recordando lo que aconteció en mi vida efectiva y real de los siglos pasados?...» Y entonces era necesario recomenzar, buscar otra mujer á quien amar, á quien entregarse para no sentir el peso de la vida, echarse entre sus brazos como un náufrago sobre una barca salvadora, sin preguntar quién la dirige, ni adónde va, ni por qué marcha. «Es la enemiga de la muerte, y voy con ella hacia la vida —se decía—sobre su seno encontraré de nuevo néctar para soportar el mundo, en sus labios comprenderé que sí existo y que no sueño.» Había probado dormir sus instintos despertándose nuevas pasiones, pero todo fué en vano. El des-

precio profundo que sentía por el dinero lo hizo no ser jugador. Encontraba estúpido que los hombres se embriagasen, pues que del licor no viene sino la tristeza, el embrutecimiento, y la postración física y moral. «Amar es vivir, pero ¿cómo hacer para impedir que el amor no perezca en el alma?...» Y él sentía que se acababa, que después de cada pasión algo se moría en su interior, y que al fin sería un espectro ambulante, con vida aparente é ilusoria. «Las mujeres son crueles—pensaba—y criminales sin sospecharlo, no comprenden que con cada decepción, con cada perfidia, nos van secando las fibras del amor, y que cuando volvemos solícitos á buscar nuevas primicias en otros corazones, ya no podemos obtener sino frutos añejos sin remembranzas de nuestra pureza pristina, yendo sin ideales por un camino que ya ha perdido sus grandes atractivos, porque nos es completamente conocido. Y es entonces que apelamos á los refinamientos para hacer vibrar las virginidades que aún poseemos. Después de amar el rostro, y los ojos, y la boca, y el cuerpo, terminamos por no amar sino los trajes de seda y los fondos de color, y las medias sutilísimas, y el calzado muy brillante, bien hecho y bien llevado y luego, es peor todavía, se ama la alcoba, y las cortinas de damasco, y los muebles raros, haciéndolos cambiar con frecuencia para imaginarnos que vamos hacia un viaje

interminable de amor y de deseo.»

«Y después ya no se ama sino el perfume, el perfume que envenena el último resto de los sentidos, y es el principio letal del extravismo y la locura.»

Y en efecto; Eduardo no amaba la mujer en Niní Florens; amaba la esfinge insènsible y despótica, se sentía atraído hacia ella, porque después de martirizarlo horriblemente, ella se le entregaba amorosa y gentil, como una mujer extraña, contemplándola con sus ojos color de ajenjo y acariciándolo con sus manos flacas, de venas transparentes y azules. Entonces él era feliz como no podía suponer ningún mortal, y el placer de pocas horas superaba con creces los dolores que le precedían. «¿Qué importa, pensaba en esos momentos, que ella me desgarre el alma y dé la muerte á todas las fibras de mi amor futuro, si ella posee, como las divinas paganas de Lesbos, en su aliento el olvido de la vida, y en su contacto el sopor misterioso de la muerte. Morir por haber vivido es siempre vivir. No debemos discutir la intensidad del placer, porque ¡ay de nosotros si la vejez nos sorprende regateando todavía al organismo las crisis de la pasión. Como el avaro que ha pasado su juventud amasando el oro en sus talegas, ya no tendremos tiempo de amar y de gozar, y nuestro cuerpo, con todas sus virginidades, irá al seno insaciable de la muerte.»

Ya algo avanzada la noche, dejaron el coche á la puerta de *El Doyen*, y pene-

traron, entre las miles cortesías del *maître d'hotel*, al restaurant elegantísimo que poseía en esa época la más escogida clientela de París. Rodeado de jardines, y profusamente iluminado con farolillos de papel, parecía una feria mitológica. Los dueños celebraban, como todos los años, el *Grand prix*, y los extranjeros invadían los salones reservados, acompañados con damas alegres. Era la hora de los postres, y se comprendía que ya el champagne comenzaba á montarse á la cabeza, porque al entrar ó salir los *garçones* cargados con platos y botellas, de las puertas entreabiertas brotaba como una bocanada de alegría, y se escuchaban risas argentinas, gritos nerviosos contenidos y canciones tarareadas por voces femeninas, interrumpidas por el sonido de las copas ó el chasquido armonioso de los besos. No pudieron obtener sino un salón en donde había dos mesas, una de las cuales estaba ya en desorden, ocupada por tres jóvenes, en quienes Eduardo reconoció al momento los impertinentes que en la tarde habían flirtado con su amiga desde las tribunas. Esto contribuyó á ponerlo de malísimo humor; sin embargo, correcto y discreto, se sentó en la otra mesa, como si no hubiese fijado su atención en ellos. La comida se pasaba sin incidente alguno, y hasta con cierta monotonía; pero los caballeros del frente, que habían bebido sin mucha temperancia, comenzaron á dirigir miradas ávidas á Niní. Uno de

ellos, sobre todo, insistía tercamente. Ya Eduardo le había lanzado dos miradas coléricas, y el otro había disimulado como si estuviese observando distraidamente los ramilletes de flores eléctricas del plafond. En el momento en que los *garçones*, todos de frac, cambiaban el mantel y cubrían la mesa con dulces, frutas y helados, Eduardo creyó ver que Niní se sonreía con el vecino, y le dijo secamente, dominando la cólera que lo cegaba: «Es estúpido lo que estás haciendo, querida.» Ella volvió el rostro sorprendida, y contestóle con cierta sorna: «No eres tú quien puede enseñarme la manera de comportarme delante de la gente.» «Yo te prohibo que vuelvas á ver ese hombre». «¡Tú!». Y la cantante, fiera y voluntariosa, soltó la risa, una risa que quemó la cara de Eduardo como una bofetada; se puso en pie, y dirigiéndose al joven de la otra mesa, le dijo, alta la frente y con una brusca crispatura en las manos: «Sois un imbécil, señor. A una mujer, cuando está acompañada, no se mira de ese modo, y yo sé hacerme respetar de la gente mal educada». El otro, pálido y tembloroso, contestóle: «¿De qué modo, señor?» Eduardo alzó la mano para castigar á su adversario, pero los compañeros lograron intervenir á tiempo para evitar las vías de hecho. En tanto que los *garçones* alarmados, habían traído al dueño, y ambos jóvenes, con una calma aparente, se cruzaban mútuamente

sus tarjetas. Todos bajaron á los jardines, en donde soplaba el aire fresco de la noche, y desde donde se oía el rumor lejano de la gran ciudad, arrastrado por el viento que vibraba en el espacio como ondas tormentosas de pasiones humanas, y que se propagaba tenuamente, perdiendo su poder, hacia los campos silenciosos en donde el vicio es vencido por el trabajo y la constancia.

En su interior Niní estaba contenta de lo ocurrido. Si se verificaba un duelo, todo París sabría que era por ella, y eso la serviría de *réclame* y para hacer rabiar á sus rivales. Probarles que era ella la vencedora, y que los hombres, como arrojar rosas sobre el pedestal de una diosa, arrojaban sus vidas á sus pies, felices de encontrar la muerte luchando por su amor, como luchaban en los torneos de la Edad Media los caballeros de cota y espada por defender la dama de sus amores. Sin embargo, ella se hacía la disgustada, y decía con aire ofendido á su amigo, que él la perjudicaba con esos escándalos, y que si no variaba de tono y de conducta, todo quedaría terminado entre ellos. Cada vez que Niní lo amenazaba con abandonarlo, Eduardo sentía el vértigo de la locura apoderarse de él, cerraba los ojos, y todo lo veía negro y fúnebre; se creía capaz de todo para evitarse una pena tan honda, y, sin embargo, en sus instantes de reflexión, cuando se encontraba solo, lejos de ella, deseaba que llega-

se la ruptura, de un modo inevitable, por un incidente inesperado, que después fuese imposible reanudar, y pasase de una vez esa tormenta de dolor que se agitaba sobre su cabeza, y que un día ú otro debía estallar. Se sentía sin voluntad en presencia de la cantante; pero pensaba que no podía vivir con un dolor inminente que le amenazaba sin descanso. Temía sufrir; pero esa cobardía aumentaba el deseo de haber ya experimentado ese dolor, para estar libre de esa mortificante perspectiva.

Al llegar á la casa, un lujoso apartamento que Eduardo había alquilado por año frente al *Parque Monceau*, uno de los barrios más aristocráticos de la elegancia parisiense, Niní se desvistió muy despacio, sin decir una palabra, y acostóse perezosamente, como indiferente á lo que había acontecido. Pero muy pronto comenzaron los reproches de parte de Eduardo, que adivinaba que ella se disponía á hacerlo sufrir toda la noche, y de una nimiedad se pasó á cosas más serias, ultrajando Niní el amor propio de su amante. «Sí, querido; yo soy una imbécil de estar contigo, pudiendo vivir con gente más *chic* y mejor que tú.» Eduardo estaba esa noche con los nervios excitadísimos, y le respondía con ironías y risitas de indiferencia. Ella le llamó «salvaje», «extranjero», y todos sus instintos de plebeya engreída se revelaron, insultándolo soezmente, en una crisis de cólera inesperada, y sin

que ella misma supiera el *por qué* de tantos improperios. De repente levantóse, vistióse á toda prisa, y le dijo que no valía la pena de que se ocupase más de ella, porque todo había concluído para siempre entre los dos.

Eduardo no esperaba ese final. Demudado y fuera de sí, obedeciendo al grito del instinto, que lo impelía hacia el deseo, y herido en su orgullo de hombre, agarró brutalmente á Niní por los brazos, quedando impresas en las muñecas de su amiga las señales sangrientas de sus dedos de acero. Ella lanzó un grito agudo de dolor, y al sentir sueltas sus manos, nerviosas y frágiles como tallos de flores, le dió una bofetada en plena cara. Eduardo no supo más de él. Olvidó la desigualdad de los sexos, y se batieron como dos machos, ciegos de pasión, creyendo defender la propia vida. Ella, dominada al fin, cayó bañada en lágrimas sobre el suntuoso canapé de *velour* rojo, y despeinada, con el rostro desfigurado por la ira, arrojó en el último esfuerzo un pesado *bibelot* de bronce que hacía juego sobre la mesa, y que fué á hacer astillas el hermoso espejo de molduras doradas que adornaba la estancia. Entonces, mientras Eduardo con el ruído que hizo el cristal al caer al suelo, comenzaba á darse cuenta de lo que había hecho, Niní, llena de miedo, pero ya con la puerta abierta, le gritó con una voz apagada, casi afónica: «¡Yo te desprecio! ¡Miserable! ¡Cobarde!»

Un silencio profundo reinó en el cuarto. Niní había ya descendido las escaleras. Y Eduardo, sobre una silla, se creyó loco, y tuvo miedo de estar solo. Su frente estaba helada, y sus vestidos despedazados, le daban un aspecto tétrico de criminal perseguido que huye á esconderse en la casa vecina.

Pasados algunos minutos, tuvo horror de sí mismo, y se dijo como si despertase de un sueño ante su vida miserable y desastrosa: «Yo soy un desgraciado.»

Después pensó en ella, en su mujercita seductora que tanto había amado y que ahora había perdido para siempre, en las horas de infinito placer que con ella había vivido, en sus exquisitas *toilettes*, raras y degeneradas, en sus piececitos primorosos que tantas veces había besado. Y al contemplar el lecho en donde estaban todavía marcadas las formas voluptuosas de su amiga, sintió una pena infinita dentro del pecho, y se envolvió la cabeza entre las sábanas, blancas como la nieve, estallando en sollozos, y aspirando con avidez el mortificante perfume que había dejado el cuerpo de Niní.

II

Muy de mañana, Eduardo dió al cochero la dirección de Carlos Lagrange. Hacía más de un mes que no veía á su amigo. Es verdad que vivían muy distantes, y que sólo por una rareza se le ocurría llegar hasta el Barrio Latino. La criada, al verlo, abrió el salón muy sonreída, y fué corriendo, como quien sabe que va á llevar una noticia agradable, á avisar á la señora. A los pocos momentos se presentó Luciana, vestida con un sencillo peinador rosado, con encajes color crema, siempre muy ajustada y con su aire un poco fiero, que le daba un aspecto simpático de mujer inexpugnable. —Nosotros lo creíamos muerto— le dijo alegremente al entrar, tendiéndole la mano. —Casi, casi—respondió Eduardo, admirando la belleza y el aire de felicidad que se notaba en ella, y pensando con envidia en que su amigo

debía ser muy dichoso con aquella mujercita que lo adoraba y que le era fiel como la más honesta de las esposas. Aparentemente nada había cambiado en los últimos cuatro años en la casa, los mismos muebles, siempre muy limpios y bien cuidados, el mismo escritorio, lleno de periódicos, de diccionarios y de libros á medio leer; la mismísima Venus de líneas impecables; pero en el interior, y en las almas de los que la habitaban, todo era nuevo y floreciente. Carlos y Luciana se sentían ligados por un lazo más poderoso y más duradero que el triste amor á la piel perfumada y á los deseos intelectuales. No el mezquino amor del presente se agitaba en ellos, el amor á las bocas sensuales y á los ojos voluptuosos, sino el amor sano que, huyendo de las melancolías de la carne, fija la vista confiado y sereno en el porvenir. Luciana había tenido un hijo, que ella había amamantado y criado á su lado, negándose como es la costumbre, á enviarlo al campo con una nodriza hasta que pasase la edad de la lactancia. —No—decía;— nadie me hará separar de un sér que ha vivido en mi seno nueve meses, y por quien yo he sufrido dolores profundos, como si algo se desgarrase en mis entrañas. Ella no se explicaba que hubiera madres que vieran sus criaturas una hora todos los meses, precisamente en el tiempo que es necesario defenderlos de la muerte y luchar contra la naturaleza, mientras tie-

nen constantemente al lado perros que se calientan en sus piernas y que duermen con ellas en sus camas, enviándolos con los lacayos por las tardes á tomar aire fresco al Bosque.

Carlos al principio se sintió contrariado con esto, y le tenía cierta repulsión á aquel muñeco, como él decía, envuelto en trapos. Luciana sufría de verlo tan indiferente con su hijo; pero luego comenzó á hacerle falta verlo y acariciarlo, y ahora que ya el bebé tenía tres años, y que era la alegría y el encanto de la casa, lo amaba tiernamente, y pasaba horas enteras conversando con él, como si fuese un hombre grande. Los padres de Luciana se reconciliaron con ella, á causa del chiquitín, y al saber que era juiciosa y honrada, teniendo la esperanza de que Carlos se decidiese al fin á casarse. Pero las ideas de Lagrange eran enteramente contrarias al matrimonio como lo entiende la sociedad, y sostenía que él estaba tan casado con la madre de su hijo, como los otros á quienes el cura bendice, y que mientras ella se condujese honradamente, no habría motivo alguno para abandonarla.

Luciana tenía ciega confianza en las ideas de su amigo, y sabía que era honrado y sincero en sus sentimientos; siempre había admirado en él esa lealtal espontánea á sus principios y á su filosofía, y lo seguía con orgullo, admirando é identificándose con aquella alma

rebelde que se agitaba en el mejor de los hombres. Había aprendido el español, que Carlos le había enseñado con gran placer, y leía constantemente los periódicos de América y de España, siempre llenos de alabanzas y simpatías para su amigo. Y de día en día lo sorprendía recitando los versos más melodiosos de los poetas castellanos, que ella compraba á escondidas para que la sorpresa fuese completa, haciéndose graciosísima con los movimientos inseguros de su boca al pronunciar ciertas palabras, ó cuando trocaba los nombres masculinos por femeninos, poniéndose muy seria si se burlaban de ella. Sabía que Carlos daba grande importancia á todos los actos de la vida, y que nunca se chanceaba en materias de amor, y por eso estaba segura de que más tarde, en cuanto se presentase una ocasión, ella lo decidiría, por el porvenir y la tranquilidad de su hijo, á casarse civilmente, ante la ley, ya que él no podía soportar á los clérigos.

El *dilettanti* había desaparecido por completo en Carlos Lagrange; hoy era un convencido en sus teorías materialistas, y se hacía temible por su método de propagandista. Algunas noches se reunían en el Salón de Conferencias de las Sociedades Sabias, *rue de Serpente*, en donde los maestros más renombrados decían sus sermones, como ellos mismos los llamaban, contra la fe y por la ciencia. Eran predicadores, y habían

instituído una especie de sacerdocio para enseñar al pueblo á buscar ideales más prácticos y más instructivos que los que las religiones modernas les aconsejan. Cuando entró Eduardo, Carlos dormía todavía: había permanecido trabajando hasta muy tarde de la noche, preparando su primera conferencia, que debía leer días después en la Sociedad, un estudio sobre las razas y el medio en que se desarrollan, que le había valido los elogios de sus profesores.

No obstante parecer tan diversas las dos tendencias de ambos amigos, en el fondo poseían la misma tristeza de la vida, el mismo tedio hacia las cosas humanas. Ambos estaban dominados por la infinita tristeza de vivir. Lagrange sentía una instintiva repugnancia hacia la sociedad, y su placer era contrariarla luchando por la modificación de sus bases para hacer más soportable la existencia á los que viniesen detrás. Experimentaba una gran lástima por los herederos obligados del dolor, y á veces, cuando se quedaba contemplando aquel delicado fruto de sus amores, que ya tenía de él la ancha frente pensativa, y de la madre los ojos negros y severos, sentía remordimientos, y se veía culpable de un delito. Cuando Luciana, para tranquilizar al bebé, le infundía miedos para obligarlo á obedecer, Carlos la reprendía cariñosamente y le decía que era necesario que el niño obedeciera por respeto y por amor, que la

idea del temor no debía entrar para nada en su educación; el chiquito debía acostumbrarse á comprender lo que era bueno y lo que era malo, pero sin que el temor de Dios, ó de sus padres, ó del otro mundo, lo obligasen á aceptar cosas que él no comprendiese. Había despedido la primera criada, porque una vez le había hecho llorar hablándole de los muertos y de los bichos que se comen á los muchachitos voluntariosos. Y á la segunda, le había prohibido engañarlo en el más insignificante detalle, exigiendo que le cumpliesen siempre lo que le prometieran, en bien ó en mal, para que el niño se diese cuenta de que lo ofrecido era sagrado. *Bebé*, como lo llamaban todos en la casa, no hacía nada sin consultar con la mirada á su mamá, y cuando ella no estaba presente, que alguien quería obligarlo á hacer algo, él se negaba obstinadamente, y había que desistir porque su mamá no quería. Sin embargo, Luciana no lo había castigado sino una sola vez, un día que creyó adivinar en él una ráfaga de venganza contra la criada, y le dió dos nalgadas, sacudiéndolo por un brazo. Bebé lloraba inconsolable, dándole besitos húmedos en la cara y agarrándole las mejillas con sus manecitas, acariciándola como si él la hubiese ofendido. Luciana tenía como regla, que cuando se castigaba un niño, no debía contentarse inmediatamente con besos y cariños, sino que debía hacérsele sentir que sus

papás no eran los mismos cuando él se conducía bien que cuando era malo. En la noche, mientras comían, á la hora de los postres, Carlos le dió unos dulces, y Bebé se negó á aceptarlos, diciendo «que él no quería, porque había sido muy malo con su mamá». Luciana se los hizo coger, estrechándolo amorosamente contra su corazón, y Carlos pensaba entre tanto que su método era eficaz, y que su hijo comenzaba á rebelarse contra esa idea tradicional del temor en que se apoyaban las religiones y que pretendían dar igualmente como base al deber. Su hijo se sentía triste, por el pesar que le había causado á la madre con su mala acción, por su amor hacia élla, que era para su cabecita infantil su única religión, su solo ideal, su inmortal naturaleza.

Carlos hizo entrar á Eduardo á su cuarto, y mientras su amigo se afeitaba, como era su costumbre todas las mañanas, éste le relató el episodio del restaurant y le dió las tarjetas de los testigos de su contrario, que habían ido muy temprano á visitarlo, sin darle mayor importancia á este asunto, agregando, para terminar, con un tono de inmenso fastidio. «Estoy tan de mala, que soy capaz de matar á ese pobre joven.» El adversario era un joven belga, de familia distinguida, que venía de tiempo en tiempo á París á hacer la fiesta y á gastar dinero. Eduardo comprendía que era una bestialidad que dos hombres

expusieran sus vidas por una mujer indigna, como él decía, de ser amada.

Esa mañana se encontraba fuerte, y con gran voluntad para no ocuparse más de Niní; la crisis de la noche anterior había aliviado momentáneamente su espíritu, y creía que todo estaba terminado, y que él iba por fin á descansar y á tomar nuevas fuerzas en sus libros. «No, querido, no pretendas hacer muchos sacrificios, proponte cumplir una sola promesa, y ya es bastante», le decía Carlos, convencido de la debilidad de su amigo en cumplir ese género de propósitos. «Proponte olvidar á Niní, no vayas más á los conciertos en donde ella trabaje, múdate de casa, vete á Budapest, por ejemplo, á ver la exposición de Bellezas.» «...No merece la pena», replicaba con tristeza Eduardo, «salir de una para entrar en otra, es como un prisionero á quien cambiasen de cárcel.» Y entonces comenzaba á exponer sus teorías, negando la voluntad y la responsabilidad del hombre en los actos de la vida. «Somos hijos de generaciones pasadas, y contra el atavismo y las tendencias degeneradas no se puede luchar. Nosotros nos imaginamos que hacemos lo que queremos, cuando en realidad, son los acontecimientos que nos guían y transforman á su capricho, desarrollando en nosotros las enfermedades que vivían en nuestros organismos en estado latente.»

Si él no hubiera salido nunca de su

pueblo, quizá á estas horas sería un buen médico, sin pasiones y sin vicios, pero al llegar á París, su patria intelectual, la patria de su familia, de sus abuelos, se desarrollaron las tendencias enfermas, heredadas de algunos de éllos, y ya él se consideraba incapaz de dominarlas y corregirlas. Se hereda el suicidio, la locura, la voluptuosidad, del mismo modo que se heredan la tisis y el cáncer. Muchas veces había pensado en el matrimonio, unirse á una joven pura como una azucena, pero decía que serían desgraciados, porque él pretendería encontrar en su esposa los refinamientos que llevaba en su sangre y á que su organismo enfermo estaba ya habituado. Ella no podría ofrecerle sino purezas y virginidades que su paladar embotado estaba incapacitado de gustar; y de allí vendría la repulsión y hasta el odio á la mujer, que como una sombra se alzaría constantemente á su lado, para recordarle las sensaciones muertas y los placeres fenecidos de su pasado.

En sus momentos de intenso idealismo, su martirio era verse ligado á la vida por un nudo material, por el espasmo de la piel, por la servidumbre de la carne revelada. Para él, la vida era el amor, pero el amor sin purezas, el amor de las sensaciones extrañas, de los deliquios imprevistos. ¡Cómo pensar en el matrimonio, si para su temperamento no existía sino la esposa amiga, la com-

pañera del placer, coqueta, voluble, caprichosa, tirana de los sentidos, foco adorable de imperfecciones psíquicas y de deseos siempre nuevos, vagos é impalpables! La esposa madre, centro de la familia y del pudor, honesta, sin celos, sin rencores, sin tormentos, no sería para él sino un manjar insípido, una bella fruta sin olor ni sabor. El deseo honesto, lleno de castidades, blanco y suave como el lirio, encerraba para sus sentidos la belleza fría de la nieve que cae. Y por eso rechazaba la idea del matrimonio, no amando sino los labios pintados con carmín y los ojos que el carbón sombreaba, haciendo las pupilas brillantes, grandes, expresivas. Y era un voluptuoso, pero un voluptuoso triste, refinado, con perfecta conciencia de que marchaba hacia una vía dolorosa, ficticia, llena de sombras y de engaños.

Además, entrar al matrimonio como á un hospital, á aliviar su cuerpo y á esperar con paciencia la muerte, era una idea que rechazaba con indignación. ¿Y los hijos que de él vendrían? Su abuelo se había lanzado una mañana de la torre de Aix, donde vivía, con el pretexto de mala fortuna en los negocios. Su bisabuelo, á los ochenta años de edad, medio paralítico, con una enfermedad de la médula, se bebió una noche al acostarse un frasco de láudano, y dejó una carta en que aconsejaba á todos los viejos que hicieran lo que él. «Convéncete, querido, se nace voluptuoso, como

se nace poeta, pintor ó músico, es una degeneración, y el hombre no tiene sino que someterse á lo que sus amables abuelos le han inoculado en la sangre. Ojalá no te desilusiones, si en tu manía de estudiar llegas á descubrir que el hombre, como la planta, está sometido á lo que sobre él hayan decidido sus raíces que están hundidas en la tierra.»

Luciana entró en este momento al cuarto, algo pálida y con los ojos coléricos, pretendiendo, sin embargo, disimular su enojo para observar la sorpresa que iba á experimentar su amante al ver que élla lo *sabía todo*; pero Carlos, que la conocía perfectamente y que no había podido hasta ahora quitarle los celos que á veces la hacían pasar muy malos ratos, comprendió en seguida que algo raro le sucedía, y preguntóle sonriendo:

—¿Qué le pasa á la *señora*?»

—Nada. Han traído para el *señor* esta carta, que por casualidad la he recibido yo, porque indudablemente que tú tienes á la criada de tu parte para que me las oculte, pero ya voy á despedirla inmediatamente...

—Bravo! Bravo!—interrumpió alegremente Eduardo.—Te han cogido en un lío, y ya Luciana te va á dar una buena lección.—Carlos, que tenía su conciencia tranquila, tendió la mano para recibir la carta. «No puedes negar que la escritura es de mujer, y que vive en Clichy, porque aquí lo dice el sello», continua-

ba ella con más cólera al ver que él no se disculpaba. Por fin leyó la carta, era de Marcela, la chica de Iriarte que seguía mal, y le suplicaba fuese á verlo pronto. La tisis seguía minando la existencia del joven artista, y ya los médicos le habían dicho que se cuidara. Luciana pidióle perdón á su amigo dichosa y radiante de alegría, prometiéndole no dudar más; y Lagrange concluyó de vestirse á toda prisa para ir hasta la *rue Lemercier* á visitar al pintor. Convinieron en que Deschamps, el otro testigo de Eduardo, vendría hasta el Café Vachette al medio día para ponerse de acuerdo y seguir las fórmulas de estilo en estos casos. Y Eduardo Doria siguió en su coche sin preocuparse por el duelo ni por las ofensas, y pensando que él se había conducido como un miserable con Niní, y que por su dignidad de caballero debía darle excusas y suplicarle que le perdonase ese instante en que él había estado loco. «Eso es lo decoroso—se decía—ya que todo está roto entre nosotros, y por lo mismo yo debo conducirme como quien soy.» De repente, sin más vacilaciones, sacó la cabeza por la ventanilla, y dijo al cochero con voz suave y reposada, como tenía por costumbre todos los días: «Vamos casa de la señora.»

Iriarte vivía en el quinto piso de una antigua casa, en una de las calles altas de París, cerca de la Plaza Clichy. Aba-

jo, en la calzada, á cada lado de la puerta de entrada, había dos tiendas, una á la derecha, la habitaba una vieja modista, caída en la desgracia después de haber tenido su buena época; hoy casi todo el negocio se reducía á lavar trajes de mujer, encajes y guantes, que la gente pagaba á poco precio, y se ayudaba con algunos trabajos que hacía á domicilio, y con algunos vestidos llenos de cuentas y lentejuelas que hacía sobre medida para algunas míseras cantantes, ó demasiado gordas, ó exageradamente flacas, que trabajaban casi de balde en los cafetuchos de Batignoles. La otra, la habitaba un vendedor de vinos, fósforos y picadura, que se permitía en los grandes calores sacar á la acera tres ó cuatro mesas de tres pies, que atendía un muchacho medio idiota, hijo ó sobrino del amo. Sin embargo, la entrada principal era bastante aseada, y para llegar hasta el segundo piso, tenía su alfombra un poco gastada, pero que la portera sacudía todos los sábados con una larga caña flexible envuelta en trapos. Las otras tres escaleras eran angostas, grasosas é incómodas, y se veía que apenas llevaban amistades con la escoba.

Iriarte pagaba en su quinto piso, sin muebles ni servicio de ningún género, menos de cien francos por trimestre, y era dueño de tres piezas, muy ventiladas y sobre todo con muchísima luz. El único cuarto que había amueblado, era el de dormir, en donde tenía una ancha

cama de hierro, con resortes, una mesa, un aguamanil y un espejo de marco negro. En la sala más grande había formado su taller; por una claraboya de vidrio plano entraba la luz, en el centro estaba colocado un gran caballete vertical, muy pesado, que se movía fácilmente por las cuatro ruedas de la base, y con la ayuda de un manubrio se hacía bajar ó subir á voluntad la trasversal que sostenía la tela. En un rincón estaba otro pequeño caballete portátil, compañero inseparable del artista, que llevaba con frecuencia al campo para copiar del natural y que había sido mudo testigo de sus horas de soledad y desaliento. Las paredes estaban llenas con sus mejores academias, figuras casi todas de cuerpo entero y al desnudo, premiadas en los concursos de la Academia Colarozzi; sobre la mesa se veían bocetos, más ó menos acabados de los diversos asuntos de sus cuadros. En todo se notaba cierto desorden, que rodeaba todo el cuarto de una atmósfera de simpatía. Sobre las sillas había bustos en barro y en yeso, algunas fotografías de sus modelos, ancianos, mujeres y niños, y retratos de los principales pintores franceses.

En el último cuarto, amontonados unos sobre otros, como en una casa de empeños, estaban sus cuadros, los hijos de su ingenio, que representaban más de ocho años de trabajo árduo y rabioso, con la desesperación del que desea llegar y hacer una obra perdurable. Su

enfermedad provenía de ese exceso de trabajo, exagerado para su constitución delicada como la de un niño. Tenía ocho años que no respiraba sino pintura y aceite, y sus pulmones ya estaban fatigados de tanto mineral absorbido. En su país le habían quitado una ridícula pensión que le había decretado como un gran favor el Congreso, porque uno de esos viejos lascivos que llegan á París como pordioseros de amor en busca de besos pagados á precio de oro, para sus labios rugosos y malsanos, y que se vuelven á su tierra odiando la fortaleza y las energías de los cuerpos jóvenes, había dicho que Iriarte se estaba eticando con la vida licenciosa que llevaba. Y el pueblo entero siguió repitiéndolo, estúpidamente, por decir algo distinto, que diese aire á la gente de estar siempre al corriente de las cosas que suceden en Europa. Desde entonces, la vida del artista fué una lucha sublime entre sus ideales y la necesidad de comer y abrigarse. Y trabajó heroicamente, con una voluntad rayana en locura, hasta hacía un mes, que los pinceles se le habían caído de sus manos flacas y huesosas como de esqueleto. Sin embargo, había obtenido ya dos medallas en el Salón del Campo de Marte, y luchaba, medio moribundo, porque el Jurado lo declarase *Hors de concours!* Sus ideas sobre el arte, eran las más nobles y sinceras que podían caber en el corazón de un artista, y se había negado á vender su último cuadro: *La*

Abandonada, por el cual le ofreció un negociante siete mil francos, porque decía que sus cuadros se los regalaría él á su país, para que figurasen en el Museo después de su muerte. Sólo se había decido, en sus días de mayor miseria, cuando la crudeza del invierno le impedía trabajar, á vender algunas cabezas hechas al pastel, ó una que otra acuarela escogida días enteros, silencioso y apesadumbrado, como si se separase de un pedazo vivo de su sér.

Carlos Lagrange no lo creía tan grave, y no pudo disimular su sorpresa al verlo en semejante estado. Iriarte sonrió dulcemente á la entrada de su amigo, y sacó debajo de la frazada su mano calenturienta.—«Yo no quería molestarte, pero Marcela se empeñó en que debía llamarte para que me vieses». «Ella es tan caprichosa», agregó, envolviendo á su amiga en una honda mirada de ternura y agradecimiento. «No ves; me ha encendido la chimenea en el mes de junio, porque tiene frío». «No, no», interrumpió Carlos con presteza, «en la calle está haciendo bastante frío; creo que es este viento del norte, que está soplando muy fuerte». Marcela, sentada en el borde de la cama, no quitaba los ojos del visitante, con el objeto de adivinar la impresión que el enfermo le produciría, y había desde el primer momento comprendido lo que pasaba en el interior de Carlos.

Marcela era una flor del arroyo, de ese

grupo de obreritas que se renuevan incesantemente en los barrios laboriosos de París, golondrinas de amor, que buscan sedientas un sér á quien entregarse para toda la vida, y que de engaño en engaño, pasan entre los brazos de sus amantes, abandonadas una mañana al salir el sol cuando menos se lo esperan, porque desconocen los secretos del amor, y sólo saben dar como primicias su juventud y su inocencia. Ganaba franco y medio al día de aprendiz en una casa de modas, y al regresar al hogar sólo encontraba recriminaciones injustas de parte de los padres, á quienes la miseria había vuelto el carácter adusto é irascible, y que tenían demasiados hijos para estarse ocupando también de los mayores.

Era pequeña y delgada, con cejas negras muy juntas, y grandes ojos que miraban siempre de lado, y cuando taconeaba por los boulevares, al ver su gracia y su cuello erguido, casi soberbio, parecía un cisne sobre un lago.

Había sido asediada sin descanso á la salida del almacén, y después de resistir por muchos meses á las galanterías y á las promesas de sus perseguidores, una tarde cayó, como todas, enamorada de alguien, seguramente el menos digno de recibir su amor. Era un joven griego que la sedujo, y un mes después huyó precipitadamente para el Pireo, sin dejar señales de existencia. Ella creyó morirse, pero luego le juró odio á

muerte. Imposible volver á su casa. Su padre la habría matado de un sablazo. Rondó muchos días por los más humildes Cafés, sin atreverse á entrar, hasta que encontró una amiga que la condujo á todas partes. Un día conoció á Iriarte y se enamoró de su aire dulce y melancólico. Marcela lo amaba con toda su alma, y se creía dichosa con las sobras de amor que el artista, ciego y apasionado con su arte, podía ofrecerle. La enfermedad seguía avanzando, y ella, en vez de escuchar el consejo de sus amigas, que le decían debía abandonarlo, porque su mal era contagioso y mortal, se constituyó en su enfermera, y escuchaba con placer sus delirios sobre el arte y la belleza, viéndolo feliz en esos momentos, y conformándose modestamente con ocupar el segundo sitio en el corazón del artista.

Cuando Carlos Lagrange salía del cuarto, con el pecho agobiado de pesar, prometiendo al enfermo volver todos los días á charlar un poco con él, Marcela lo siguio hasta la puerta, bañada en lágrimas, y con voz entrecortada, preguntóle:

—¿No es verdad que durará todavía mucho tiempo?

Carlos le estrechó la mano febrilmente, y le dijo que desde esa tarde Luciana vendría á acompañarla, y que todos ellos estarían allí hasta el último día.

La triste criatura regresó al cuarto en donde el enfermo se había dormido de

nuevo, y besando la cabeza soñadora del pobre artista, lloró por muchas horas, con la castidad y la pureza más conmovedora, como una hermana llora á su hermano.

III

Niní, tan fiera é insensible, habíase sentido débil ante las exigencias de Eduardo, y después de algunos días en que él la visitaba ceremoniosamente, como un desconocido, esperando con paciencia horas enteras que la artista quisiera recibirlo, para pedirle excusas, la reconciliación se efectuó contra la voluntad de ambos, que eran sinceros al creer que todo había terminado, y que, si acaso, quedarían siendo simples amigos de la calle. Pero Niní no había podido olvidar las sensaciones de aquella noche. Al sentirse maltratada brutalmente, élla, acostumbrada á ser admirada y contemplada como un sér impalpable, y á quien los hombres no osaban tocar temerosos de hacerle daño con sus manos, experimentó una sacudida desconocida en todo su cuerpo, y su sangre se volvió de fuego, y pasiones

ocultas se revelaron por un momento en su organismo. Al verse dominada y martirizada como un animal, élla, la siempre respetada, se sintió dichosa porque había vivido impresiones materiales, y calofríos nerviosos se deslizaban por toda su piel. Y ahora, deseaba que la maltratasen con un látigo, con fuertes puñetazos, hasta sentirse extenuada, con los huesos doloridos, para volver á experimentar sobre su carne perfumada aquellos calofríos extraños que tanto la habían hecho gozar y padecer. Y entonces pensaba horas sin treguas en su amigo, y deseaba verlo para insultarlo y disputarse como dos vagabundos. Ella, la diosa de mármol, había también al fin encontrado la manera de vibrar, y ya no sería, como en el pasado, la Afrodita eternamente deseada y nunca subyugada.

Pero Eduardo no estaba contento. Él, que no se había siquiera atrevido á pensar en la reconciliación, creyéndola imposible, se disgustaba ahora al observar con qué facilidad Niní había corrido á él, y sobre todo de verla amorosa y complaciente; éso le hacía mal á su pasión, porque él la amaba porque era déspota y cruel. Se había hecho ciertas ilusiones, pensando que iba á sufrir mucho en esos días de abandono, sólo, en su salón, desgraciado en su aislamiento, como otras veces, y ahora esta repentina unión lo contrariaba y lo ponía de mal humor, mientras Niní se alegraba de ver

que el carácter de su amigo se agriaba más cada día, y esperaba con ansia la oportunidad de instigarlo y golpearlo, para obligarlo á maltratarla y á injuriarla, como en la noche inolvidable de las sensaciones extrañas.

El duelo se había verificado en el jardín de una quinta particular de uno de los testigos, entre las últimas casas de Neuilly. El belga, á quien tocó la elección de armas, escogió la pistola, y á las doce del día se cruzaron unas balas sin resultado, reconciliándose los adversarios y terminando el desafío con un magnífico almuerzo, servido en la enramada que daba al Sena, al abrigo de los árboles, y desde donde se divisaban los ciclistas que de rato en rato volaban por el camino limpio y bien terraplenado. A la hora de los postres, después del *champagne*, mientras fumaban magníficos habanos, y en las copas diminutas la *chartreuse* verde brillaba como los ojos sulfurosos de un gato, Deschamps, que era el hombre de las ideas originales, propuso que cada uno fuese á buscar á su amiga, para ir todos juntos á pasar la tarde y la noche visitando la feria de Saint-Cloud, que acababa de comenzar. Todos aplaudieron, y el belga reía á carcajadas, gritando á cada instante: «¡Es un poema!» «¡Es un poema!» Lagrange se excusó diciendo en voz baja á su amigo que Luciana lo aguardaba impaciente casa de Iriarte, y uno de los médicos, interno en *La Charité*,

tuvo que dejarlos, porque estaba de guardia esa tarde.

Se separaron dándose cita para las cuatro y media en el puente de las Bellas Artes, para tomar allí los vaporcitos y remontar alegremente el Sena.

—Sobre todo—agregó Deschamps al despedirse,—nada de lujo. Hay que decir á las muchachas que vengan de riguroso incógnito, para poder divertirse.

A la hora señalada estaban todos en el malecón esperando que les llegase su turno para entrar al muelle, que flotaba como una boya, atado á la orilla por dos fuertes cadenas. Un agente de Orden público, del lado fuera, vigilaba la cola, que iba aumentando como un enorme gusano, y evitaba que pasasen el transversal muchos á la vez, para impedir desgracias. El vaporcito estaba casi lleno con los alumnos de un colegio, todos de uniformes, echados perezosamente sobre los bancos, con las piernas cruzadas, y dirigiendo miradas lánguidas á las muchachas, que al frente, en el bandín de popa, reían y hacían bulla, instigadas por sus amigos, que se empeñaban en estar alegres. A Niní le pareció muy raro y encantador ese duelo, como ella decía, *fin de siècle*, y su orgullo se sentía complacido al ver que todo había sido por élla, y que las compañeras la contemplaban con ojos expresivos y le enviaban risitas amables, festejando sus dichos y deseando cultivar amistad con la mimada cantante de los trajes dege-

nerados. Eduardo le había presentado al belga, que le había pedido perdón, culpando á los espumosos vinos de *El Doyen* de sus impertinencias, y repitiendo de tiempo en tiempo, después de quedarse silencioso mirando al cielo:

—Es un poema!...

Al llegar á Boulogne el colegio descendió, y el puente quedó despejado, y los espíritus más alegres, y en la atmósfera menos calor. Entonces pudieron acodarse á la barandilla á observar como el buque cortaba el agua, y como los resoplidos fieros de la hélice formaban ondas plateadas, que se perdían melancólicamente en la superficie del río, ó regresaban cantando candenciosas, para, en el último esfuerzo, besar con sus espumas los costados del buque en movimiento. Llegaron por fin, y todos saltaron á tierra contentos, pues ya comenzaban á fastidiarse de una travesía de más de una hora, en que el buque se detenía á cada momento de uno y otro lado, en todos los pueblos.

A la entrada de la empinada rambla que hay que subir para llegar al pueblo, un ciego, agitando un perolillo de hojadelata, pedía centavos con voz cavernosa, y todos los que venían en busca de alegría le daban limosnas, pensando que eso les traería buena suerte en el paseo. Antes que todo, llegaron hasta la elevada terraza del parque, desde donde se contemplan los más bellos barrios de París. La torre Eiffel aparece como una

sombra proyectada sobre el cielo; el Trocadero, rodeado de jardines, que se alza majestuoso en las alturas de Passy; la inmensa planicie del Campo de Marte; el Sagrado Corazón, todavía á medio construir, que corona la ciudad, en la cumbre de Montmartre; y después, del otro lado, dando la vuelta á la alameda de frondosos árboles, rodeados de estatuas, pilas y juegos de agua, se contempla el Instituto, con sus torres muy pegadas, y San Sulpicio, todo manchado de negro, y el Panteón en el fondo, como una sola piedra tallada al cincel. Más cerca, los otros edificios de menor tamaño ó que están á menor altura, se aproximan vagamente, hasta confundirse con las admirables campiñas que, como una guirnalda de flores, circundan y adornan la gran capital. El guardia, un viejo de barba, alto y flaco, antiguo sargento en el ejército de línea, les indicaba los monumentos que no reconocían, conduciéndolos á los sitios desde donde el paisaje era más sugestivo.

Después subieron paso á paso, saltando como pájaros, hasta los jardines, en donde los empleados habían hecho dibujos y figuras simbólicas con las flores y las plantas de diversos colores, y al fin, fatigados, sentáronse en los bancos de piedras, en el centro de las encrucijadas, entre el monte silvestre del camino, cada pareja separada, dándose celos por las risitas y miràdas de los compañeros; mientras éllos golpeaban distraí-

dos con sus bastones las espigas que salían de entre la yerba, y escribían éllas con sus sombrillas sobre la arena nombres y fechas borrosas, recuerdos tal vez de otros paseos semejantes.

Al descender, los mismos paisajes habían variado por completo, á causa de la hora, por la sugestión del crepúsculo que corría hacia la noche, y contemplábase un París lleno de sombras, cubierto de nubes brumosas, negras, plomizas, color de pizarra, un París en ruinas, poblado de escombros, de una belleza triste, belleza de muerte, de pueblos antiguos cuyos monumentos hechos pedazos cantasen la historia de la grandeza humana, la belleza llorosa que hoy conservan todavía Jerusalén, Pompeya y los templos carcomidos de la vieja Roma. Y Eduardo se imaginaba la gran Ciudad devastada, envejecida por el tiempo como una mujer hermosa, y revelábase contra la implacable destrucción de los seres y de las cosas. Pero más abajo, al descender por la angosta vereda de las gentes de á pie, del lado en que el sol caía lentamente, entre colores pálidos, de tonos suaves y delicados, como rodeado de una aureola indecisa, los monumentos y los árboles aparecían salpicados de luz, y París semejaba una ciudad misteriosa, una ciudad polar, hecha con cristales y pedrerías, entre inmensos campos de hielo, villa fantástica de poetas y de artistas, de mujeres ideales de largos trajes de en-

cajes. Allí estuvieron todos mucho tiempo, dominados por una repentina alegría, con ganas de amar y de vivir.

Al llegar á las primeras calles del pueblo, percibieron distintamente la música lejana de la feria, que el viento entre ráfagas traía á sus oídos, y París, envuelta en una intensa luz rojiza, parecía incendiada.

La locura era la reina de la feria, y la bullanga de los organillos que estremecían el aire con sus melodías monótonas y enervantes, cambiando de tonos con voces destempladas y pitos desafinados, ó el sonido estridente de los platillos, agitados fuertemente para llamar la atención de los compradores, ensordecía y fatigaba la atmósfera. La gente se atropellaba para llegar á los tenduchos, hechos todos á la ligera, cor tablas y telones, para estar listos á partir, como bohemios infatigables, hacia otros barrios y otros pueblos. En las barracas más grandes, sobre las gradas de la entrada, para anunciar la representación, hombres y mujeres vestidos de carnaval, con trajes disparatados, hacían pantomimas y cuadros vivos, y la multitud se estacionaba indecisa, hasta que la curiosidad hacía llenar el teatrito, cubierto con cartelones é iluminado por antorchas de llamas enormes que reflejaban sobre los concurrentes un tinte amarilloso, pareciendo todos sombras anémicas y enfermizas. La preferida era la casa de las fieras, en donde un doma-

dor de fuertes músculos, vestido de acróbata, adiestraba tigres y leones, que obedecían rabiosos por temor al látigo ó á los hierros candentes con que eran amenazados. O la caseta del lado, en donde un gigante deforme exhibíase medio desnudo, mostrando al público el desarrollo informe de su cuerpo, y sus pies y manos de monstruo marino. A ambas partes fueron guiados por Niní, que tenía ganas de sentir calofríos de miedo con los rugidos amenazadores de las bestias feroces, y de espeluznarse de grima al tocar la piel babosa del gigante.

Después desearon experimentar el vértigo en las *Montañas Rusas*, en donde se dejaban balancear en el aire agarradas de las manos, y sintiendo al descender en el vacío, un hormigueo muy frío en el vientre, que las obligaba á recomenzar muchas veces, sorprendidas siempre del mismo modo por aquel espasmo indefinible y angustioso. Luego pasaron el resto de la noche dando vueltas, montados sobre los caballitos de madera, prefiriendo aquellos que bajan y suben con movimientos bruscos de retroceso, y se arrojaban, como locos, largas serpentinas de todos colores, que se enlazaban entre los hierros del enorme paraguas que los cubría y flotaban sin rumbo fijo, trayendo más alegría y confusión en aquella inocente fiesta popular.

Mientras esperaban el tren que debía conducirlos á París, fueron á to

mar cerveza y helados al gran Café rodeado de árboles que está á la entrada del pueblo, frente á la estación, y en donde los tziganos de casacas rojas con franjas de plata tocaban en sus violines valses melancólicos y rapsodias desconocidas.

Los días pasaban venturosos para Eduardo Doria, entregado todo entero al placer y al refinamiento, porque Niní, que había adivinado los extravíos de su amante, se mostraba siempre más exquisita en sus *toilettes* y más degenerada al escoger las fragancias de sus perfumes. Tan sólo algunas mañanas Eduardo se sentía disgustado, herido en su orgullo de gentilhombre, y era cuando Niní, presa de una cólera repentina, medio loca, lo hería en sus fibras más íntimas, terminando, bajo el pretexto de los celos, con acribillarlo á pellizcos y á golpes, acosándolo y persiguiéndolo por toda la casa, hasta que él, fuera de sí, por defenderse, tenía que maltratarla brutalmente, hasta hacerla llorar, temblorosa y tiritando, como con fiebre. Pero ella se quedaba luego á su lado, tranquila y soñolienta, extenuada, como si saliese de una terrible crisis, y entonces era más amorosa y más complaciente. Eduardo pensaba que su amiga estaba enferma de los nervios, y la obligaba á tomar duchas y reconfortantes, pero se veía con desprecio, encontrando abyecto y miserable que un hombre golpease

á un sér más débil. A veces estas escenas se sucedían todas las semanas, y entonces era peor, porque él se ponía también nervioso y perdía la cabeza al sentir á Niní amenazadora é irritada, con los ojos brillantes, de mirar perverso.

Una noche, después de la comida, mientras Eduardo tocaba el piano en su salón de estilo oriental, adornado con japonerías, todo decorado de azul, con suntuosos cortinajes de damasco, la criada entró y encendió todas las luces por orden de la señora; á Eduardo no le llamó esto la atención, acostumbrado como estaba á los caprichos de su amiga, pero después, presentóse Niní Florens, la cantante más mimada de los Cafés-conciertos, vestida exactamente como había salido en el último invierno sobre la escena de *Folies Bergére*, con un traje corto de seda negra, adornado de oro pálido; en el corpiño muy ajustado, bajo el pecho, un ramillete de flores de brillantes hacía resaltar más el descote, y el corsé oprimía estrechamente su talle, marcando sus caderas y dejando adivinar el roce voluptuoso de sus formas. Al levantarse el traje para bailar y hacer piruetas, el *fru. fru* de sus faldas hacía temblar, y el color rojizo de sus enaguas la hacían aparecer como envuelta en llamaradas de fuego. Eduardo quedó embelesado, siempre había sido su sueño poseerla así, á su lado, toda suya, los dos sólos, para estrecharla entre

sus brazos y besar hasta saciarse aquellos ojos tentadores y malignos, perdición de las almas débiles; pero nunca se había atrevido á exigírselo, temiendo que élla comprendiese que en su refinamiento ya no amaba sino sus trajes degenerados.

Había siempre encontrado mayor sensación voluptuosa en los cuerpos á medio vestir, que en la completa desnudez, porque su imaginación creaba con un yo no sé qué de misterioso, las formas que no veía, y la belleza soñada se le hacía más intelectual y más exquisita que la realidad misma. Allí se encerraba para él el secreto del placer sensual: amar lo visible, la belleza que la luz nos trae á los ojos, pero dejar algo siempre oculto, algo que se desee y se presienta, líneas de misterio que cada hombre concibe con el mayor refinamiento de sus sentidos, y que resultan para el que posee verdadera sangre de artista, más bellas que la belleza misma.

El paroxismo de los colores se había apoderado de su imaginación, y el azul de las enaguas de seda en el cuerpo de la mujer que amaba era para él más ideal que el azul del cielo. El amarillo, el negro ó el rojo combinados y llevados por las caderas perfectas de su amiga, producíanle un inexplicable placer intelectual, un calofrío que le corría por toda la piel hasta casi desvanecerlo. Cuando Niní se desvestía, él la contemplaba, si-

guiendo con malicia todas sus coqueterías, todos sus movimientos de muñeca refinada, las contorsiones histéricas de su cuerpo, al quitarse el corsé que la oprimía, y en su cintura quedaban marcadas como dibujos hechos sobre cera, las ballenas y los encajes. Y élla se frotaba suavemente, cerrando los ojos para sentir mejor aquella comezón voluptuosa.

Por las noches, cuando dormían, en medio á la completa obscuridad del cuarto, sobre el lecho limpio y blando, él pensaba en élla, pero la veía elegantemente vestida, bien calzada, con los cabellos rizados, y olorosa, suavemente perfumada con esencias delicadas. Y la que dormía á su lado parecíale una extraña.

Después, compróle trajes raros, hechos por las modistas más costosas, y de un lujo increíble; zapatitos de todas clases y de todos colores, siempre con tacones muy altos y de formas elegantes; guantes negros muy largos y brillantes, llenos de encajes y de botones, y hacía decorar su salón de diversos modos cambiando los muebles y los cuadros, para imaginarse que vivía en paises distintos, casi sin salir á la calle, en su repentina manía de extravagancias enfermizas. Niní gozaba y se deleitaba con todo esto porque su pasión la constituían las cosas *raras*, y le encantaba variar de trajes, y disfrazarse de todos modos, sorprendiéndolo élla también con rarezas más refinadas.

Mientras Eduardo, como un *pachá* tendido sobre un diván, soplaba por el tubo de un primoroso narguilé, y el agua respondía con su ruido enervante, antes de que el humo llegase á la boca, para salir como un vaho azulado, inundando la estancia con perfumes exóticos, Niní vestida de turca, á su manera, como una hija del profeta de gustos parisienses se echaba á sus pies, y lo dormía como á su señor, entre besos y caricias silenciosas; después, era él, quien al despertar del sopor melancólico de la comida, la contemplaba con ternura infinita, como á la Musa trágica de las eternas alegrías, experimentando en su cerebro los más exquisitos placeres secretos, y le besaba como loco sus pies bien calzados y sus piernas ajustadas en las medias de seda. Otras veces, élla se presentaba vestida de bohemia, con saya de colores chillones, y con gorra de caracteres enigmáticos, y le cantaba canciones llenas, de tristezas, con un garbo gentilísimo de tiradora de cartas y de vaticinadora del porvenir. Por último, fastidiada de las riquezas, vestíase con una humilde falda de criada, con un ancho delantal y mangas arremangadas hasta el codo, y él la estrechaba, loco de pasión, como si cada vez hiciese una nueva conquista y abrazase un nuevo cuerpo.

Su cerebro comenzaba á resentirse de los excesos, y como siempre, el excepticismo invadía su alma. Pensaba que cada sensación agotada, era una página

arrancada del libro de la vida, y al propio tiempo, no deseaba cambiar nada en su existencia. «¿Para qué amar á otra?» se decía, cuando al fin todo será igual, sin que esa mujer lleve en sí la poesía del pasado, nuestros recuerdos, las horas vividas juntos. Una nueva alma es como un país desconocido, pero un triste país, sin historia para nosotros, y en donde no poseemos lazo alguno ni tenemos ningún derecho. Llegamos allí á tientas, entre tinieblas, y ver hacia atrás en esa alma es como contemplar el vacío». Ya le había acontecido más de una vez en sus viajes, de sentir un hondo pesar al abandonar la casa y el lugar en donde había vivido algún tiempo, y de experimentar repentina alegría al reconocer en otro sitio un antiguo compañero de viaje, rodeado de misterio, y sobre el cual había él inventado una historia, imaginándose conocer su profesión y sus ideas, por la manera de vestirse y la expresión de su cara. Los hoteles y las estaciones de ferrocarriles lo aflijían, y los puertos de mar eran un martirio para su espíritu; y por eso prefería no viajar, ni comenzar nuevos amores, creyendo ver en toda cosa que concluye la imagen silenciosa de la muerte. Su locura era vivir á toda prisa, sin contar con el mañana para nada, sin desdeñar el más insignificante refinamiento, apurando como un prisionero de antemano condenado, las copas más venenosas del placer, y llevando en el al-

ma la desastrosa convicción de que en la tierra sólo somos peregrinos engañados, sin voluntad y sin conciencia.

Al principio había deseado luchar contra sus sentidos, pero como en el incesante renovamiento de sus sensaciones, sus ideas también variaban, habíase convencido de que todo era inútil, y que el hombre era un juguete de la suerte, incapaz de desarraigar de su organismo las tendencias ni los vicios heredados. «¿Cómo un pobre sér—decíase—producto degenerado de muchas generaciones, ha de rebelarse y vencer en un día lo que ha ido formándose en una gestación de muchos siglos?... Sus armas para la lucha se encuentran ya inservibles al nacer, y basta el soplido del viento para revolver en todo su sér los miasmas que allí yacían. No importan los buenos deseos, ni la primera educación, ni los sabios consejos de sus mayores; como en toda enfermedad fatal, si acaso, se conseguiría retardar por algunas horas la crisis, y entonces será peor, las pasiones contenidas, al rebelarse producen el desastre. Nosotros no hacemos lo que queremos, y en el combate por la muerte sólo nos toca obedecer.»

Ya le había acontecido en París, visitando sitios que él no conocía, él cree haber vivido allí en otro tiempo, y reconocer todas las cosas como si le fuesen familiares, adivinando casi lo que vendría después, los edificios, las iglesias y hasta detalles de menor importancia, como

si allí hubiese transcurrido su infancia, poniéndose nervioso, y diciendo á sus amigos que él se atrevería á jurar haber trepado sobre aquel muro de piedras y jugado al escondite detrás de aquellos troncos rugosos de viejas encinas. Ellos se reían y lo chanceaban sobre sus recuerdos de esas cosas no vividas, pero él les replicaba que no veía nada de extraño en éllo, y que si sus antepasados habían vivido en esos lugares muy bien podría él, por atavismo, experimentar algo de lo que ellos hicieron y pensaron.

Otras veces, sentado, pensativo, bajo la sombra de los árboles en el Parque Monceau, Eduardo creía haber vivido momentos idénticos en ese mismo paraje, sobre el mismo banco de mármol negro, y parecíale recordar todos los que pasaban, la misma nodriza con sus anchas cintas de colores, que empujaba suavemente un cochecito en donde un bebé rosado reía con la carita al sol, el mismo ciclista salpicado de barro, el mismo vendedor de periódicos que se le acercaba y le repetía exactamente las mismas palabras, y él respondía del mismo modo; el carruaje que pasaba, las hojas secas que caían, el viejo jardinero que regaba las flores con su larga culebra de *cautchouc*, todo sucediéndose exactamente como una escena reproducida sobre las placas opacas de un kinetoscopio.

Y entonces se alejaba receloso, presa de un miedo repentino, apresurando el

paso y mirando de reojo, como si alguien lo persiguiese para detenerlo y obligarlo á vivir esos momentos del presente como escenas lejanas de su vida pasada.

Y en el Parque silencioso se mezclaban suavemente el aroma de las flores y el tedio de las pasiones heredadas que cantaban la tristeza y la locura.

IV

En la *rue Lemercier* nada había variado. Hacía seis meses que Iriarte luchaba con la muerte. No quería morir, y todavía encontraba en su pobre cuerpo fuerzas y energías de agonizante, para cantar el triunfo de la vida é imaginarse que con la nueva primavera sus pulmones se ensancharían y absorberían, como una tromba todo el aire de los jardines, hasta quedar inflado y robusto como un Hércules. Esos eran sus delirios por la tarde, al entrar la noche, cuando la fiebre le quemaba los huesos, penetrante y sutil como un hilo de fuego, y sobre el lecho, entre sábanas y almohadas, su cuerpo parecía una sombra. Pero, sobre todo, los delirios que emocionaban á sus amigos hasta hacerlos llorar, eran sus sueños sobre el arte, su manera de idealizar la belleza y de comprender el alma del artista, sus pro-

yectos para sus nuevos cuadros, en que él demostraría que la luz es todavía el misterio de los colores, y que en las copias más exactas de la Naturaleza hay mucho de falso y de sugestivo, porque el color que vemos dede lejos, ése del cielo y del mar, ése de la atmósfera que rodea cada cuerpo, ése que da la expresión y el sentimiento en la belleza externa, no puede copiarse jamás con la grandeza infinita que existe en la realidad de los seres y de las cosas. El artista debe ser humilde contemplador del espacio, de alma noble y sincera, porque aun la obra maestra, si pudiésemos sentir la naturaleza como ella es verdaderamente en sí, resultaría mediocre y confusa. El esfuerzo debe respetarse, y ningún artista merece para su obra, por mala que ésta sea, ni la burla ni el desdén, pues tal vez los más grandes genios en el arte, por haber visto más allá que los otros y sentido más íntimamente esa belleza infinita que no puede llevarse como ella es al lienzo, han extraviado sus tendencias, y en busca de ese ideal por ellos solos comprendido, han borroneado telas y amontonado colores como locos, corriendo desesperados tras la perfección y la verdad.

Y luego pedía su paleta y sus pinceles, fuera de sí, y era necesario dominarlo y convencerlo de que éso le haría daño; y entonces lloraba como un niño, abundantemente, con lágrimas de inmenso desconsuelo, dándose cuenta de

su estado, y decía que él no amaba la vida, pero que era tan triste irse sin haber tenido tiempo de hacer una obra perdurable, algo que viviese más que los hombres y que fuese de alguna utilidad para el arte y la belleza. Después de esas crisis, empeoraba bruscamente, la fiebre era más intensa y las asfixias se sucedían con más frecuencia, permaneciendo semanas enteras sin levantarse de la cama, aletargado, y sin hacer el menor movimiento; y era necesario alzarlo poco á poco hasta obligarlo á sentarse, y acomodarlo con muchas almohadas para que tragase algunas cucharadas de caldo ó de leche, casi sin abrir la boca y sin obtener que pronunciase una sola palabra. Otras veces era él mismo quien exigía que lo condujesen hasta el sillón del *atelier*, y allí pasaba horas enteras contemplando sus cuadros y sus estudios, como en un sueño bajo la honda impresión de las postreras melancolías, con plena conciencia de que su vida se escapaba dulcemente, y tocándose á cada instante el pecho, que parecía ser todo hueco, formado con tablas muy delgadas, como el ataúd de un recién nacido.

¡Oh, qué momentos aquellos para su alma! Deseando vivir, vivir por la gloria y para amar, porque desde que había aumentado su gravedad, se sentía enamorado de Marcela, pero con un amor póstumo, del espíritu y del intelecto, como él pensaba que le sería permitido amar

después de muerto, como se ama un retrato, una idea ó un recuerdo. Verla, enflaquecida con los desvelos, con grandes ojeras, como sombreadas con carbón, y los ojos abiertos, inmensamente abiertos, como si ella creyese que al faltarle su mirada su amigo iba á quedar muerto instantáneamente, como si careciesen de aire sus pulmones. Y él comprendía todo lo que su pobre amiguita sufría, y cómo su salud comenzaba también á quebrantarse. Ya en dos ocasiones, mientras Iriarte se veía acometido de esos accesos desgarradores de tos seca, tos sin sonido, como lejanas pisadas sobre un petate, Marcela se había desvanecido, creyéndolo ahogado; y vivía la infeliz criatura bajo la influencia de una indecible zozobra que le corroía el corazón y le tenía los nervios en una crispatura permanente. En la última semana Iriarte se encaprichó en hacer el retrato de su amiga, y ella tuvo que someterse, después de haberle suplicado tanto, á posarle un rato todos los días.

La cabeza resultó casi perfecta, y el suave tono de luz que envolvía la frente y los ojos, y que descendía perdiéndose vagamente por el erguido cuello de Marcela, hacía recordar, sin comparaciones, á la Infanta de Velázquez, y al Francisco I, del Ticiano; pero lo que dejó perplejos á los conocedores, fué el efecto de luz de los cabellos, pinceladas colocadas con audacia, con mano de revolucionario, y que destacaban el rostro

de un modo original. Parecía un retrato hecho en medio de la campiña, con el sol muy alto, medio protegido por los árboles, rodeado de una atmósfera de humedad; los cabellos sobre las sienes, movidos por el viento, podían contarse hebra por hebra. En ocho horas lo había terminado, y al entregárselo á su amiga, le dijo sonriendo con ironía: «Este es para tí; no te lo dejo como un recuerdo, sino como mi herencia; tal vez mañana cualquier usurero pueda darte por él cuatro mil francos.» Pero desesperábase al contemplar su gran cuadro á medio terminar, que esperaba sobre el pesado caballete de rodajas de acero, aquél que él hubiera deseado presentar en el Salón, para ser declarado *hors de concours*, y poder cederlo con orgullo al Museo de su país, de su país que lo había abandonado á la miseria, y que en el fondo era culpable de su muerte.

El cuadro representaba un incendio. Llamas rojas de bordes azules devorábanlo todo, formando juegos de luz imaginados con una audacia increíble por el genio del pintor. De un lado el fuego color de cereza destruía la madera y los muebles, hasta terminar lamiendo como una inmensa lengua los muros de piedra maciza, que poníanse negros y sucios como las paredes de un horno; del otro lado todo estaba devastado, y en el suelo yacían huesos y esqueletos que llevaban en los dedos y sobre el pe-

cho sortijas y joyas ahumadas. Más allá el busto de un carbonizado estaba intacto, pero se adivinaba que al tocarlo se convertiría en cenizas; y por todas partes el fuego se asomaba entre las grietas como largas serpientes insaciables en solicitud de nuevas víctimas, y reflejando hacia el centro los tintes fúnebres de la devastación, la soledad y el silencio. Cuántas veces fué sorprendido el pobre artista desolado, echado sobre el pavimento, contemplando desde el suelo su obra, con miradas de desconsuelo, como un cervatillo que mirase el sol; y se veía raquítico, enfermo, sin fuerzas para sostener la paleta, con el cuerpo que se quejaba de fatiga. Y sin embargo, aquella obra que lo hacía aparecer tan pequeño, era fruto de su talento, engendrada por su genio, vivida en su cerebro muchos meses, como el hijo en las entrañas de la madre; y creíase de repente con la fortaleza de un león, pretendiendo con su sola voluntad dominar las debilidades de su organismo, su flaqueza física. A la cama se lo llevaban en peso, como un triste fardo, delirante y bañado en un sudor muy frío y pegajoso.

Así transcurrieron algunas semanas, entre crisis y delirios. En el otoño, creyeron todos que sería cuestión de unos días, y la casa se llenó de compañeros, que lo velaron muchas noches, pero viendo que no se moría, comenzaron á fastidiarse y se hicieron más raros. Car-

los y Luciana únicamente no lo abandonaron un solo instante. Ella, con miedo por Marcela, á quien veía muy delicada y cada vez nerviosa; él, por afecto hacia aquel pobre joven, que moría de miseria en un quinto piso, sin familia, en un suelo extranjero, olvidado por su patria, que mañana habría de estar orgullosa de su nombre y de sus triunfos. El invierno comenzó con sus escarchas y sus lluvias, y aunque no era todavía muy riguroso, la nieve caía á veces y la humedad molestaba á todo el mundo. Desde dos días antes, el enfermo cayó en una grave postración, y el médico aseguró que era ya el fin.

En una noche su rostro había sufrido un cambio espantoso, los ojos se hundían en las órbitas, y la nariz larga y perfilada parecía hecha de cera. Esa mañana, al entrar el alba por los cristales del taller, la estancia se inundó de una claridad de crepúsculo, sonrosada con tintes dorados, y el artista que hacía cuarenta horas que no hablaba, abrió repentinamente los ojos y dijo con voz muy baja: «¡Qué bella luz!»... Todos se acercaron angustiados al lecho, pero los párpados habían vuelto á caer sobre sus ojos, y sólo una hora después comenzó á mover los dedos, como si deseara asir algo con las manos, como si experimentase un ligero hormigueo en las extremidades. En ese momento entró el médico, tomóle el pulso, lo auscultó, é hizo despejar la estancia, no permi-

tiendo en ella más de dos personas; apagó una vela que se consumía en un rincón, y abrió de par en par las ventanas de las piezas contiguas para que se renovase el aire, diciéndoles con su acento amable: «No le quiten el aire para que muera tranquilo».

Eran las diez de la mañana, el cielo estaba muy azul, y el frío era seco y agradable. Sobre los tejados de las casas vecinas, el sol reflejaba sus rayos débiles y tristes, y de las fauces ennegrecidas de las chimeneas brotaba un humo obscuro, vacilante, como indeciso de qué rumbo tomar, esperando que el viento, que soplaba apenas, dispusiese de su destino, y lo enviase en cualquier dirección hacia el espacio. El *atelier* estaba convertido en sala de recibo, y allí aguardaban algunos, curioseando las academias y los *esquisses*; ótros, de sombreros y sobretodos, asomados indiferentes al balcón, miraban el aspecto de la calle, y la gente que iba y venía muy de prisa. De repente, un grito desesperado salió del cuarto del enfermo, era Marcela que tenía una crisis nerviosa, y hubo que calmarla con bromuro y valerianatos. Iriarte sentóse de improviso en la cama, sin la ayuda de nadie, pasóse las manos por la frente como si despertase de un sueño y con el rostro transformado, como iluminado repentinamente por una fuerza misteriosa, entre los brazos de su amiguita que no comprendía nada de aquello y le secaba el sudor con su pa-

ñuelo, y como para responder á las sorpresas que leía en las fisonomías, dijo, agarrándose el pecho y respirando fuertemente: «No; si ya no sufro, estoy bueno... Siento que la vida viene á mí... Mis pulmones se inflan... de aire... Yo... se lo decía... es la primavera que me ha salvado...» Y su cuerpo cayó pesado sobre las almohadas, sin una contracción en el rostro, y fijando sus ojos, vueltos enormes de mirar profundo, en aquella delicada criatura de facciones de virgen, la única que había logrado ocupar un sitio en su alma perfumada como un jardín de rosas, en donde sólo el arte y la belleza pudieron vivir estrechamente.

El aspecto de aquella casa había cambiado en un segundo, y la muerte cubría con sus alas poderosas el humilde lecho en donde yacía severo para siempre el infeliz artista.

El entierro fué un pobre cortejo de abandonado, hecho con las suscripciones de sus amigos, á las doce del día, bajo una lluvia muy fina y un frío glacial. A lo más, veinte personas iban detrás del féretro, que los conductores llevaban muy de prisa para salir de éso. Todas las almas estaban tristes, pero la emoción no tuvo límites al ver descender de un carruaje un anciano condecorado con la Legión de Honor, Miembro del Instituto y Vice-presidente de la Sociedad de los Artistas Franceses, cuyo nombre era conocido en toda Europa, y al cual había debido sus primeros triunfos

Iriarte. Y aquel hombre, cargado de merecimientos, que por casualidad había sabido la miserable muerte de su discípulo, fué á autorizar con su presencia la futura gloria del artista. En efecto, al notar su presencia entre los concurrentes, los conductores fueron más despacio, y la gente, á pesar del invierno, se descubría con respeto.

En el cementerio no hubo ceremonias, Lagrange dijo algunas frases, llenas de profundo dolor y de amarga ironía sobre las cosas de la vida. Marcela gemía en un ángulo, y su quejido parecía el canto melancólico de un pájaro. Sobre la tumba arrojaron muchas flores, y todos se retiraron, marchando cabizbajos, sin agregar una sola palabra.

Mientras tanto, el quinto piso de la *rue Lemercier* estaba desierto, y en el ambiente vagaba un fuerte olor de ácido fénico. El taller semejaba un campo deshabitado, y sobre el muro, colgada en un clavo, al alcance de la mano, pegados todavía algunos colores al descuído, yacía la paleta, como si el artista hubiese dejado olvidado su inmenso corazón herido en aquel cuarto húmedo y sucio, en donde habían quedado solitarios sus sentimientos y sus ideales.

V

Aquella mañana Eduardo Doria levantóse más temprano que de costumbre, con la cabeza pesada y el cuerpo muy quebrantado. Había dormido mal, y toda la noche la luz había pestañeado sobre la chimenea, en una lamparilla de plata, cubierta con una pantalla japonesa hecha de seda verde, que envolvía la estancia en una semi-obscuridad de santuario, como la triste veladora de un altar. Niní, desde el día anterior, con un pretexto cualquiera, habíase ausentado, y él estaba sólo, á la una de la madrugada, tendido sobre la cama contemplando los dibujos de las tapicerías, que se le antojaban ser rostros raros, que lo veían con insistencia, con aire amenazador; las flores de los muros parecíanle barbas y bigotes enormes; los triángulos y cuadrados del biombo que ocultaba la chimenea, cascos y armas de

combate. Cerraba los ojos para huir de esos engaños de la imaginación, y entonces, llamaradas de fuego, que iban cambiando de color mientras más apretaba los párpados, se alzaban en su cerebro. Y pensaba obstinadamente en los muertos, en su buena madre, en el tío Fermín, en Iriarte, y en otros más lejanos todavía en sus recuerdos, que él había visto por casualidad cuando estaba niño, tendidos en un catre, con un pañuelo que les sostenía la quijada, y un crucifijo de hueso amarillento sobre el pecho. Después, volteaba de un lado á otro la cabeza, con cierto recelo, al menor ruido que creía oir, ó bruscamente, como para sorprender á alguien que lo espiase por detrás. Tuvo miedo, sobrecogido de un pavor nervioso, saltó de repente del lecho y abrió corriendo el balcón, como para pedir socorro. El viento que soplaba del Parque refrescóle el cerebro y durmió algunas horas, presa de angustiosas pesadillas como si lo estuvieran ahogando, apoyándole grandes manos sobre el pecho, manazas muy pesadas, que él luchaba en vano de retirar de sí, con los miembros paralizados, incapaces de ejecutar un movimiento.

Otra forma de la melancolía comenzaba á dominarlo; soñaba despierto, pero, como siempre, no veía sino cosas tristes, historias de acontecimientos dolorosos. Su muerte repentina en medio de la calle, la llegada del comisario que registraba todos los bolsillos y que no encon-

trando papeles que probasen su identidad, hacía conducir el cuerpo á la Morgue. Y se contemplaba allí, en aquel local húmedo y sucio, pestilente á ácido fénico, y adivinaba la expresión de su rostro, alargado, amarilloso como las figuras del Museo Grevin. Y toda aquella gente ociosa y mal vestida que desfilaba delante de la vidriera buscando de conocer al muerto. Después, era la sorpresa de sus amigos al saber su fin; la pena profunda de Lagrange, que se paseaba silencioso, fumando nerviosamente, colérico de la injusticia de la suerte; el llanto sincero de Luciana; el miedo de Niní, que no quería dormir sola, ni apagar la luz, creyendo ver su espectro por todas partes.

Otras veces, era la idea del suicidio que lo perseguía, y analizaba con cuidado el género de muerte preferible, hasta verse tendido en el lecho, la cabeza deforme entre las almohadas rojas de la sangre que brotaba de su cerebro destrozado. El misterio de su muerte, las murmuraciones de las gentes: «Quién lo hubiera creído...» «Un hombre tan feliz, siempre contento, que reía siempre...» «Rico, y con una querida tan hermosa...» Y el misterio existiría siempre, porque él no dejaría nada que pudiese revelar el hastío de su vida, la tristeza voluptuosa de su carne.

Después de tomar el café, ocurrióselo registrar unos viejos baules, llenos de cachivaches y papeles de familia ence-

rrados en largos tubos de metal, que le habían enviado de su pueblo después de las desgracias acaecidas. Hizo traer los baúles al salón, y allí pasó toda la mañana, revolviendo y curioseando todo aquello, con mucha atención, deseando adivinar qué historia tendría cada objeto, y pensando que *éso* era todo lo que quedaba del pasado de su familia Pero, sobre todo, las historias que más le intrigaban conocer eran las de unas carteras de cuero, secas y porosas como madera, y que contenían trenzas de diferentes cabellos, amarradas con cintas descoloridas; algunos retratos hechos sobre vidrios ahumados, cuyas facciones se distinguían apenas al ponerlos contra el sol; medallas y crucecitas casi gastadas, con efigies de santos y de reyes. Eduardo creía ver en tòdo eso, remembranzas de amores y pasiones, porque sus abuelos paternos pertenecieron á una raza infatigable de voluptuosos. Aquellas suciedades metidas en grandes cofres, que parecían urnas, eran los restos de su familia; y sin embargo, su bisabuelo había sido un verdadero artista, gloria de su tiempo, su abuelo combatió con Napoleón en Egipto, uno de sus tíos pasó á Sicilia, formando parte de la expedición de Los Mil, á las órdenes de Garibaldi; otro de los hermanos de su madre, fué un sabio, naturalista y químico, que pereció en su laboratorio una tarde experimentando reactivos, y descubriendo cuerpos simples.

«He aquí la vida, pensaba; se lucha incesantemente. Por la gloria el héroe, el artista, el poeta y el sabio; los otros por el bien individual, por la fortuna, por los honores, por vivir burguesmente en su casa, entre una esposa y unos hijos, y después, vuelven todos á lo mismo, á la nada, llevando cada uno lo que ha sufrido y ha gozado. La vida es una triste ironía, una ley de infinita crueldad.»

Y repentinamente se encontraba poseído de una sorda cólera, sin saber contra quién, ni por qué. Convencido como estaba de que la felicidad no existía para los hombres, encontraba una funesta propaganda de maldad el traer á la vida nuevos seres, y sentía instintiva antipatía hacia sus padres, sentimiento que rechazaba de prisa, con horror, y una especie de odio contra Dios, si fuese cierto que existe y ordena. Luego una honda tristeza invadía su alma, mezcla de ira y de piedad por los humanos, destinados á desaparecer después de una lucha inútil entre locuras y sueños irrealizables.

Hubiera deseado amar la vida y ser como todos, dejarse engañar y seguir en el triste remolino camino de la muerte. Pero su alma rebelábase, á pesar suyo, y lo enfurecía la idea de que el hombre fuese un simple objeto, juguete de los acontecimientos, pasto insípido del tiempo, fruto podrido del atavismo y de la herencia. Encontraba que el hombre

tomaba la vida muy á lo serio, instalándose en el mundo como si la existencia fuese duradera, y creándose voluntariamente lazos para hacer más agudo el dolor de la partida. Muchas veces habíase sorprendido riendo en silencio, con risa diabólica, viendo cómo luchaban los hombres por realizar sus proyectos, discutiendo y defendiendo el porvenir como si pudiesen poseerlo, gozarlo y vivirlo; y aseguraba que todos los hombres eran alocados y corrían tras una manía, sin preocuparse de pensar cuál era el objeto de la vida, creyéndose inmortales, sin reflexionar en el fin, en el regreso fatal á lo inconsciente. Otras veces al mirar al público en los teatros y en las diversiones, riendo y charlando alegremente desde su palco, creíase superior á toda aquella gente, y movía tristemente la cabeza, diciéndose: «Toda esa gente va al encuentro de la muerte y ríe.» Siempre había observado que en medio de las grandes alegrías, al finalizar los espectáculos y los festines más bulliciosos, sucedíanse instantes de profundo silencio, como si todos á la vez reflexionasen en una misma cosa, como si un sér misterioso é invisible hubiese penetrado de improviso en la sala y sugestionado de idéntico modo con su presencia todos los espíritus. Y todos quedábanse aletargados, sin saber por qué, soñando con cosas raras y tristes, olvidando la felicidad, como dándose cuenta exacta de que las alegrías no

equilibran las tristezas, y de que la vida es un inmenso camino lleno de abrojos en donde sólo reina el dolor. Parece que todos se engañasen voluntariamente para olvidar, pero luego se mira hacia el pasado, y se ven rodando los afectos, marchitos como las flores; se mira hacia el porvenir, y se ve igualmente los nuevos afectos que también han de morir. El presente, en el mar de la vida, es sólo un día, y la barca sigue vacilante, dejando hacia atrás el huracán que todo lo ha destruído, hacia adelante, la tormenta que se prepara sobre nuestras cabezas.

Y Eduardo deliraba en pleno día, agostando sus ilusiones, como el ardoroso sol la siembra llena de renuevos del labrador. El amor, que había constituído su solo ideal, comenzaba á fatigarlo, y la voluptuosidad ya no podía ofrecerle sino placeres conocidos, labios iguales y senos vacíos. No encontraba sino un sólo medio de retardar la hora aciaga, que él distinguía muy cerca, amenazadora é inevitable: perseguir el refinamiento hasta el límite de la locura, y allí abandonarse á su destino, sin luchar ya más, como un cuerpo extraño que desciende, indiferente al sitio en donde va á caer, como una lágrima, como una hoja, como una piedra.

En esos momentos la vida era un peso para su cuerpo, y honda melancolía lo embargaba, teniendo piedad de sí mismo y siguiendo con la humildad de un

esclavo sus raciocinios desesperantes de escéptico. Comprendía que su enfermedad se agravaba, pero sentíase débil para combatirla, y sobre todo, llevaba la convicción de que toda lucha era inútil. Su alma cantaba como una cítara la tristeza de vivir, y entre tanto, él consideraba que cada nuevo día traería una nueva decepción. Eduardo Doria no había experimentado nunca la felicidad completa, en sus horas de suprema voluptuosidad, loco de pasión, cuando entre besos y caricias amaba la vida, imaginándose que los séres habían nacido únicamente para el amor y el deseo, la tristeza, como una sombra, espíaba el instante de penetrar en su cerebro, con el manto de la reflexión, para obligarlo á comparar y padecer.

Y recordaba que cuando era niño, en su pueblo, de sanas y honradas costumbres, se vió muchas veces acometido de grandes tristezas silenciosas, sin motivo alguno aparente, sin saber por qué, y se negaba á ir á la mesa, á salir á la calle, por dos ó tres días, hasta que su pobre madre, preocupada, venía á suplicarle que le dijese lo que le hacía sufrir, y al fin él, sin encontrar pretextos para explicarse, se echaba á llorar entre sus brazos, como buscando un refugio para aquella pena desconocida, que, como un susto interior, lo hacía padecer horriblemente. Y ahora, tantos años después, en su aristocrático salón, rico y joven, experimentaba aquellas mismas sensacio-

nes de su infancia, aquel mismo susto inexplicable, pero abandonado en el mundo, bajo el más refinado y peligroso medio de París. Y al revolver aquellos baules, únicos restos de sus antepasados, cenizas de una inmensa pira encendida durante muchos años, pensaba, con la mirada fija sobre el suelo, como un autómata, que su alma estaba muy enferma, puesto que él la sentía aletear en su organismo como una mariposa prisionera, y que si el mundo moderno no poseía nada nuevo para hacer amar la vida, la obra de la civilización había sido desdichada, convirtiendo el amor en un insípido manjar para los paladares burgueses, y la lucha por la vida en una lucha despreciable por comer y dormir.

Y cerrando dolorosamente los ojos, sentía envidia por los antiguos paganos que crearon el arte de amar para las almas refinadas, y lucharon por ideales más nobles y más intelectuales que las generaciones presentes.

El aniversario de Eduardo había caído esa vez justamente en la *Mi-Câreme*, y él había invitado á sus amigos para festejarlo, pero á condición de que viniesen todos disfrazados.

Sobre los boulevares reinaba la locura, vestida de arlequín, con su gorra de cascabeles. La gente se apiñaba en las aceras esperando la hora de la cabalgata, y atacábanse como en una verdadera

batalla, vaciando sin descanso los sacos de *confetti*. El suelo estaba como alfombrado, y los pies marchaban trabajosamente sobre los papelillos, como sobre grandes campos de paja. Las mujeres eran las incansables y las temidas en la lucha; con el rostro protegido por el velo del sombrero, su placer era echar los papelillos dentro de la boca de los hombres, ó lanzarlos con fuerza sobre los ojos, para ver los movimientos bruscos de las cabezas al huir de un lado para otro, y entonces reían dando salticos nerviosos, esquivando la revancha, ó deteníanse tercamente á resistir el ataque, orgullosas de ser siempre las vencedoras. En los balcones de los Cafés estaban las más elegantes, lanzando desde lo alto, serpentinas muy rápidas que caían sobre las cabezas de los paseantes, ó se colgaban de los árboles, semejando largos lazos de cintas multicolores. En las terrazas, artistas ambulantes en busca de centavos cantaban canciones picantes, con voces acatarradas, roncas del trabajo de todo el día, ó recitaban monólogos imitando á algún viejo personaje político, ó, aprovechando el lado patriótico, hacían escenas en donde la libertad era aclamada y el ejército ensalzado; terminando con arranques belicosos de fingida emoción, dando gritos por la patria y la república. Otros tocaban en pitos y violines serenatas desafinadas, sin ritmo, sin compás, y aunque las más de las veces estaban acom-

pañadas con platillos y panderetas, resultaban tristes y fatigosas, músicas frías, enfermas de miseria, pobres de pasión.

Pero la cabalgata se acerca, y la animación crece, y todos buscan sitio para ver mejor el desfile. Los carros marchan muy despacio, cada uno con su orquesta, llenos de mujeres semi-desnudas, pintarrajadas, con pelucas rubias ó negras, mujeres que bailan y hacen muecas al público. Adelante avanza el Cortejo de los Estudiantes, onda de alegría forzada que la tradición ha impuesto al Barrio Latino, y que éllos conservan con orgullo, tratando de sobrepujar en originalidad y gracia los años precedentes. El carro de las Ciencias, el de las Artes, el de Venus, el de Minerva, y detrás siguen hombres y mujeres disfrazados de Cupidos, de guerreros disparatados, armados con cota y malla, grandes cascos brillantes y espadas de doble filo, de médicos con pelucas de viejos, calzón corto y zapatos de hebillas, que llevan en las manos largas jeringas sugestivas, de filósofos enfiaquecidos por las vigilias, de sabios y de artistas conocidos. Detrás viene el Cortejo de los Mercados, con sus carros alegóricos y su gente disfrazada, de rábanos, de espárragos, de coles y lechugas. Cada cortejo lleva en su carro más lujoso su «Reina», la más bonita muchacha de su barrio, y éllas van rodeadas de sus damas de honor, muy ensimismadas, llevando el estrella-

do manto real sobre las espaldas, y la vistosa corona de cartón en lo alto del peinado, y son éllas las más felices, las escogidas para formar la nobleza de un día, aristocracia fugitiva que nace y muere en una tarde muy alegre de grandezas y mascaradas. Por fin llega, entre el ruido metálico de las trompetas y los vivas de los comparsas, el Cortejo de las Lavanderas, en donde viene la «Reina de las reinas». Adelante marchan á caballo jinetes vestidos á usanza de los antiguos paladines, precedidos de Don Quijote y Sancho, y de héroes y personajes populares de poemas y novelas; y sobre un suntuoso trono hecho con tablas y flores, rodeada de su corte, va la omnipotente soberana de un día. Había sido la escojida por el jurado como la más bella entre todas, y élla ríe y saluda con donaire á la concurrencia que la aplaude cariñosa. Las otras reinas sentían celos de su soberana, y aunque murmuraban interiormente descontentas de la elección, la diplomacia les exijía el disimulo, y sus risitas más amables y sus frases más afectuosas, eran siempre para élla. Hasta el *Hotel de Ville* se fueron á recibir los dos besos clásicos del Señor prefecto, y á tomar algunas copas de champagne, escuchando los discursos oficiosos y la música de estilo.

La cabalgata seguía su marcha hacia los sitios más populosos de la ciudad, llevando consigo la algazara y la ale-

gría, las batallas de *confetti* continuaban sobre los boulevares, y las sombras crepusculares de la noche que caía, daban cierto aspecto trágico á toda aquella multitud delirante é inconsciente.

En el parque Monceau el departamento de Eduardo estaba brillantemente iluminado y lleno de flores y de hierbas perfumadas, de *demi-monsas*, de iris, de lilas y de claveles. Había hecho traer rosas ardorosas del Mediodía y camelias tersas y delicadas como flores de nieve. En el comedor las fruteras estaban repletas de fresas y cerezas muy rojas; naranjas de Valencia, amarillas, color de oro; melocotones de piel muy suave; y como vinos y postres, todo lo más exquisito y refinado. Antes de la hora fijada estaban todos allí. Las mujeres, descotadas, voluptuosas, y con ganas de reir y de divertirse; alegres con la algazara de la calle; con los labios temblorosos, en busca de besos, y los ojos brillantes, pidiendo caricias; los nervios excitados, bajo la fiebre de las primeras copas del aperitivo. Los hombres, complacientes, felices de verlas contentas.

Durante la comida los chistes y las risas no cesaron, y ¡las parejas enamoradas, con los labios húmedos de dulces, fragantes de esencias raras, continuaban insaciables dándose besos, besos que hacían correr calofríos luminosos por las mejillas ardientes de las

muchachas, y palpitar más de prisa los corazones al levantarse majestuosos los senos, inconformes y prisioneros en lo alto del corsé. Y ya ellas comenzaban á poner las caras compungidas, con mohines deliciosos de gatas mimadas, locas por irse á sus alcobas solitarias, en donde el poema de los besos era la quinta esencia de la felicidad y del amor. Y todos se alejaron abrazados, bailando y cantando, sin noción exacta de la hora y de la vida.

Eduardo Doria era el único que no había gozado de la fiesta, torturado por la psicología enfermiza de sí mismo. ¿Cómo arrancarse de la sangre aquel torrente heredado de voluptuosidad, fuente inextinguible de sensaciones morbosas, de nuevos deseos, que apenas gustados desaparecían, dejando en el fondo de su sér un germen infinito de tristeza, mezcla de sombras de cosas ya vividas y de amores presentidos que habían de tener el mismo fin? Su martirio era á sus ojos peor que el suplicio que había soportado aquel desventurado rey de la Frigia, que convertía en oro todo lo que sus manos tocaban. La voluptuosidad existía en cada fibra de su alma; pero su sensualismo era un sensualismo doloroso, nunca satisfecho, jamás contento; y para mayor desgracia, su imaginación le presentaba todo con colores más bellos de lo que la realidad podía ofrecerle, y cada deseo vivido era una nueva desilusión en el camino del futu-

ro ideal. En lo íntimo de su sér se ocultaba el más romántico de los artistas. Desde meses atrás había intentado cambiar la corriente de sus sensaciones por la saciedad, por la extenuación de sus sentidos; pero el resultado había sido fatal, y ahora la mujer comenzaba á desaparecer, y sólo suspiraba por los trajes de seda, por las enaguas de encajes, por los cuerpos elegantes y esbeltos que él no podía poseer. Cuando veía á Niní con el mismo traje, con los mismos adornos, quedábase completamente indiferente; pero el cambio de color, el cambio de perfume en las *toilettes*, producían una nueva sensación en su organismo. Su imaginación volaba como un pájaro de alas inmensas hacia el más azul de los países, pero el análisis implacable teñía su cielo de nubes negras y fúnebres. Y en ciertos momentos él sentía que su sangre se filtraba gota á gota en el cerebro, y la oía correr muy de prisa por las venas, cantando como una fuente misteriosa la belleza eterna de las formas femeninas, la transparencia de un ensueño irrealizable.

Y en medio del banquete, sin conciencia de sí mismo, poseído de la tristeza de vivir, había protestado contra el amor y el placer, proclamando el triunfo del licor, y recitando, ya beódo, aquellos versos singulares del poeta enfermo de *Las Flores del Mal:*

Tout cela ne vaut pas, ô bouteille profonde,
les baumes pénétrants que ta panse feconde

garde au cœur altéré du poëte pieux;
tu lui verses l'espoir, la jeunesse et la vie.
....
....

Y apurando hasta el último sorbo una botella de *champagne*, perdida la razón cayó como un cerdo sobre la alfombra, en donde yacían casi marchitas las rosas ardorosas del mediodía y las camelias tersas y delicadas como flores de nieve.

Entretanto, en el salón, Niní habíase desabrochado el corpiño que la sofocaba, y reía con su risa perversa, escuchando las súplicas lacrimosas del belga, que, de rodillas le juraba que sería su esclavo, si ella se mostraba menos cruel, y le besaba las manos y los pies como á una diosa adorada. Al fin élla, con ganas de sentirse acariciada, dejóse besar y abrazar, como quien da una limosna de amor, con todo el orgullo de su belleza tentadora. A su lado el aire se hacía excitante con los efluvios voluptuosos de las flores y del vino.

LA TRISTEZA VOLUPTUOSA

TERCERA PARTE

Aquella alma se incendió como el éter en el fuego.

I

«Si pudiéramos aislarnos de la multitud, huir de la mediocridad, del contacto de la plebe engreida que vestida de caballero discute y opina, creyendo saber de todo, incapaz, sin embargo, de comprender las almas refinadas, y juzgando por las sensaciones de su piel las sensaciones de los otros, de los que salen de su nivel, seres extraños que sienten de un modo distinto y que por eso están ya condenados al tedio de la vida, no encontrando con quien vibrar al unísono en la gran masa. Y es élla la que ha hecho las cosas á su manera, la que se cree feliz en la ficción de los hechos, la que no reflexiona que en la existencia humana debe de haber algo superior á esa triste vida de ilotas que llevan todos, sin protestar, como sumisos animales, que aguardan pacientemente la enfermedad ó la vejez para desaparecer. Y á

esos hombres podría alguien mañana, á la hora de la muerte, decirles: ¿Qué has hecho de tu vida, hermano?... ¿Yo? «He trabajado, he comido y he dormido», respondería el moribundo, y ciertamente que quedaríase admirado si le dijeran: «Desgraciado, te mueres sin haber vivido, has perdido tus años, has luchado sin descanso, y has llegado al final sin sospechar que existen delicias secretas y placeres desconocidos, y que del cerebro, como de un arca misteriosa, pueden extraerse cada día nuevas sensaciones. Pero tú has aceptado sin curiosidad todo lo que encontraste, y has hecho como los demás. Por ahorrar tus fuerzas, por economizar tus sensaciones, regresas á la Nada como si jamás hubieses salido de ella. Es verdad que te vuelves ya viejo, ¿pero qué has ganado con eso? La vida no la constituye el mayor tiempo que el corazón lata ó que la sangre corra por las venas, sino la manera como hayan vibrado tus células y de qué modo ha corrido tu sangre. En diez años de existencia se puede vivir más de cien. ¿Qué sabes tú de la vida, anciano? Apenas has conocido el amor, y, ni has acariciado la Belleza, ni has sabido comprender el Arte. No has sido sensual, y no has sido artista, luego no has vivido más que yo, que he de morir á la mitad de tu edad.

«Las almas no son iguales, como los colores poseen diferentes tonos, como los ojos, no se encuentran semejantes en distintos rostros. ¿Por qué, pues, has de

juzgar mi alma á través de la tuya cuando son tan diferentes una de otra, como las diversas copias de una obra maestra? El deseo y la felicidad viven en todos nosotros bajo formas distintas, las angustias no son iguales, aunque sean producidas por la misma causa. No encontrarás en la naturaleza dos rosas exactamente iguales, y aun las dos manos de un mismo cuerpo se diferencian de tal modo con el desarrollo, que al presentártelas separadas no equivocarías la derecha con la izquierda. Pues bien, en el interior de los hombres la diferencia es todavía mucho mayor, una misma impresión se refleja en las almas de tan diversos modos, que si pudiéramos marcarla con líneas, resultarían un infinito número de curvas, teniendo apenas algunos puntos de contacto. ¿Crées tu, acaso, que al escuchar la música la impresión es la misma para todos? ¿Crées tú, acaso, que al contemplar ese azul del cielo lo vemos todos con la misma intensidad? Las almas son todas diferentes, si no en la esencia, por lo menos en la manera de sentir y de vibrar, siguen una ley misteriosa, y á nosotros no nos toca sino obedecer al Enigma que nos gobierna y nos acompaña, sin hacer alardes ridículos de libertad de acción ni de libre albedrío.»

En el alma quejumbrosa de Eduardo Doria vivía como un reptil en un antro la implacable decepción. En su cerebro vacilaban las ideas como las olas en el

mar, y un inexplicable temor al sufrimiento germinaba en aquel sér extraño que no había podido comprender la vida, y que experimentaba la inmensa desesperación de haber nacido. Desesperábase al observar la indiferencia con que las funciones vitales cumplían sus actos, y enfurecíase al ver cómo los hombres aceptaban todo aquello sin el menor gesto de protesta, conformándose con la triste suerte que les estaba reservada, como los más insignificantes objetos, como simples cosas que no tuviesen razón de existir. ¿Cómo es posible que tantos millones de seres no protesten contra la vida, y la toleren con una conformidad singular, casi con alegría, como sin conciencia de lo que son ni de lo que han de ser? Una disciplina heredada los guía, como al pobre soldado que va á luchar sin saber el por qué de tal guerra, confundiendo, en su ignorancia, la necesidad con la justicia, el temor al castigo con el heroismo.

Y en su ira secreta por el destino de la humanidad, ideas negras le asaltaban, y entonces alejábase por algunas semanas de la gran ciudad, abandonando precipitadamente, como en una fuga, sus amigos y sus compañeros de placer, aislándose en el campo solitario, deseando sinceramente encontrar la calma y la salud para su espíritu, en medio de las montañas cortadas á pique, entre los bosques silenciosos, con el contacto de las sencillas gentes del campo, que vi-

ven sin prejuicios y no piden á la vida más de lo que ella puede humildemente ofrecerles. Hasta entonces había conseguido gozar en esos viajes precipitados, de algunas horas de tranquilidad, distraído con la belleza de los paisajes y con las rarezas de cada pueblo. Y ahora, después de uno de esos momentos de desaliento en que su alma quedaba como extenuada, dormida entre tristezas desconocidas, como si el presente hubiera desaparecido de repente y algo se hubiera roto en su interior, se había ido hacia la playa, á la Costa de Oro, á un puertecito solitario, rodeado de grandes peñascos azarosos, que parecían querer precipitarse hacia el vacío, con ganas de sumergirse en el mar sereno y azul que les servía de espejo.

Tocóle hospedarse en un antiguo castillo medioeval, de altas ventanas enrejadas con gruesos balaustres, del cual relataban los del lugar historias espeluznantes de tormentos y prisiones. El mar besaba la abrupta roca que á manera de atalaya protegía los muros carcomidos por el salitre, en la parte baja, hacia los cimientos, y desde allí se veía la costa tortuosa y caprichosa que se perdía á lo lejos, á veces árida y tostada como si los grandes calores la hubiesen hecho estéril, á veces, en los sitios protegidos por los recodos, verde y floreciente como un prado. El castillo estaba casi deshabitado, y sólo en el primer piso habían arreglado algunos cuartos que la familia del

guardián alquilaba por cuenta propia. Arriba, en el salón, habían formado un museo, con las armaduras, lanzas y espadas que, según los letreros pegados á la pared, habían llevado los antiguos señores en sus luchas por la defensa del trono y del altar, en la época del feudalismo. Abajo, en los fosos, descendiendo por una estrecha escalera de piedra, aseguraban los criados que habían perecido muchos jefes enemigos, y aunque no había el menor resto de cadenas, grillos, ó argollas de hierro, los visitantes, sugestionados, salían de allí pensativos y sofocados por el aire viciado y ese olor terroso y húmedo de los subterráneos abandonados. La primera cueva, menos grande y más clara que las demás, estaba llena con madera y carbón, y alguna que otra barrica de viejo vino generoso, con que se obsequiaban los amos cuando por un caso excepcional llegaban por pocos días á visitar la finca.

Del lado atrás, hacia la gran puerta que daba al pueblo, se veían el jardín y la arboleda, limoneros y ciruelos y algunos tamarindos que, á fuerza de cuidados, habían conseguido aclimatar, no habiendo podido, sin embargo, obtener frutos, y conservando siempre los árboles un aspecto raquítico y enfermizo, como niños privados de aire. En la alameda, hacia el malecón que daba al mar, reuníanse por las tardes los paseantes á ver la caída del sol, y el cielo se ponía como de púrpura, todo ru-

borizado como si lo sorprendiesen en deseos prohibidos. El horizonte se iba alejando poco á poco, y el sol de repente, como una inmensa gota roja, se hundía en el agua, luminosa y encendida, como de fuego. En las noches de mucha brisa, en que soplaban ráfagas tormentosas, el mar, de ordinario puro y plateado como un lago, se enfurecía y daba gritos rabiosos como una gran alma rebelde. Entonces los habitantes se recogían en sus casas, temerosos de la tempestad, nerviosos con los continuos relámpagos que, como instantáneos pestañeos sulfurosos, cruzaban el espacio, bordándolo todo de oro y azul.

Sin embargo, Eduardo prefería dirigirse en las noches obscuras hacia la playa desierta, dejando sus pisadas impresas sobre la arena; y sentábase horas enteras sobre una peña á escuchar el melancólico murmurar de las olas, que le cantaban cosas raras al oído, aleteos de tristezas, quejidos dolorosos, con una cadencia siempre igual, desesperante melodía formada con rítmos de su pasado, recuerdos irónicos de sus sentimientos muertos. Cuántas veces en aquella triste soledad, al mirar á lo lejos la fosforescencia del agua salada, al escuchar los graznidos siniestros de las aves nocturnas, parecíale que aquel hombre que estaba sobre la peña era un sér extraño, á quien él no conocía, con quien nunca había hablado, un individuo distinto, un extravagante de malas intenciones que

salía de noche con un objeto criminal por esos sitios; y entonces se iba á toda prisa, alejándose con recelo, como si se viese perseguido por sí mismo, teniendo miedo de no poder llegar hasta el castillo, y que aquel desconocido lo asesinase en mitad del camino. Al llegar á la roca más alta, se detenía, y volviendo el rostro, parecíale ver todavía sentado sobre la peña, entre tinieblas, la sombra fatídica de aquel sér misterioso que había venido al pueblo á buscarlo para llevárselo para siempre á otros países más lúgubres en donde también el dolor tiene su trono. Y nada igualaba la pavorosa desolación de su alma, al huir en esas noches obscuras de su propia sombra, sabiendo que *el otro* era el más fuerte, y que él era el débil, el predestinado, el irresponsable.

En la gran alcoba tapizada con flores de lís, llena de imágenes descoloridas y de viejos blasones, que parecían sobre el muro manchas no acabadas de borrar, Eduardo se encontraba dominado por grandes insomnios, y pasaba noches enteras sin cerrar los ojos, agitado y nervioso, deseando que regresara el día para salir á la alameda, á ver como el sol trasmontaba las cumbres de los cerros, y sorprender el instante en que la semiobscuridad vaga é indecisa del crepúsculo transformábase de repente, en menos de un segundo, en una intensa claridad de una fuerza majestuosa, que sorprendía siempre del mismo modo

sus pupilas, ávidas de recibir la luz.

Sin embargo, su cuerpo comenzaba á fatigarse de las noches pasadas en vela, y el cerebro resentíase de los abusos. Ya muchas veces al tomar su baño en el mar, había tenido ganas imperiosas de dejarse llevar por las ondas, como un cuerpo inerte, imaginándose ser un náufrago, que venía desde muy lejos, arrastrado por la corriente, rodeado de algas y linazas babosas, dejándose hundir hasta volver á la superficie morado, sin aliento, con los ojos inyectados; pero él experimentaba cierta voluptuosidad suave y deliciosa al encontrarse en el fondo, todo cubierto de agua, y eso le agradaba. Sentía una sensación desconocida, rara, una mezcla incomprensible de misticismo y sensualismo, que lo hacía permanecer sumerjido mucho tiempo, mucho tiempo, hasta ya no poder más. Una mañana, queriendo gustar hasta lo último aquella impresión demasiado breve para sus sentidos, sensual y ascética, con el peligro de la asfixia y el roce frío del agua sobre la piel, le faltó la voluntad para ascender, y experimentó cuatro segundos de una angustia sin igual, instantes de verdadera agonía, en que se creyó perdido, y solo el instinto pudo salvarlo. Sobre la arena cayó desmayado, con fuertes dolores en el pecho y la cabeza como si le fuese á estallar. Pero lo que le llamó más la atención, fué la cantidad de cosas diferentes que pasaron por su cerebro en esos cuatro segun-

dos, cosas sin hilación y sin importancia alguna, actos pueriles en los cuales él nunca había vuelto á pensar, recuerdos que venían desde muy atrás, con cierto orden cronológico, como si se hubiese roto el resorte de una máquina, y hubiesen comenzado á desarrollarse las placas con una velocidad asombrosa, de atrás para delante.

El primer segundo le había parecido casi alegre, y aseguraba que él se había reído en ese momento viendo cosas graciosas de su infancia, pero después, el tercero sobre todo, eran cosas lúgubres, funerarias, remembranzas de muertes trágicas que había visto ó leído siendo estudiante; y el último, fué horrible, miles de manos lo agarraban y le apretaban la garganta, abriéndole otras la boca para que tragase el agua amarga como si allí habitasen sirenas y neréidas malévolas; después tuvo plena conciencia de que era la muerte que llegaba, y ya no pudo luchar más. «Es horrible, se decía, pensando en aquel último instante, pero, ciertamente que la mayor angustia había pasado y que lo que venía después era el estado de la inconciencia, en que ya no se sufre.» Y le fastidiaba la idea de haberse salvado, y hubiera deseado morir, así, sin premeditación, en solicitud de un nuevo placer, acariciado por las olas dulcemente, y veía su cadáver que flotaba, llegando casi hasta la playa, y empujado otra vez hacia adentro, en el agua azul y verde con rever-

beraciones de iris. Pero ahora cuando la brisa soplaba con fuerza, y los relámpagos como instantáneos pestañeos sulfurosos cruzaban el espacio, él también se escondía en su estancia, cerrando todas las ventanas, para no escuchar los gritos desesperados del mar, que lo llamaba desde lejos con su voz ronca.

Su estada en aquel puerto, triste y caluroso, dominado por grandes rocas escarpadas, con sus caminos poblados de naranjos, en cuyas ramas se agitaban los azahares castamente, y de frondosos granados de flores lujuriosas, rojas como el deseo; el gran edificio de ladrillos, que servía de Alcaldía, y en donde muy rara vez había pleitos que decidir; la ausencia de gendarmes y de agentes de Orden público; las casitas construídas sin estilo alguno arquitectónico, todo, todo, lo obligaba á recordar su pobre aldea, que allá en la Zona Tórrida, á tantos centenares de leguas yacía, con sus dos largas puntas, que entraban en el mar formando una bahía, y que él ahora miraba como enormes brazos amorosos que lo esperaban para salvarlo del tedio de la vida. Sí; pero á qué regresar. Todo había ya desaparecido. En diez años de ausencia, su casa se había derrumbado completamente y los afectos no germinaban tampoco para su alma en aquellos parajes. Si acaso quedaría el mismo cementerio, solo sitio en donde podría encontrar restos de su familia y de sus amores. Ya en su

país, él no era sino un extranjero. Todos lo considerían como á un extraño, como un desertor del suelo patrio, sin hogar ni parientes. Sus compañeros de infancia lo verían de mal modo, pensando que él habría de llegar con la aureola de París á quitarles sus conquistas, el cetro hueco del reinado de aquel pueblo de incautos lugareños; é incapaces de comprenderlo, le llamarían pretencioso, inconforme, *poseur*. Cómo habrían ellos de comprender la transformación radical de sus ideas, de sus sentimientos y de sus costumbres; la enfermedad que lo minaba, el desastre doloroso de su alma, el misterio heredado que vivía en su sér. Sin embargo, ellos eran los fuertes, los sanos, los dignos de envidia. Y cómo podía exigir que lo comprendiesen, cuando él mismo no reconocería su antigua alma, si pudiese verla pasar como una golondrina huyendo presurosa de las melancolías de las horas.

Y soñando, soñando, recordaba todas las inocentes alegrías de doce años atrás, las correrías por la playa buscando anguilas, camarones y cangrejos, viendo sin descanso el suelo, como perros cazadores en busca de perdices. Las hermosas crecientes del río, un hilo muy delgado de agua, que á veces amanecía caudaloso y rabioso llevándose todo lo que encontraba, como para vengarse de las burlas que le hacían en la sequía. Y aquellas somnolientas caídas de sol. Y los amores ideales con Isabel, la chi-

quita bella y sencilla como un lirio del valle.

Por las tardes cálidas, á la hora de la salve, se iban juntos á la ermita que está al comenzar la subida de la colina, Isabel iba acompañada de una vieja criada, con su devocionario todo lleno de estampas, marcadas sus oraciones con flores marchitas, recuerdos de ratos pasados juntos, en que los ojos hablaban y las manos estaban quietas. Y él oraba con fervor, pero de espaldas al altar, vuelto hacia la virgen de sus amores, la casta niña de traje corto y de rostro sonriente, y en el instante en que el incienso subía hasta el cielo del templo, en las naves silenciosas, como un peplo, y en que el cura alzaba la hostia santa, imaginándose que Dios estaba presente en medio de sus mímicas y símbolos, Isabel, enojada, le hacía señas para que diese el frente al sacrificio, creyendo ella también que si no era juicioso, sus amores serían desgraciados, como había dicho en el sermón el padre predicador á los fieles, para obligarlos á ser devotos y á dar limosnas para el santo Niño. Y después, aquella otra noche en que sofocados de haber bailado, se acercaron al balcón á recibir la brisa refrescante del mar, y allí, Eduardo, viéndola tan linda, agitada por la fiebre de la danza, con sus senos núbiles que se movían indecisos por el cansancio, le dió un beso, el primero, el único, en sus labios provocativos y sensuales como un

pecado. Y ella se puso roja y estuvo dos días sin atreverse á verlo, muerta de vergüenza.

Y sintiendo un imprevisto deseo de amar, de beber voluptuosidad en labios sensuales y ardientes, de regresar á la vida agitada y bulliciosa del placer y del amor, abandonando aquel pueblo solitario en donde por todas partes lo perseguía la sombra de la muerte, tomó el tren, lleno de esperanzas, huyendo del campo como antes había huído de la ciudad, convencido de que la alegría es menos peligrosa compañera de la tristeza que la soledad. Y palpitante de emoción, como en un delirio digno de un fauno, creía tener entre sus brazos nuevos cuerpos de mujeres seductoras, de carnes tibias y sonrosadas como de miel, perfumadas y voluptuosas como hojas de menta y flores de almendro.

II

Carlos Lagrange había terminado su nuevo libro, destinado á propagar en la América Latina las ideas de la ciencia moderna. Una onda de fortaleza y esperanza en la obra civilizadora de los hombres, y en el destino de la humanidad flotaba entre sus páginas, como la brisa sana y purificante de las grandes alturas; y en sus entusiasmos, de sectario, cuando hablaba del alma nueva que comenzaba á formarse en el pueblo, que cambiaba poco á poco de ideales y de tendencias, parecía un apóstol.

Había tomado en el París revolucionario los sueños más exquisitos para el equilibrio de la sociedad futura, cuyo triunfo cantaba en frases sonoras de elegante corte épico. Las luchas obreras habrían desaparecido, la guerra se convertiría en el soñado tribunal de árbitro, y por todas partes, la elocuencia y las

ideas, la prensa y el libro, dominarían la fuerza brutal de los cañones y de las bayonetas; y el pueblo, el pobre pueblo, que como soldado da la victoria á los jefes, como obrero aumenta las riquezas del propietario, y como elector lleva al poder los partidos, no sería el eterno olvidado de las clases privilegiadas, el apoyo ciego de los gobiernos y de las naciones. Sin embargo, condenaba las mayorías como retrógradas, por ser base de las mediocridades, sostenedoras adocenadas del conservatismo del poder; y era por eso enemigo de los parlamentos, de las academias y de los concursos, en que las tendencias originales y las ideas avanzadas quedan aplastadas por el criterio común, enemigo de toda innovación, temeroso de cualquier reforma.

Atacaba la pena de muerte como la más abyecta usurpación de los derechos naturales; la sociedad no es para destruir, y todas las fuerzas, buenas ó malas, pueden ser útiles en el concierto general. Las energías del criminal, sabiamente dirigidas por la justicia, son fuentes de beneficios para esa sociedad, que emplea la destrucción como la manera más perfecta de enseñar y corregir. El criminal es una fuerza extraviada que puede aprovecharse, del propio modo que se hace fructífero con nueva tierra, con nuevas aguas y con nuevos árboles, el terreno abandonado como foco peligroso de miasmas y de fiebres. En sus teorías sociales era el más utópico de los sofis-

tas, y aseguraba que para obtener en la práctica un verdadero progreso era necesario exagerar hasta todo extremo la doctrina. Sin hacer del hombre un instrumento ciego del acaso, pedía el estudio profundo del atavismo y de la herencia en las familias y en los pueblos, y así encontraba irracional esas escuelas comunales y esos liceos, en que se reciben toda clase de alumnos y pensionarios, que viven en continua unión, en contacto diario, propagándose las tendencias y los vicios, sin aprovechar las buenas cualidades ni las buenas índoles. Al cabo de cierto tiempo, se encuentran perdidas las fuerzas superiores, y sólo vaga en las áulas el espíritu mediocre de las inteligencias comunes, que acaba y asfixia todos los ideales. Proponía crear institutos de educación en donde se estudiasen por mucho tiempo las condiciones psicológicas y fisiológicas del niño, consultando la historia de su familia y observando en él sus inclinaciones naturales, las pasiones y virtudes que se desarrollan, para desviar los malos instintos, la tristeza de los sentidos, y ayudar la evolución de las buenas tendencias. ¿Cómo es posible, se decía, que se pretenda educar del mismo modo, con los mismos métodos, todos los diversos elementos que concurren á una escuela, sin tomar en cuenta de dónde viene ni quién es cada discípulo? Es como querer vestir con las mismas medidas una comunidad en que hay se-

res de todos tamaños y de todas formas.

Las escuelas, los cuarteles y las penitenciarías, como están hoy constituídas, desarrollan los vicios é inoculan en la sangre las malas pasiones. El niño, como la planta, debe vigilarse constantemente para que dé frutos copiosos, y la educación física no debe abandonarse por los cuidados de la inteligencia. Del desarrollo del cuerpo depende el equilibrio de la funciones vitales, y el maestro, después de los padres, es el culpable del destino ciego de los hombres, que, sin haberse formado una base sólida y sana, van vacilantes camino de la muerte arrojados aquí ó allá por la suerte y por los acontecimientos.

Sus ideas sobre religión eran sinceras, hijas de largas meditaciones y de vigilias incontables, en que consultaba el Nuevo y el Antiguo Testamento. Muchas horas había pasado admirando las leyes de Moisés, en las cuales veía los fundamentos de la moral cristiana, y admiraba á Jesús de Nazareth, como al más audaz revolucionario, pero rechazaba con gran indignación los templos modernos, como rechazaba los antiguos templos paganos, las mezquitas y las pagodas. La idea de Dios hecho imagen, en forma de Buey, de Triángulo ó de Hombre, lo ponían colérico, no pudiendo habituarse á la despreciable necesidad que tienen las muchedumbres de adorar un fetiche. Sin ocuparse mucho del sacerdocio, que veía como una

profesión, como otra cualquiera, como la ejercieron los sacerdotes que consultaron el Oráculo en tiempo de los griegos, ó á Isis en los tiempos egipcios, ó al Sol y la Luna en la civilización incáica, rechazaba la profesión de fe, y la triste perspectiva de que para pertenecer á esa secta deba dejarse á las puertas de la iglesia, como un fardo peligroso, la libertad de conciencia. A su manera de entender las cosas, los frailes y los curas tienen razón de vivir de ese modo, en los modernos templos paganos, en donde cada santo está sustituyendo un dios antiguo, aunque ese oficio sea más propio para mujeres, como lo acostumbraban las vestales y sacerdotisas, pero encontraba vergonzoso que un hombre se decidiera á abandonar la libre posesión de su sexo, por la vida tranquila y egoista de los claustros y monasterios, sobre todo, necesitando la tierra brazos y manos el arado.

Y proclamaba como élla debe ser la religión, grande, inmensa, indestructible, teniendo como templo la Naturaleza, como ideal la Justicia, como símbolo la Belleza. Imaginábase en sus sueños de democracia, en las plazas más concurridas, al lado de la República, la estátua de mármol de Jesús, representando la mansedumbre y la fraternidad. «En esa época, ¿qué religión dominará, qué nuevo genio habría nacido en el mundo, y hecho transformar con sus doctrinas los ideales y la filoso-

fía del pueblo? Vendrá después que un hombre haya humillado al mundo, ó los nuevos héroes seguirán detrás del manto estrellado del nuevo Dios, asegurando sus doctrinas con la espada y la tea? Que para entonces se encuentre ya desengañado el pueblo del premio de la guerra, y que toda la sangre que por tantos siglos ha bebido la tierra, sea el sublime galardón de paz que ha de traer en su manto de púrpura el futuro nuevo Rey del mundo.»

Esas frases de sabor bíblico, eran los gritos rebeldes de su alma, que juzgaba como imperfecto el cristianismo, doctrina, como él decía, admirable, considerada como la obra de un hombre, tristemente fementida, si era la obra de un Dios. Y sostenía, que en diez y nueve siglos el cristianismo no había logrado reformar ni conquistar el mundo, y que el hombre no había mejorado de sentimientos, ni la humanidad había preferido la tendencia al bien. Los hombres, tan malos, ó peores que antes, son siempre igualmente desgraciados; y Jesús, el manso, el cordero, la paloma, ha ensoberbecido las almas con su canto revolucionario, que terminó con la melancólica protesta del Gólgota. «Padre mío, ¿por qué me has abandonado?» Tal vez arrepintióse el mártir soñador en ese instante de haber llevado sus ideales hasta el sacrificio, y dudó, como han dudado todos los hombres, al encontrarse abandonado, traicionado y negado por

sus amigos, recordando que los otros filósofos, á quien él había imitado, y en cuyas fuentes había bebido, si es cierto que también se sacrificaron por sus ideas, muriendo igualmente por la humanidad, al menos encontraron en la agonía el consuelo de verse rodeados de sus discípulos. Y Lagrange, con toda la honradez de su alma, anatematizaba á los traidores y á los cobardes de todas las épocas, raza indigna de acompañar al genio en su camino luminoso, lleno de martirios y de tristezas, palmas y laureles de toda nueva idea.

Sin aceptar todos los argumentos de la filosofía de Augusto Comte, su ideal revolucionario iba hacia el *positivismo*; y el sistema del gran filósofo lo seducía por la bella conclusión general de su tratado, que construía sobre las ruinas de las ideas religiosas, en otro tiempo necesarias para la vida de los pueblos, hoy completamente desacreditadas, la religión social, por el culto de la razón, el único digno del cerebro del hombre. Y miraba con desprecio las inteligencias elevadas que se han dejado engañar por la parte artística del catolicismo, por lo que él llamaba desdeñosamente la *mise en scéne* de la Comedia de la Fe: los templos fabricados con oro y mármol, decorados con esculturas y telas maestras; el olor sugestivo del incienso, el tañido doliente de la campana; y la música, esas sinfonías de los oratorios que han hecho la gloria de Palestrina y de Bach, y que

invitan á soñar en cosas lejanas, dominando las almas por su lado más vulnerable, por esa tendencia á la meditación y á la tristeza que existe en todos nosotros, y que en el fondo sólo es la inconformidad con la idea de la muerte, una forma religiosa del escepticismo.

¡Cómo había cambiado su alma! Él, que años atrás había acariciado con placer la idea de la muerte, creyendo que la vida no tenía objeto, y negándose á tomarla como un pasatiempo, sin resignarse al vacío intelectual por la falta de ideales, había al fin encontrado una manera de luchar y de ser útil, y considerábase feliz de poder contribuir en algo á poner las bases de la sociedad futura. Su plan era noble y grande, regresar á la América después de haber concluído de nutrir su cerebro con todos los manjares del París intelectual, y trabajar por la cultura de su país, no ya con sus libros, sino personalmente, creándose un círculo que lo ayudase y lo siguiese en la gran obra. Y veíase como el elegido para implantar las reformas políticas y sociales de su país, pensando sin descanso en todo lo que podía hacerse de aquella América, noble y llena de energías, en donde existe la más clara idea de la democracia y de la igualdad, en donde el pueblo no conoce sino crímenes pasionales, celos de enamorados y tragedias de amores, en donde se con-

sidera una cobardía arrojar á escondidas una bomba, para hacer saltar al primero que pase, mujer, niño ó anciano. La principal tarea consistía en abolir el personalismo, en obligar al pueblo á luchar por ideas y principios, no por hombres ni empleos; en hacer comprender á los gobernantes que ellos representan los derechos del pueblo, y que el orden y la honradez son los más preciados adornos de un magistrado. ¡Oh! Todos aquellos vastos campos poblados, y la tierra engendrando y esparciendo por medio del trabajo sus riquezas inagotables, sin que nadie conociera el hambre ni la miseria. Y aquel futuro reformador soñaba días enteros con la gloria de la iniciativa, mirándose algo así como un providencial, que aguardaba desde el refinado centro en que vivía, la hora de la prueba.

Hacía ya más de un año que se había casado civilmente, y aunque esto no había cambiado en nada su manera de vivir y de pensar, estaba contento de legitimar ante la sociedad su unión y el nombre de su hijo. ¿Y por qué no? Luciana había llegado pura á sus brazos, y se había conservado honrada y digna de todos los sacrificios. Era ella quien lo había reconfortado y sostenido en sus momentos de desconsuelo, quien le había hecho amar y comprender la vida. Y aunque ella no le habló nunca de su matrimonio, creyendo que su amor se rebajaría con cualquiera idea de interés,

él, en ciertos momentos de confidencias en que le hablaba del porvenir y de sus proyectos humanitarios, creía leer un reproche muy disimulado en los grandes ojos negros y severos de su amiga, como si lo tratase de ingrato y de egoista. Por fin una mañana, participóle su decisión, y ambos se fueron á escondidas á la alcaldía, él, sereno y satisfecho, élla, nerviosa y bella, sin poder ocultar su alegría. Y en nada cambiaron sus almas después de la ceremonia. Sus amores conservaban el perfume voluptuoso de sus primeros tiempos, cuando se daban besos silenciosos á la salida del Louvre, temiendo ser sorprendidos, al caer la noche con su infinito manto de sombras sobre la gran ciudad; cuando vagaban cogidos de la mano en las Tullerías, protegidos por los árboles, entre las estatuas desnudas y los grupos alegóricos, él, convenciéndola de que debía ser suya, que la amaría siempre, élla, loca de amor, pero vacilante, temerosa del porvenir, poseída de la trascendencia del paso que iba á dar. Y allí se hacían promesas y juramentos al aire libre, bajo el cielo azul, hasta que los mirlos se disputaban las ramas más altas de los castaños, y las angustias de la luz eléctrica al entrar en los grandes focos, les advertían que la noche había llegado, y que era la hora de separarse. Y élla se iba solita, muy de prisa, hacia su casa, con las mejillas rojas y el corazón lleno de esperanzas, creyendo, como toda mu-

chacha enamorada, en las palabras de su amante y en los aleteos misteriosos con que el amor cantaba en sus oídos. Sin embargo, Luciana no le exigió nunca matrimonio, no le pidió sino ser amada, pero amada siempre, mientras ella fuese buena; y tal vez en el fondo, sabía que quien la amara no podría olvidarla, y que con las caricias de sus ojos de mirar altivo y las muecas deliciosas de su boca sensual le bastaba para evitar que fuese perjuro el hombre á quian ella se entregase.

Después de la sencilla ceremonia, que había estrechado aquel lazo ante la sociedad, los recuerdos, como perfumes del pasado se hicieron más intensos en aquella casa, en donde la belleza indestructible de la Venus Capitolina triunfaba siempre sobre la ciencia y la filosofía, en la gran mesa redonda del salón, entre los retratos sugestivos de poetas y de artistas.

Sin embargo, Lagrange tenía también sus momentos de pesar y de desconfianza en la obra de los precursores. Temía el espíritu inconsciente de las muchedumbres, la fragilidad de los sentimientos del pueblo, que no está nunca seguro de lo que ha de desear mañana, y que puede, con el error de un día, retardar por muchos siglos el triunfo de las ideas.

La obra era lenta y arriesgada, y desconsolábalo ver que el trabajo de toda su vida sería un grano de arena arroja-

do en medio de un huracán. Ni siquiera su pobre nombre llegaría á ser conocido. Con qué desconsuelo contemplaba las vidrieras de las librerías, en donde cada día aparecían nuevos libros, editados primorosamente, trabajos hechos en muchos meses de fatigas y desvelos, y que el público lee, juzga y condena con la mayor indiferencia, sin pensar cómo sufren las almas para dar vida á la más insignificante obra de arte. Al visitar las bibliotecas, en donde millares de volúmenes yacían alineados en los estantes, se sentía humillado ante el poder del cerebro del hombre.

—«Qué podrá decirse de nuevo que ya no esté allí»,—pensaba.

Y entonces proponíase no escribir más, dedicarse á otra cosa, aprender una profesión lucrativa; pero era imposible, escribir era ya una necesidad para su organismo, un vicio, si se quiere, del cual no podría deshacerse.

Por fortuna, esos días de desengaño se iban haciendo raros, y la fe en su propaganda renacía, pero siempre con cierta amargura, como convencido de que aquel era un pretexto que él se había buscado para amar la vida, aceptándola sin análisis, no ganando nada en rebelarse contra las leyes naturales, siendo el hombre más débil en la lucha.

—«Vivamos como viven todos,— se decía,—sin meditar en las causas ni en las consecuencias de la existencia, como pobres seres impotentes que somos,

fuerzas perdidas. Obligados estamos á aceptar la «ciega necesidad» en las cosas y en los seres, y á seguir como un símbolo un ideal cualquiera, para creer que la vida tiene un objeto.»

Pero la fortaleza volvía á nacer en su alma vacilante, bajo el amparo omnipotente del amor, y el deseo de luchar levantaba todas sus energías, llenándolo de esperanzas, clamando por la verdad y la justicia, los sueños de la santa democracia, y esperando en el misterioso porvenir de los pueblos y en el perfeccionamiento progresivo de las razas, destinadas á hacer triunfar los ideales de la ciencia, y á convertir en dogma el sabio é inmutable principio químico: «Nada se pierde, nada se crea.»

«Por qué no pensar con Spencer que la vida es un ritmo?», se decía: «El ritmo existe en toda la naturaleza, en los seres y en las fuerzas, y se revela inmutable en todas las funciones animales, en la nutrición, en el pulso, en la respiración, en los fenómenos físicos y fisiológicos, en el calor y en la luz.» Su amor por el estudio, su curiosidad en buscar la explicación de los hechos y de las cosas, lo animaban al trabajo, solicitando las nuevas teorías, sin burlarse de ninguna que tuviese una base algo científica, desde la indestructible de la evolución, hasta la frágil y sugestiva de la vida psíquica, que los magos y ocultistas modernos han ido á desenterrar en las leyendas de la India, en donde todavía

los fakires ejercen sus poderes misteriosos, y hacen llover flores y perfumes sobre los campos desiertos, en las noches silenciosas y obscuras en donde vió la luz la antigua filosofía.

III

Una extraña melancolía dominaba el alma de Eduardo Doria. Lleno de inquietudes, sentía reaparecer en él un deseo sombrío de sér inerte y de poseer el misterioso mutismo de las cosas. Quería concluir para siempre con aquel estado enfermizo de su voluntad y de sus sensaciones, y erraba por las calles, sólo, huyendo de la gente, como perseguido por alguien, acariciando como á una futura novia la idea de la muerte. Y vagaba horas enteras sin rumbo fijo, sin darse cuenta del tiempo que transcurría, hasta sentarse extenuado sobre un banco de piedra en los Campos Elíseos, ó entrar como loco, á todo correr, á una Gâre, á ver salir y entrar los trenes, agitado, nervioso, como si esperase á alguien que debía llegar desde muy lejos, después de un largo viaje.

En los días de lluvia incesante, él sa-

lía, con los pantalones arrollados, calzados los *cautchoucs*, de paraguas en mano, y caminaba, caminaba, persiguiendo sin deseo fijo las mujeres, y devorando con miradas sensuales los bajos de sus trajes, y los zapatitos elegantes, y las medias de seda negra que algunas dejaban ver con maliciosas intenciones, por perversa coquetería. Y marchaba, marchaba, fuera de sí, yendo y viniendo de una acera á otra, sin cuidarse de la humedad ni de la lluvia, sin conciencia de lo que hacía ni de lo que hubiera deseado. Su voluptuosidad llegaba á la más refinada sensación, y su mayor placer consistía en adorar y desear desde lejos la belleza, sin llegar á poseerla. «Todo lo que está lejos es hermoso, es bello, es deseable, se decía, al hacer real la ilusión, al sentir por el tacto la forma, ya ha huído la poesía, y no quedan sino mezquindades de los sentidos, pasiones violentas, la repulsiva vulgaridad de los hechos, sin misterios, sin virginidades. La vida interior, la que trae la percepción por medio del oído, de la vista y del olfato produce las únicas sensaciones voluptuosas dignas de ser gustadas por el paladar de un degenerado. La belleza perfecta, la belleza suprema, debe verse y sentirse á distancia, porque el tacto destruye la refinada concepción del placer y del deseo. Y los hombres por la completa posesión, por brutalizar con las manos y con los besos la morbidez de las formas, olvidan que al llegar la realidad lo exquisito de

la contemplación ha desaparecido, y que todo deseo vivido se lleva consigo algo de nosotros, que ha muerto para siempre.» Desesperábase al recordar cómo había ido destruyendo él mismo, como un suicida, sus propias fibras, y ahora, ya no le era posible amar, siendo pobres para su organismo las impresiones fugitivas del tacto.

Por las noches íbase siempre á los Cafés cantantes y allí, sin hablar con nadie, confundido entre los espectadores, con el anteojo que no se quitaba un instante de los ojos, miraba cómo bailaban y hacían piruetas las artistas, de lujosos trajes vaporosos, con sus mallas color de carne. «El movimiento es la fuente de la voluptuosidad», pensaba. Cuando salía del espectáculo, su cerebro parecía querer estallar; pero luego, dominado por una laxitud indecible, abandono de todas sus fuerzas físicas, entraba á un Café, en el menos concurrido, y allí quedábase sentado, con sus consumiciones por delante, sin pensar en nada, como si no existiese, como una cosa, hasta que los *garçones* le recordaban cortesmente que iban á cerrar, y entonces se alejaba silencioso, como una sombra, por las calles solitarias.

Sentíase agobiado sin descanso por una tristeza infinita que lo hacía padecer cruelmente, martirio insoportable que no podría resistir mucho tiempo.

¿Qué hacer? Sin ideales, sin ilusiones, sin deseos. ¿Cómo vivir? El mal le roía

el alma, implacable como una hidra, y la tristeza de haber nacido removíase en su sér como una enfermedad extraña. «¿La vida qué significa?, pensaba. ¿Ni para qué hemos nacido, si en todas las luchas humanas no existe sino la perspectiva del dolor y de la muerte? Después de todo, la inutilidad de la vida es prueba evidente de que el hombre debe rebelarse contra ella. Trabajar y luchar para desaparecer; ver morir uno á uno todos los seres amados: padres, hermanos, hijos. Los hogares destruídos y el olvido, como la llama de un incendio, devorándolo todo. La vida es una ley de crueldad». Asi vivía semanas enteras, casi sin salir de su casa, entregado á su pena secreta, con el tormento de la belleza impalpable en sus sentidos, y el tedio enfermizo, fatal, dentro del alma; sin desear nuevas impresiones, contemplando su pasado como una vieja flor marchita, y reflexionando en que debe existir algo superior á estos placeres materiales, á estos ideales vulgares por los cuales lucha el hombre, algo más noble, más intelectual, una satisfacción verdadera que haga sentir la felicidad, no por la comparación de las horas lejanas, no después que ya han huído, cuando somos desgraciados, si no siempre, en el momento en que el hombre la desee, con plena conciencia de ese instante, como se siente un perfume, como se gusta un manjar, como se escucha un canto.

Habíase dedicado á la lectura de libros refinados, buscando una impresión más intelectual y más delicada para alegría de los sentidos, sensaciones integrales del deseo, que le revelasen la embriaguez de la imaginación, sin tristezas ni remembranzas de cosas vívidas. Gustar el sabor de bocas amorosas, y sentir, como sombras reveladas, el roce misterioso de formas que él mismo había creado, líneas de una perfección nunca soñada que avergonzarían á una Venus, si delante de un gran espejo osase ofrecerse en comparación. Petronio era su autor preferido, y para leer las páginas exquisitas de *El Satiricón*, se tendía en su blanca cama de plumas y regaba la estancia con perfumes que él mismo había escogido y que producían en su organismo efectos extraños, haciendo vibrar en su imaginación calenturienta, largas caricias no concluídas, soplos de alientos suavemente tibios, sensaciones virginales que corrían por su sangre con una dulzura que jamás había experimentado en sus incontables noches de placer.

Y así vivía, en medio á una existencia artificial, entre el cruel contraste de la evidencia y del engaño, sofocado por la inconformidad de los goces comunes. Y creyendo reconocer en todos sus actos la presencia de un sér extraño que se había instalado en su cuerpo como en casa suya, y contra el cual sus escasos medios de resistencia nada podrían lograr.

En solicitud de esa impresión que pudiese hacerle sentir la felicidad del presente, como él la deseaba, aislado, lejos de los placeres mundanales, penetró sin vacilaciones, como por una ancha vía en donde iba á encontrar las últimas sensaciones desconocidas, en la verdadera vida artificial, las orgías silenciosas de la morfina y del éter. Y al principio fué feliz. Vivía entre sueños color de rosa, viéndolo todo ténue, vaporoso, languideciente, como en un éxtasis, como si su alma viajase separada del cuerpo por países lejanos entre auroras de colores nunca vistos, respirando fragancias desconocidas, sin impaciencias, sin meditaciones, como dormida entre inmensos bosques musicales.

Habíase vuelto más aristocrático y refinado en sus gustos.

El amor había renacido en su corazón, pero un amor pagano, un amor con reminiscencias de los tiempos griegos, deseos ardientes hacia diosas de divinas desnudeces, rodeadas de todas las bellezas del culto antiguo, á quienes imaginaba con los cuerpos que habían inmortalizado en el mármol los artistas, con las almas que habían cantado en sus libros los poetas; cortesanas sagradas, de formas perfectas no deformadas por la maternidad, de senos vigorosos, eternamente núbiles, eternamente estériles. Su imaginación se había convertido en uno de esos antiguos templos á donde llegaban en procesión las amorosas, en-

vueltas en velos blancos, rojos, azules, para ofrendar á la diosa entre rosas y ramas de mirtos, los objetos que más querían, sus espejos, sus collares y sus joyas, para obtener, en cambio de esos sacrificios, besos de un amante deseado, caricias de una amiga desdeñosa y cruel.

Y entonces soñaba escenas leídas en libros voluptuosos, creyendo ser el héroe, y sintiendo sobre su rostro alientos perfumados y contactos extraños de bocas y de manos nunca vistas. Después, quedábase tendido largo á largo sobre el sofá del salón, rodeado de una claridad azulada, como si comenzase á amanecer, y allí permanecía con los ojos entreabiertos, viviendo un pasado que no era el suyo, recordando cosas nunca vividas, sintiendo armonías dulcísimas de arpas de cristal, cantos melodiosos de flautas mágicas, como en una leyenda encantada; y parecíale ver ocultas tras las cortinas, entre los muebles, formas vagas y vaporosas de mujeres seductoras duendes divinos, á quienes él hubiera deseado estrechar. Inmóvil, paralizado en esos momentos por las grandes dosis de éter y de morfina, soportaba el suplicio de la Belleza intocable, mientras en su cerebro volvía á agitarse de tiempo en tiempo, como una sombra toda negra, de implacables gestos trágicos, la tristeza de haber nacido, y todo su cuerpo, frío como de mármol, ante el fastidio de cada sensación destruída, suplicaba el

reposo absoluto y omnipotente de la nada.

Y la muerte se acercaba inevitable. Los ensueños voluptuosos huían velozmente, y otra vez la idea terrible como una herida aparentemente cicatrizada, había presentado sus bordes rojizos y dejado ver sus cavidades más profundas. La morfina no bastaba para hacerle olvidar la vida, y el éter habíale quebrantado la salud. Enflaquecido, pálido, con los cabellos que le caían en desorden sobre el cuello y la frente, y el rostro delicadamente alargado, tenía el aspecto de un poeta triste, de un poeta de Musa enfermiza y lúgubre, llena de inquietudes, amiga del análisis, que llevase perennemente la amargura en los labios, como un reproche, y poseyese una bella alma no sometida. Y tal vez Eduardo Doria no había sido en su vida sino un poeta, un artista que había buscado inútilmente como un nuevo ritmo, una nueva impresión, y que había querido hacer de sus sentidos cuerdas armónicas que, al vibrar, produjesen, en vez de sonidos raros, sensaciones desconocidas, deliquios extraños.

Cuántas veces tocando en el piano las nostálgicas sonatas de Beethoven no había tenido que detenerse de repente, como ahogado por una angustia inesperada, como invadido interiormente por un fuego misterioso; y pensaba entonces, que en sí existía un alma superior que él no había sabido educar ni comprender,

un alma soñadora, piadosa, solemnemente creadora, que se violentaba del contacto avasallador de los sentidos, de aquella disgustosa dominación de la carne. Y era esa alma la que al principio había pretendido dominar sus tendencias heredadas, la que hubiera podido salvarlo de aquella persecución obstinada de la Tristeza, que lo acosaba con una crueldad consciente, como una enviada justiciera, portadora fatal de la venganza de los dioses.

Había momentos en que experimentaba presentimientos de lo que él hubiera podido llegar á ser si la energía lo hubiese acompañado á través de la lucha con la voluptuosidad, y como un soplo lejano, como si un nuevo germen se revelase en él, sentía ganas imprevistas de comenzar una obra propia, algo que quedase después de su muerte, que fuese diferente á la obra del artista, á los versos del poeta, que produjese en las otras almas emociones y sentimientos verdaderos, una revelación sensitiva, capaz de propagar la misma fiebre de demencia en todos los cerebros, de despertar los mismos deseos y las mismas sensaciones en todos los seres; algo que él mismo no podía explicarse, como si se derramase un pomo de esencias misteriosas en un salón lujosísimo, intensamente iluminado, mientras los hombres y las mujeres conversasen de cosas indiferentes, y luego, insensiblemente, se acercaban unos á otros, y estrechábanse

en un goce supremo, único, el sabor de amores que fueron castos, el delirio de deseos que habían sido impalpables. Sus ideas eran confusas, nacidas en una imaginación extrañamente agitada, en el mutismo contemplativo de los excitantes de su vida artificial.

La lucha creciente continuaba, y su alma se acostumbraba á la idea de un largo viaje. Removía su pasado deteniéndose en cada fecha notable de su vida, sonriendo melancólicamente ante un placer desaparecido, permaneciendo serio y amenazador ante un acontecimiento triste; y, como si poseyese entre sus manos una balanza invisible, iba echando en un platillo las alegrías, en el otro las tristezas, encontrando que el equilibrio estaba muy lejos de existir. Los instantes en que se había creído feliz, eran placeres dolorosos, cosas engañosas, como esas frutas suaves y delicadas, de colores provocativos, que al gustarlas dejan en el paladar un intenso sabor amargo. En las horas en que había sido feliz, él no lo había comprendido, y solamente después, al comparar las diferentes épocas de su vida, veía en su pasado, como una luz que se extingue, instantes fugitivos de dicha verdadera.

El placer había sido para él una cruel ironía.

Y la balanza se inclinaba casi totalmente del lado de las tristezas.

Pero su alma ya no se quejaba. Dormida dulcemente como el alma de un

niño, sin intuición de las horas vividas, ni soñaba, ni sufría.

Y los días caían lentamente en el tiempo como los golpes monótonos de un péndulo

IV

La casa estaba llena de flores. Desde el día anterior habían traído grandes ramos de rosas y de nardos, y sobre la chimenea, las gardenias y los crisantemos temblaban en curiosos vasos que imitaban largos cuellos azarosos de cigüeñas. Toda la casa estaba envuelta en perfumes voluptuosos, y sentíase una caricia invisible que erraba misteriosamente por las habitaciones, como una sombra.

Eduardo era feliz, sin pensar en nada, como si su voluntad y su memoria no le perteneciesen, sin agitaciones, sin tormentos, parecíale que había cambiado de forma y de esencia, y que ni su cuerpo, ni su alma eran los que había llevado con tanto hastío por el mundo. Experimentaba la más extraña sensación del movimiento y de la fuerza, como si estuviese en un gran globo, muy arriba, en el

espacio. Sin embargo, se creía haber llegado ya á la muerte, á la envidiable fortaleza, al estado eterno de la materia transformable é insensible. Entonces reía con orgullo, sin comprender cómo no había tenido antes el valor de dejar la vida, y había perdido el tiempo en buscar sensaciones enfermizas, siendo la muerte el único medio no morboso, el solo estado natural del hombre, la imortal transición, la suprema alegría. Estaba contento porque él mismo se había traído á ese estado, sin esperar la lenta destrucción del tiempo, las enfermedades, ni la vejez; por el placer de ser rebelde, de no seguir la triste corriente de sumisión con que se perpetúa la humanidad. Y sonreíaferozmente, como si hubiese satisfecho una venganza.

Su alma estaba como alucinada. Todas sus acciones, todos sus movimientos, se los explicaba como cosas ya pasadas, recuerdos de días ya vividos, y que ahora, después de muerto, mientras su espíritu se difundía lentamente en el aire, hacían creer en una prolongación de la vida. Su alma era como un perfume, creada por sustancias materiales, habría de perecer también con el fin del cuerpo que la encerraba.

Por la noche, después de haber tomado un baño tibio, y de haberse desperezado voluptuosamente en la elegante bañadera de mármol rojo, como en los días en que desfallecido de placer se entregaba allí á soñar con cuerpos ideales

de ninfas y de diosas, mientras el agua perfumada le refrescaba la piel, y el cerebro excitado creaba nuevos goces y nuevos deseos, entregóse con verdadera coquetería femenil á una *toilette* cuidadosa. Y luego, vistióse de *frac*, correcto y elegante, como para asistir á la más culta y aristocrática de las fiestas. Sus ojos se habían vuelto fieros y luminosos, y su rostro revelaba una secreta alegría. Palpitaciones repentinas lo agitaban de tiempo en tiempo, algo como un susto agradable, como un ligero calofrío angustioso, como quien espera á una mujer adorada que ha tardado á la cita convenida. Y parecíale á cada instante escuchar el timbre que sonaba, y ver entrar á alguien que debía llegar, que venía á buscarlo para irse juntos á lugares desconocidos.

Después, hastiado de esperar un invitado que no llegaba, y para comenzar él sólo el trágico festín de la Muerte, bebiose ardientemente una copa de éter, como si apurase el brevaje de las grandes sensaciones, el néctar pagano, que daba la inmortalidad.

Sobre la alfombra acostóse dulcemente. Un calambre doloroso contrajo todo su cuerpo, y un frío glacial invadía sus miembros. El rostro había tomado una expresión terrible, y entre los labios aparecían como lineas hechas con un buril, muecas manifiestas de un gran desprecio. Su cabeza se hizo como de piedra, y las sienes y la frente eran de hie-

lo, ligeramente empañadas, como un espejo. Los ojos no habían querido cerrarse como signo de la última protesta, y en las manos crispadas había un gesto muy marcado de amenaza.

Y su boca no tenía ya más besos, ni por su cuerpo volverían á correr extraños desmayos, alegrías mezcladas con hastíos y tristezas, sombras de cosas pasadas comparadas y preferidas á la realidad del presente.

Y su alma comenzó á vagar angustiada por la estancia, perseguida por mil bocas amorosas y sensuales, entre el perfume embriagante de las flores y el roce atormentador de caricias invisibles.

Y al fin escapose velozmente por el balcón entreabierto, huyendo presurosa hacia el espacio azul, en la noche húmeda y triste.

Y fué á vivir en la Nada con el alma de las cosas.

FIN


Digitized by Google

